

CHARLAS ACERCA DE LA GRACIA

(Cardenal Charles Journet)

LA ESENCIA DE LA GRACIA	3
PRIMERA CHARLA- LA GRACIA HABITUAL Y LA INHABITACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO.....	3
1. La revelación judeo-cristiana del Dios Amor	3
2. La presencia de inmensidad por la creación y la presencia de inhabitación por la gracia.	3
3. Diferencia entre el amor humano que presupone el ser de las cosas y el amor divino que crea el ser de las cosas.	4
4. El amor “común” de Dios para todas las criaturas y el amor “especial” de Dios para sus amigos.....	4
5. El universo de las naturalezas y el universo de la gracia.	5
6. La gracia habitual o permanente	6
7. En qué sentido la gracia habitual es finita o infinita	6
8. Algunos textos escriturísticos	7
9. Los diversos grados de la gracia corresponden a diversos grados de inhabitación.....	8
10. Hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, coherederos de Cristo	8
SEGUNDA CHARLA- LA GRACIA ACTUAL.....	9
1. Gracia actual y habitual	9
2. Presciencia divina y libertad y humana.....	9
3. Esquema de la buena acción; errores opuestos Pelagio y Lutero; doctrina católica	10
4. Molinismo y Tomismo.....	10
5. Moción divina y libertad humana	11
6. La presciencia divina de la buena acción	12
7. Esquema de la mala acción	12
8. “Tu pérdida viene de ti, Israel; solo de Mí, viene tu socorro”	13
9. Atenciones divinas normales y atenciones divinas milagrosas	13
10. Gracias suficientes y gracias eficaces. El Jansenismo	14
11. La presciencia divina y la iniciativa del mal	14
12. El drama de la historia	14
13. Desigualdad de las gracias	15
14. Las gracias carismáticas.....	15
TERCERA CHARLA- LA PREDESTINACIÓN	17
1. Los misterios de la gracia son los misterios de amor aceptado o rechazado.....	17
2. Textos de S. Pablo acerca de la predestinación.....	17
3. La repulsa de los no-predestinados	17
4. La doctrina errónea de la doble predestinación para el cielo o para el infierno.	18
5. La predestinación como cuestión especulativa y como cuestión atormentadora.	18
6. La doctrina de S. Pablo sobre el misterio del destino de Israel.....	19
7. El resto de Israel	20
8. Distinción de vocaciones	20
9. Lectura de Romanos IX según el plan de vocaciones concernientes al tiempo presente	21
10. Lectura de Romanos IX de acuerdo a la vocación eterna	22
11. Conclusión	23
CHARLA 4.-LA JUSTIFICACIÓN, EL MÉRITO, LA CONCIENCIA DEL ESTADO DE GRACIA	24
1. ¿Qué es la justificación?	24
2. Dios no te justificará sin ti	24
3. Las etapas de la justificación	24
4. El término de la justificación	25
5. La justificación obra más grande que la creación	25
6. Las justificaciones milagrosas	25
7.- Sobre el pecado venial.....	26
9. Nuestros méritos son dones de Dios	27
10. El mérito y la recompensa	27
11. ¿Se puede merecer para otro?	28
12. ¿Se pueden merecer bienes temporales?.....	28
13. ¿Se puede merecer la gracia de la perseverancia final?	29
14. ¿Se puede saber si estamos en estado de Gracia?	29
15. La respuesta católica: no hay en general certeza absoluta	29
16. La razón de esta respuesta	29

17. La certeza moral del estado de gracia	30
18. Las oscilaciones de la conciencia	30
LOS ESTADOS EXISTENCIALES DE LA GRACIA	32
QUINTA CHARLA- PRIMER ESTADO EXISTENCIAL: EL PARAÍSO TERRENAL O EL ESTADO ADÓMICO	32
1. Los estados existenciales de la gracia	32
2. El primer anuncio de la revelación judeo-cristiana es una respuesta al problema del mal	32
3. Dios pudo crear al hombre en estado de pura naturaleza	32
4. Pero lo creó de hecho en un estado de armonía	32
5. Los dones sobrenaturales invisibles y los preternaturales, visibles.....	33
6. Las condiciones fisiológicas del primer hombre.....	33
7.La época de la religión sin intermediario.....	33
8.La edad de la gracia adámica puede ser llamada la Edad del Padre	34
9. Los mitos de la “edad de oro”.....	34
10. Los efectos de la caída	34
11. La vidriera de la catedral de Sens	35
12. La gracia adámica del universo de la creación sustituida por la gracia crística del universo de la creación.....	35
13. El universo de Cristo mejor que el universo del primer Adán	36
SEXTA CHARLA.-SEGUNDO ESTADO EXISTENCIAL: LA GRACIA CRISTICA «POR ANTICIPACIÓN» BAJO LA LEY NATURAL Y BAJO LA LEY MOSAICA	36
1.La ruina de la gracia adámica	36
2. La gracia de Cristo por anticipación	36
3. La gracia bajo el régimen de la Ley Natural	37
4. Las formas exteriores del culto	37
5.La santidad, posible en todas partes bajo la Ley Natural.....	38
6. La mediación esporádica de la profecías y la mediación de los Sacramentos	38
7.Las fuerzas del mal	38
8. La gracia bajo el régimen de la Ley Mosaica	39
9. La continuidad del profecía y la institución divina de ls Sacramentos	39
10. Una misma gracia orienta hacia Cristo a judíos y a gentiles.....	39
11. El cristianismo existe inicialmente antes de Cristo.....	40
12. La sombra de la cruz de Cristo cubre al mundo posterior a la caída.....	40
13. La gracia de Cristo preserva a los niños en la aurora de su conciencia moral	41
SEPTIMA CHARLA-TERCER ESTADO EXISTENCIAL: LA GRACIA CRÍSTICA POR DERIVACIÓN.....	41
1. La edad de la presencia de Cristo	41
2. La Edad del Espíritu Santo	41
3.Derivación por contacto y derivación a distancia	42
4.El misterio de la derivación por contacto.....	42
5.La gracia plenamente crística condiciona un modo más íntimo de inhabitación de las personas divinas.....	42
6.Con la plenitud de la mediación aparece la plenitud de la gracia	43
7.La gracias de contacto nos llegan por la jerarquía	43
8. La gracia crística es orientada.....	44
9. La gracia plenamente crística es además sacramental.	45
OCTAVA CHARLA-CUARTO Y QUINTO ESTADOS EXISTENCIALES: LA GRACIA CRÍSTICA DE SUPLENCIA, LA GRACIA BEATIFICANTE Y TRANSFIGURADORA	48
1.Los apóstoles debía constituir la Iglesia llevando por el mundo las gracias de contacto.....	48
2. La resistencia de las fuerzas del mal	48
3. El bloque de las formaciones religiosas pre-cristianas	49
4. El judaísmo	49
5. El Islam.....	49
6. Las disidencias.....	50
7.El advenimiento del mundo ateo.....	50
8. Las gracias crísticas de suplencia	50
9. La Iglesia no es ajena a su distribución.....	51
10. La constitución de la Iglesia en acto inicial y dificultado	51
11. Ejemplos del mundo de la India.....	51
12. Ejemplos del mundo del judaísmo.....	51
13.Ejemplos del mundo del Islam.....	53
14. Los impedimentos de las formaciones religiosas erróneas	53
15.¿Hasta cuándo estará diversificada la gracia?.....	54
16. La gracia transfigurante	54

LA ESENCIA DE LA GRACIA

PRIMERA CHARLA- LA GRACIA HABITUAL Y LA INHABITACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Me gustaría hablaros primeramente de la esencia de la gracia, según el tratado de Santo Tomás sobre la gracia; después, de sus estados existenciales, y para ello me serviré de datos que es preciso buscar en otras partes, principalmente en sus tratados acerca de Cristo y los Sacramentos.

1. La revelación judeo-cristiana del Dios Amor

La primera cosa que no debe olvidarse nunca, que jamás se conoce bastante, es que la revelación judeo-cristiana es la revelación del AMOR DE DIOS PARA NOSOTROS, de un amor que será nuestro asombro siempre aquí abajo, porque rebasa en absoluto todo lo que podríamos concebir y cuyo fondo no llegaremos a alcanzar jamás. Para conocer el fondo del amor de Dios para nosotros sería necesario ser Dios. Y los efectos del amor son para nosotros desconcertantes, como sorpresas, precisamente porque no podemos comprender su Manantial. Son desconcertantes para una razón puramente racional, incluso para la razón misma.

2. La presencia de inmensidad por la creación y la presencia de inhabitación por la gracia.

El primer acto en el que se extravasa el amor de Dios, es la creación. Dios es el Infinito, el Absoluto. Posee en un grado de intensidad infinita el ser, la inteligencia, el amor, la belleza. No decimos que tiene el ser, la inteligencia, el amor; decimos más bien que es el Ser mismo, la Inteligencia misma, el Amor y la Belleza mismos. Reside en Sí mismo; no carece absolutamente de nada. ¿Por qué, entonces, ha creado el mundo?

Cuando el hombre actúa, es siempre para sacar de ello una ventaja; pero Dios no podía sacar nada de la creación. Estamos, pues, obligados a decir que si ha creado el mundo es simplemente por pura superabundancia, por puro deseo de comunicar sus riquezas, por puro desinterés, por amor. Se toca aquí el misterio de la presencia de creación. Es a la vez una presencia de causalidad y de conservación; la misma omnipotencia divina que hace brotar el universo de la nada, lo mantiene sobre la nada; así como yo desarrollo la misma fuerza para levantar un peso que para mantenerlo a la altura a que lo he elevado. La presencia divina envuelve y penetra todas las criaturas.

Es una presencia de conocimiento, que cala el secreto de los corazones; una presencia de fuerza que da a los seres su actividad, al rosal el poder «producir» su rosa; una presencia de esencia que da, además al rosal el poder ser lo que es. Tales son los tres aspectos de la presencia de creación. Es íntima a las criaturas. Hablando rigurosamente, Dios está más presente a las cosas que ellas lo están a sí mismas; Dios «que eres en mi cielo más cielo que el cielo mismo» (dice el P. Chardon); está en mí más que yo mismo. Y si por un solo instante olvidara al mundo, éste caería inmediatamente en la nada.

Dios que está misteriosamente presente al mundo, no está sin embargo inmerso en el mundo; no se disuelve en las cosas. Conserva su trascendencia absoluta. Si llena todas las cosas es como la Causa infinita de un efecto imperfecto, limitado. «Por ventura, ¿no lleno yo los cielos y la tierra?», dice Jeremías (XXIII, 24) y el Salmista: «Si a los cielos subiere allí estás Tú; si bajare a los abismos, allí estás presente» (Sal. CXXXVIII, 8).

Hay un segundo acto de Dios más desconcertante todavía. Algo así como una mamá a la que no le parece tener bastante cerca al niño que ha dado al mundo y lo estrecha contra su corazón. Dios va a unirse de una nueva manera a las almas que se abren a su gracia y a su amor. He aquí la presencia más misteriosa, más escondida, la presencia de inhabitación. Se lee en el Libro de los Proverbios (VIII, 31): «Siendo mis delicias los hijos de los hombres» y en el Eclesiástico (XXIV, 7-8): «...En todos busqué descansar para establecer en ellos morada. Entonces el Creador de todas las cosas, me ordenó, mi Hacedor fijó el lugar de mi habitación. Y me dijo: Habita en Jacob y establece tu tienda en Israel».

Que Dios desea así descender secretamente a nuestro universo y encontrar en él su residencia, es una verdad presentida ya en el Antiguo Testamento. Pero la plenitud de esta Revelación la encontraremos en el Nuevo Testamento. Recuérdense, por ejemplo, los primeros versículos del capítulo

XXI, 2-4, del Apocalipsis: «Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo al lado de Dios». Oí una voz grande que del trono decía: He aquí el Tabernáculo de Dios entre los hombres y erigirá su tabernáculo entre ellos y ellos serán su pueblo y el mismo Dios será con ellos, y enjugará las lágrimas de sus ojos y la muerte no existirá más, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque todo esto es ya pasado».

De esta segunda manera no puede Dios habitar en las cosas materiales; pero allá donde haya un espíritu podrá descender y conversar con él. Y esta presencia de inhabitación está condicionada por el descenso a ese espíritu, de la gracia en su más fuerte sentido. Ya veis la importancia de la gracia: va a transformar el alma, hacerla apta a la inhabitación inmediata de las Personas divinas.

3. Diferencia entre el amor humano que presupone el ser de las cosas y el amor divino que crea el ser de las cosas.

La palabra «gracia» tiene tres sentidos, subordinados. El primero es el de la benevolencia. Se dirá de alguno: tiene el favor, la gracia del rey. Es, pues, un acto de amor que desciende al encuentro de un ser. El segundo es una cosa que se da a alguien para significar, simbolizar, esa benevolencia. Y el tercero es el reconocimiento del que ha sido favorecido: da las gracias. Se ve la subordinación: el favor precede al don, el cual, cuando ha sido recibido por cualquiera que sea digno de él, incita a la acción de gracias.

La Gracia divina increada, el Favor divino increado, causa en nosotros gracias creadas, dones y beneficios creados, por los cuales nosotros damos acciones de gracias.

Dejemos de lado esta tercera significación y apliquémonos a las dos primeras.

Existe una gran diferencia entre el Amor de Dios y el amor del hombre, el Favor o la Gracia de Dios y el favor o la gracia de un hombre: el Amor de Dios es creador, vierte el ser y la bondad en las cosas, mientras que el amor del hombre presupone la bondad, la belleza de las cosas. Una cosa atrae mi amor porque existe, porque es bella o buena. Cuando es plenamente buena me encanta. Cuando no lo es más que parcialmente me solicita: Yo puedo amar a una criatura humana a pesar de todo lo que le falte, porque hay algo de bueno en ella, porque considero que es amada por Dios, rescatada por la sangre de Cristo. Podrá alguna persona serme adversa pero si recuerdo la frase de San Juan de la Cruz: «Donde no haya amor, pon tu amor y recogerás amor», mi amor irá a su encuentro para tratar de conmooverle. No soy yo, sin embargo, quien puede producir, ni crear por mi solo amor, la bondad y la belleza de cosa alguna; una madre misma no puede por su amor cambiar el corazón de su hijo pecador.

Es muy distinto lo que ocurre con el Amor de Dios. Precede al ser y a la bondad de las cosas. Fácil es concebirlo: antes de la creación nada existía; Dios no podía mirar al mundo para enamorarse de su belleza. Primeramente Dios ha querido que el mundo exista -querer y amar son una misma cosa para El- y el mundo brotó, se expansionó como consecuencia de ese acto de amor. El mundo existe porque Dios le ha amado; perdura porque Dios continúa amándole. Hay que operar, pues, como una inversión cuando se pasa del amor del hombre al Amor de Dios: el primero es consecutivo a la bondad de las cosas, el segundo es creador de la bondad de las cosas.

4. El amor “común” de Dios para todas las criaturas y el amor “especial” de Dios para sus amigos.

Conviene señalar entre tanto que hay dos clases de Amor de Dios: un Amor que Santo Tomás llama común, por el que Dios ama a la brizna de hierba, a la hormiga, a la estrella, al guijarro... Todos esos seres existen y existen por un acto de amor y de amor y de volición divina. También el hombre pecador tiene su ser y también lo tiene el demonio, y ese ser no subsistiría si Dios no continuara deseándolo; lo que es malo en el demonio es su voluntad perversa, el acto por el que rechaza el amor que se ofrece a él; pero su ser mismo es una riqueza, el ser es siempre un esplendor, una participación del Manantial divino. En ese sentido puede decirse que el amor común de Dios se extiende a todo lo que existe en tanto que ello existe; por otra parte, un Amor especial por el que Dios va a elevar a la criatura racional sobre las condiciones de su naturaleza, revistiéndola como de una nueva naturaleza, introduciéndola en un nuevo

Universo. Va a hacerla participante de la vida divina al infundir en ella la gracia creada. La gracia creada es una realidad, una cualidad, una luz que permite al alma recibir dignamente en ella la inhabitación de las tres Personas divinas. De este segundo Amor dirá Santo Tomás que es absoluto, porque es el Bien eterno absoluto que Dios desea verter así en el alma, en la medida en que ella pueda acogerlo, por la fe, en esta vida, y más tarde por la visión bienaventurada. Es su Manantial mismo, es la Trinidad entera lo que la gracia nos trae con ella, como se nos da el sol en sus rayos. Desde que hay estado de gracia, hay inhabitación de las Personas divinas; y, desde que hay inhabitación, esta misma produce en el alma lo que la hace posible, o sea, la gracia. Ciertamente llevamos ese tesoro en vasos frágiles, dirá San Pablo (2 Cor. IV, 7). Nuestro corazón está debilitado por la herida original y por las heridas acumuladas de nuestros pecados pasados. Pero sabemos, con todo, que si el amor de Dios cae sobre nosotros no puede dejar de purificarnos.

La doctrina luterana, protestante, es, como sabéis, muy diferente. Niega la existencia de la gracia creada. Piensa que Dios puede amar a sus amigos sin verter en ellos una nueva realidad. No reconoce más que la Gracia increada. Cree que el amor de Dios para sus amigos cae sobre ellos sin crear nada, ni transformar nada en ellos. Así el hombre desde su primer pecado queda totalmente corrompido; si cree, es decir, si tiene confianza en Cristo, Dios le mira como justo a causa de la muerte de Cristo, pero ese hombre no es iluminado interiormente y santificado, continúa intrínsecamente pecador, manchado; es, según la expresión de Lutero, «pecador y justo al mismo tiempo».

5. El universo de las naturalezas y el universo de la gracia.

Hay, pues, dos universos. En primer término el universo de las naturalezas: naturaleza de un mineral, de un vegetal, de un animal, de un hombre -cuerpo animado, alma encarnada- y también la de los ángeles. Dios hubiera podido crearse un universo constituido únicamente por esas naturalezas, pero en esa hipótesis, ¿cuáles hubieran sido nuestras relaciones con Dios? Conoceríamos el mundo por la razón y del mundo nos elevaríamos a Dios como a su Manantial. Conoceríamos a Dios como en un espejo tan sólo y en enigma. Veríamos primero el universo, su riqueza, su belleza, su ser y, ciertamente, eso no es poco. No es poco, pero es el ser enfermo, limitado, el ser que se desvanece...; los filósofos dicen: el ser contingente. El universo tiene suficiente densidad como para no ser la nada y para exigir una causa, una justificación; y no la tiene bastante como para ser él mismo su justificación. Se trata de un ser disminuido, dependiente del Ser por Sí mismo, del Absoluto. Según esto, en el orden de las naturalezas conoceríamos a Dios como la gran incógnita de la que pende el mundo. Dios sería el Dueño, el Creador, pero no podríamos relacionarnos con El como de Amigo a amigo. Aristóteles decía: no puede hablarse de amistad con los dioses inmortales, porque la amistad supone una cierta igualdad.

Pero Dios no nos deja en tal condición. Viene a nuestro encuentro y quiere poner en nosotros un nuevo universo de vida, de luz, de amor para que podamos encaminarnos hacia las profundidades de su intimidad y entrar en conversación amistosa con El. Es el misterio de la elevación de nuestra naturaleza por la gracia y es por lo que a esa nueva vida se le llama sobrenatural. Ella transforma, embebe todo nuestro ser para ponerle en proporción con un nuevo fin que hasta entonces le era desconocido, que supera nuestra naturaleza. Dios va a elevarnos al modo del artista que hace expresar a un instrumento lo que éste nunca podría expresar por sí mismo: alegría, tristeza, oración... Hay algo que fluye del instrumento y que está por encima de su cualidad: es un corazón de hombre que anima el instrumento y el efecto producido, del nivel mismo de la causa, es un efecto humano. Si la gracia divina viene a mí, ya no estaré solamente en relación con las cosas de la tierra y con los hombres, sino también con las Personas divinas, con todo lo que hay de más profundo, de más escondido en el corazón de Dios. Los santos se abismaban en su contemplación ante esos dos inmensos misterios del amor de Dios: la presencia de creación y de conservación o presencia de inmensidad; y sobre la presencia de inhabitación: el hombre no es ya solamente un hijo de los hombres, sino un hijo de Dios.

Santo Tomás hace observar que ya en el orden natural encontramos algo que nos permite, por un paso del límite, por un salto, comprender esa elevación del hombre sobre su propia condición y su entrada en la intimidad de la vida divina: las actividades físico-químicas del mundo mineral se desenvuelven, en el estado que les es natural, únicamente en el plan mineral. Pero son como utilizadas por la vida al nivel biológico: la vida vegetativa va, por ejemplo, a elevar una planta o un árbol al cielo en vez de abandonarlos a la ley de la gravedad. Cuando se trata de la sensibilidad, ésta utiliza las leyes biológicas: es necesario que el ojo sea irrigado (vida vegetativa) para que pueda ver (vida sensible). Y cuando se llega a la razón, se le verá utilizar la sensibilidad y las pasiones para una obra de razón humana.

En resumen: un orden inferior cuyas leyes no son destruidas es como reutilizado para entrar en la órbita de un orden superior. Y todo ello sin salirnos de la naturaleza. ¿Pero es que Dios no tomará, también El, al hombre con su razón para hacerle gravitar a su alrededor? Hay que

contestar afirmativamente. El hombre continuará siendo hombre, pero será atraído, invitado a entrar en la órbita de una vida sobrehumana.

6. La gracia habitual o permanente

Esta luz de la gracia que viene a nosotros, ¿hay que concebirla como un rayo de sol que atraviesa un cristal, dejando éste de estar iluminado en cuanto ese rayo de sol se retira? ¿Es simplemente una moción de Dios que nos eleva hacia El de manera transitoria, pasando a través de nosotros para dejarnos caer en seguida en nuestra soledad? Ese era el pensamiento de un teólogo medioeval, Pedro Lombardo.

¿O debemos más bien concebir la gracia como una moción divina que, desde el momento en que nos «toca», deposita en nosotros, de manera permanente, una riqueza, raíces vivas que nos permitirán realizar actos de amor todas las veces que queramos? Sí, esto es lo que es justo. Es el pensamiento de Santo Tomás resumiendo la Tradición.

Observad, dice él, el mundo de las naturalezas: no es Dios el que con ocasión del rosal produce la rosa. Dios pone en el rosal una cierta cualidad permanente que hace que pueda producir rosas. Una disposición hace que tal grano dé tal flor y fruto. Del mismo modo en el orden animal: tal huevo dará tal especie de pájaro. Cada ser actúa según su inclinación. Hay en él una determinación que está en el origen de su manera de actuar. Es lo que se llama su naturaleza. Los filósofos ocasionalistas dicen que Dios actúa cada vez con ocasión de los seres, pero sin haber depositado en ellos naturalezas.

Y Malebranche, particularmente: Si quiero mover mi dedo o mi mano, dice, es preciso que mi acto de voluntad actúe sobre mi imaginación y de ahí sobre mis músculos. Pero yo no sé, en realidad, lo que necesito hacer para que la moción pase. Puesto que no conozco nada de todo eso, no soy yo quien mueve mi mano... Según esta doctrina, Dios actuaría inmediatamente con ocasión de los seres y éstos serían como fantasmas. No: Dios ha creado un universo de naturalezas, ha dado riquezas a los seres en todos los planos y son como manantiales permanentes de actividad.

Entonces, pregunta Santo Tomás, ¿actuará Dios en el orden sobrenatural con menor amor que en el orden natural? No, Dios no será menos condescendiente y benéfico; pondrá en nosotros una cualidad permanente que se llama la gracia habitual. «Habitual» viene de la voz latina habere, haber. La gracia es un habitus, un haber, una riqueza que se posee de una manera constante y que es fuente y que es manantial de nuestra actividad. Cuando la acción divina alcanza -aun sorprendiéndome en pecado- si me abro a ella, me pone en estado de gracia, es decir en una condición estable de gracia. Si duermo, continúo en estado de gracia; me despierto, hago un acto de fe o de amor en virtud de esa raíz permanente que está en mí dispuesta a actuar.

Ya sabéis que hay en el hombre facultades: inteligencia, voluntad, sensibilidad... que están arraigadas en el alma. La inteligencia es el poder que tiene el alma de conocer el universo, de recibir la impresión de las cosas, de penetrar, después, en el interior de ellas contemplándolas; la voluntad es la facultad que, a la inversa de la inteligencia, no recibe en ella al mundo para mirarle de manera desinteresada, sino que nos lleva al encuentro de las cosas.

Si nos figuramos el alma como un árbol, las facultades serán como las ramas principales. La gracia viene a la esencia del alma, después va a esparcir en nuestras facultades las virtudes teologales infusas: la fe, en la inteligencia elevándola, poniendo en ella un rayo de la luz por la que Dios se conoce; la esperanza y la caridad en la voluntad. Dios pone en ella un rayo del amor con el que El se ama, y puedo yo amar a Dios algo así como Dios se ama a Sí mismo. Derrama también en las facultades las virtudes morales. Es como un injerto que añadido al alma y sus facultades, va a hacerla actuar divinamente.

7. En qué sentido la gracia habitual es finita o infinita

La gracia es una participación de la naturaleza divina. Es la definición que citan siempre los teólogos. Se la encuentra en la segunda Epístola de San Pedro (I, 4): «Pues que por el divino poder nos han sido otorgadas todas las cosas que tocan a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento del que nos llamó por su propia gloria y virtud, y nos hizo merced de preciosas y ricas promesas para hacernos así partícipes de la divina naturaleza...»

Para que podamos conocer y amar a Dios en su más escondido misterio y tal como es El en Sí mismo, el principio de conocimiento y de amor, que está en Dios de una manera infinita, debe ser como transportado a nosotros: he ahí la gracia. Será a un tiempo -es un misterio- finita e infinita. Es finita porque está en mi alma finita. Si yo puedo crecer en la gracia, si ésta puede ser más intensa en otra alma que en la mía, es prueba de que es finita. Pero si nos hace entrar en la intimidad divina, es necesario que sea al mismo tiempo infinita.

¿Cómo comprender esta paradoja? Os daré una imagen: el ojo si lo consideráis en sí mismo como órgano, es finito (constitutivamente); pero si consideráis su tendencia y la extensión de su campo de visión, es infinito (tendencialmente, intencionalmente). Puede, pues, decirse que el ojo es finito constitutivamente e infinito intencionalmente, tendencialmente. Pues bien, algo parecido, pero de un misterio mucho más profundo, ocurre con la gracia. En Dios está el manantial. Dios se ve no por un rayo de su luz, sino por toda su luz. Es transparente a Sí mismo y se ama con su amor que es infinito. En mí hay un rayo de su luz y de su amor, es decir una participación finita de la naturaleza divina; pero la gracia en mí está dirigida directamente a las profundidades infinitas de Dios. Ya veis, pues, ese, misterio con su lado finito y con su aspecto infinito.

Cuando llegue la muerte, la gracia nos hará desembocar en Dios inmediatamente visto y poseído y mi alma quedará colmada. Pero desde ahora, en la noche de la fe, está asida a Dios y es esto lo que se llama la inhabitación de las Personas divinas.

8. Algunos textos escriturísticos

Este profundo misterio nos es revelado frecuentemente en la Escritura. Habla de la habitación en nosotros de Dios, o de las Personas divinas, o del Espíritu Santo que representa a la Trinidad entera, porque allí donde habita una Persona divina habitan inseparablemente las otras dos.

« ¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios lo destruirá. Porque el templo de Dios es santo y ese templo sois vosotros» (I Cor. III, 16-17). Dios viene como un Huésped que nos pide se le reciba y que conversa con nosotros si nosotros lo queremos. No son las simples relaciones entre la criatura y el Creador, entre el servidor y el Dueño, sino entre el Amigo y su amigo.

San Pablo dice también: « ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros y habéis recibido de Dios y que por tanto no os pertenecéis? Habéis sido comprados a precio» (I Cor. VI, 19-20). No nos pertenecemos a nosotros mismos, pertenecemos a Dios, a su amor infinito. Con frecuencia el hombre empieza a preguntarse: ¿Qué soy yo? ¿Esta vida temporal tiene verdaderamente un valor, siendo, como soy, tan poca cosa? Sí, esta vida tiene un gran valor puesto que pertenezco a Dios que quiere tomar posesión de mi ser. El alma y el ser del hombre son más preciosos de lo que nos podemos imaginar. «Pues vosotros sois templos de Dios vivo» (2 Cor. VI, 16).

San Pablo añadirá en la Epístola a los Romanos (VIII, 9): «Pero vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, si es que de verdad el espíritu de Dios habita en vosotros». Porque podemos rehusar ciertamente ese descendimiento del amor de Dios a nuestra alma, pero si no decimos no, ese amor tomará la iniciativa por sí mismo.

«El que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su Espíritu que habita en vosotros» (Rom. VIII, 11). El Dios infinito inmortalizará en los cielos a esas pobres habitaciones que se dignó ocupar un momento en un punto del tiempo y del espacio.

Es el gran texto de San Juan (XIV, 23): «Si alguno me ama guardará mi palabra y mi Padre le amará y vendremos a él y en él haremos morada». Fijaos: si alguno me ama... Si hay en él amor creado, es decir la gracia creada, con todas sus riquezas, sus virtudes de fe, esperanza y de caridad, si es así, «mi Padre le amará y vendremos a él y en él haremos morada». Recibimos un Huésped, no estaremos nunca solos, y ¿a quién tendremos como compañero? Nada menos que a la Trinidad entera.

Leemos en el capítulo 3, 20 del Apocalipsis: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, Yo entraré en él y cenaré con él y él conmigo». Será como una cena por la noche. El momento en que se confían las cosas más íntimas y más profundas, que no se dirían en pleno día. Y no vendrá sólo para dirigirnos la palabra, sino que nos permitirá que le contestemos a nuestra vez: y él conmigo. Cuando se está en estado de gracia, se da ese diálogo, esa conversación del amigo con el Amigo. Es, pues, una locura esa disipación que parece invadir hoy al mundo. Nos son necesarios los momentos de silencio. «Atiende un minuto y mira que soy tu Dios en tu corazón». En los momentos difíciles, de tristeza, en los momentos de agonía, si has considerado con frecuencia que estoy en ti para amarte, no estarás solo, encontrarás ese Huésped interior y El te responderá.

9. Los diversos grados de la gracia corresponden a diversos grados de inhabitación

La inhabitación de las Personas divinas se da, pues, allá donde está la gracia. Esos dos misterios son correlativos. La gracia es como una red que echamos sobre la Trinidad entera para tenerla cautiva en nosotros. Propongamos otra imagen. Cuando introducimos un manantial de luz en una habitación, ilumina sus paredes. Así cuando las Personas divinas vienen a nosotros (he ahí el Manantial, la Gracia increada), iluminan las paredes del alma (he ahí el efecto, la gracia creada). Y si tenemos la gracia, su Manantial - esto es, las tres Personas divinas- está ya ahí.

En el don mismo de la gracia santificarte, dice Santo Tomás, el Espíritu Santo es enviado y dado al hombre para que habite en él. El Espíritu increado se da en la gracia creada como el sol se da en sus rayos. El Don increado del Espíritu y el don creado de la gracia son simultáneos. Hay diferencias de nivel entre la vida de las almas; pero en cada una de ellas la intensidad de la gracia y la de la inhabitación crecen en igual proporción.

Los santos llegan a tal concienzuda estimación de esas riquezas que en ciertos momentos les parece que su corazón va a estallar. Dios puede conducirles por desiertos, bien seguro, y San Juan de la Cruz dirá que parece a veces dormitar en el alma, pero de repente se despierta y el choque es tan fuerte que si durara un poco, sería la muerte: el alma no confortada por la luz de gloria parece entonces no poder llevar el peso de las Personas divinas. Cada comunión debería intensificar en nosotros, a un mismo tiempo, la gracia y la inhabitación. Deberíamos volver de ella con el alma más acrisolada y la Trinidad más ahondada en nosotros.

Tales son los dones que Dios hace a la menor de las almas que salga del estado de pecado mortal. El hombre que ha hecho una pobre confesión, con un amor bien débil todavía, y que ha recibido la absolución, tiene ya la gracia y la inhabitación. Y la una y la otra solicitan crecer en él.

10. Hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, coherederos de Cristo

Si la gracia, según la frase de San Pedro, nos hace «participantes de la naturaleza divina» y nos comunica en una cierta medida la naturaleza divina, nos hace hijos de Dios. El hijo tiene la naturaleza de sus padres: lo que nace de un pájaro es un pájaro, lo que nace de un hombre es un hombre, lo que nace de Dios es Dios. «Esta era la luz verdadera que viniendo a este mundo ilumina a todo hombre. Estaba en el mundo y por El fue hecho el mundo pero el mundo no le conoció. Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron. Mas a cuantos le recibieron les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios, aquellos que creen en su nombre; que no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios son nacidos» (Juan I, 9-13).

Y también: «Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos». «Carísimos, ahora somos hijos de Dios» (I Juan 111, 1-2). Y San Pablo: «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios» (Rom. VIII, 16). Jesús es, también, Hijo de Dios. Somos pues hermanos de Jesús. Dios nos ha predestinado «a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que Este sea el primogénito entre muchos hermanos» (Rom. VIII, 29). A los que El santificó, Jesús «no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: Anunciaré tu nombre a mis hermanos» (Hebr. 11, 11).

Y si Jesús es heredero, nosotros, como hermanos, seremos coherederos: «Y si hijos, también herederos, herederos de Dios, coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con El, para ser con El glorificados» (Rom. VIII, 17). He ahí nuestra semejanza con Jesús.

Vengamos ahora a las diferencias. Jesús es Hijo «por naturaleza», posee necesariamente la naturaleza divina, por identificación de su ser y de su naturaleza con el ser y la naturaleza del Padre. Nosotros somos hijos de Dios «por adopción», poseemos la naturaleza divina por un libre efecto de la bondad divina, por una participación finita en el ser y en la naturaleza infinita de Dios.

Jesús es Hijo del Padre por vía de generación: nosotros somos hijos de la Trinidad entera por vía de creación y de adopción. Hay una distancia infranqueable entre el primogénito que está por encima de toda la creación (Col. I, 15) y la multitud de sus hermanos, entre su fraternidad que es Manantial y nuestra fraternidad que es derivación. Tal es el sentido de las palabras de Jesús a María Magdalena en la mañana de Pascua: «Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios» (Juan XX, 17).

Jesús es heredero por «identificación» de su gloria con la de su Padre; nosotros somos sus coherederos por «participación» en su destino. Hay de nuevo un abismo entre heredar la gloria divina por derecho de naturaleza y heredar la gloria divina por derecho de mérito, como el servidor al que se dirá un día: «Muy bien, siervo bueno y fiel..., entra en el gozo de tu señor» (Mat. XXV, 21).

Hay que insistir en la relación de reciprocidad que existe entre el don finito de la gracia y el don infinito de la inhabitación. Sólo esa consideración puede permitir que se dé al estudio de la gracia sus verdaderas dimensiones. En los catecismos se habla de la gracia santificante, pero no mucho de la inhabitación que es, sin embargo, más preciosa, Manantial del que la gracia es efecto.

SEGUNDA CHARLA- LA GRACIA ACTUAL

1. Gracia actual y habitual

La impulsión divina que, si no la quebramos nosotros, nos hace pasar del pecado a la justificación -en la que nos es dada la gracia habitual con la inhabitación de la Santísima Trinidad- va a plantear los problemas de la moción divina y de la libertad humana.

La gracia -pero esta vez nos referimos a la gracia actual- es la impulsión divina que provoca en nosotros actos de libre adhesión a Dios, libres sí, libres consentimientos. Dios viene a visitarme para atraerme a El. Yo puedo interrumpir, arruinar esa moción divina; o, por el contrario, dejar a Dios actuar en mí y apoderarse de mi libre arbitrio para hacerle decir «sí», sin violentarle.

La gracia actual viene a buscarme en el pecado para llevarme a la justificación; después, cuando ya estoy justificado, no cesa de volver, de insistir para llevarme a un nivel superior de la gracia santificante. Dios llama constantemente a la puerta de mi corazón para invitarme a rebasar el estado en que me encuentro, porque la vida toda debe ser un viaje al encuentro del Amor. No puedo yo pronunciar un nuevo sí al Amor, ni sobre todo un sí más intenso que el precedente, sin que una moción divina venga secretamente a mi corazón ofreciéndose a elevarlo. Puedo decir no, pero si permito actuar a Dios, me elevará El de grado en grado a un amor mayor. «En la noche de tu vida -dice San Juan de la Cruz- se te examinará acerca del amor»; es decir, el grado de tu amor en el momento de la muerte, indicará el grado de intensidad que tendrá para ti eternamente la visión beatífica.

2. Presciencia divina y libertad y humana

Las relaciones de la gracia y de la libertad, de la acción de Dios y de la del hombre, es un gran problema que ha preocupado siempre a los antiguos. Cicerón decía: O bien los dioses tienen la presciencia, conocen lo que sucederá mañana y nosotros no somos libres; o bien nosotros somos libres y los dioses ignoran lo que sucederá mañana. ¿Qué elegiremos? Según Cicerón debía optarse por la libertad humana, que es segura, y tanto peor para la ciencia de los dioses. Pero, dirá San Agustín, que refiere el pensamiento de Cicerón, sería una locura el elegir: es necesario atenerse a las dos cosas: la presciencia divina y la libertad humana.

Ya está planteado el problema. Pero, ¿cómo resolverlo? Sólo la doctrina católica lo consigue y, preciso yo, Santo Tomás, porque veo en él la confluencia de todos los esfuerzos de los siglos que le han precedido. El conocimiento de la Escritura que tuvieron los Padres ha sido guardado siempre en la Iglesia; y sus soluciones son coordinadas, profundizadas por Santo Tomás.

La manera de solucionar el problema consiste ante todo en distinguir claramente el caso de la buena acción del caso de la mala acción. Los que no lo hagan se extraviarán. O dirán que el hombre es igualmente causa de su buena acción y de su mala acción; o dirán que Dios es responsable tanto de la mala acción del hombre como de su buena acción. Pero adoptar el mismo esquema para explicar la buena acción y la mala acción es un error capital que hace insoluble el problema.

3. Esquema de la buena acción; errores opuestos Pelagio y Lutero; doctrina católica

Veamos primero el esquema de la buena acción. Dos posiciones contrarias chocan constantemente en el curso de la historia. Con imágenes distintas, con posiciones problemáticas diversamente matizadas, se encuentra en todas partes el mismo conflicto entre dos tesis adversas, las dos erróneas.

De una parte la posición de Pelagio, monje bretón contemporáneo de San Agustín y combatido por éste. El error pelagiano consiste en decir que la buena acción es decisivamente sólo del hombre. Sin duda Dios ha creado el universo, me ha puesto en el mundo, me ha dado mi naturaleza humana con sus facultades y me envuelve en gracias de luz, pero soy yo sólo quien digo libremente sí a Dios y es este sí el que es decisivo. Imaginemos dos hombres que están en el fondo de un pozo: Dios les tiende la mano al uno y al otro; es, pues, caritativo, pero soy yo solo el que coge la mano de Dios; me salvo, sin duda, porque Dios me ha tendido previamente la mano, pero decisivamente porque yo, por mi libre arbitrio sólo, he cogido esa mano, en tanto que mi vecino no la ha cogido. Luego la elección es mía solamente.

De otra parte, el error exactamente opuesto, el que, por ejemplo, está representado por Lutero en el mundo occidental: la buena acción viene de Dios sólo. El hombre está completamente corrompido; la acción que le salva viene sólo de Dios. Dios sólo, justifica al hombre pecador, a la manera con que hemos visto que Lutero entiende la justificación: Dios decide «considerar a tal hombre pecador, como justo».

De una parte se quiere exaltar la voluntad humana, la grandeza del hombre que es un ser libre; de otra parte se quiere exaltar la omnipotencia de Dios.

Esas tesis claramente contrarias, provienen de una misma confusión inicial. Se oponen una a la otra como hermanos enemigos que son, sin embargo, de la misma sangre. ¿Cuál es el error común a ambas? Es el pensar que la acción divina y la acción humana se excluyen la una a la otra: o bien es el hombre el que hace la buena acción y no Dios; o es Dios quien la hace y no el hombre. Se os pide que elijáis y es eso precisamente lo que es falso. Porque, ¿quién hace la buena acción? Dios y el hombre.

Reparad que esas dos posiciones antagónicas de Pelagio y de Lutero las tomo yo del mundo occidental; pero en el libro de La Vallée Poussin sobre el budismo, recuerdo haber encontrado ese mismo problema propuesto en la India con diferentes imágenes: la salvación, se decía, se hace a la manera del gatito o a la manera del monito. El monito si se ve amenazado por la serpiente, salta sobre su madre y la madre salta sobre los árboles: el acto decisivo es la fuerza con que el monito se agarra a su madre. Esto representa la posición pelagiana. El gatito, por el contrario, cuando se ve en peligro no tiene nada que hacer: la mamá-gata va a cogerle por la piel del cuello; es ella la que lo hace todo. Es la posición luterana. Se pone también el ejemplo de dos locomotoras que se enfrentaran sobre la misma vía; cuando una avanza la otra retrocede, y viceversa. La acción divina y la acción humana son puestas en competencia.

Pero una acción humana (creada) y la acción divina (increada) no están en el mismo plano. La acción divina es envolvente con relación a la acción humana, la suscita, la da el ser y el florecer. Y según la doctrina católica hay que decir: la buena acción viene de Dios y del hombre, de la gracia y de la libertad.

Si sobre Pelagio y Lutero opuestos, trazáis un círculo y ponéis en el interior Dios y el hombre, la gracia y la libertad, tendréis la doctrina católica tal como está definida, y escaparéis ya sea al error pelagiano, ya al error luterano (y también calvinista y barthiano actualmente). El problema, sin embargo, se va a volver a plantear en el interior del círculo: ¿cómo se coordinan o se subordinan la acción divina y la acción humana?

4. Molinismo y Tomismo

Encontraremos aquí dos escuelas: una la de Santo Tomás de Aquino, que pasando por San Agustín, cree venir de San Pablo, la gran escuela tradicional.

La otra nacida en el momento de la edad barroca y del humanismo, la de Molina, jesuita portugués que, a causa de ciertas dificultades que quedaban sin resolver, ha querido explicar la relación entre la gracia y la libertad de modo distinto al que hasta entonces se hacía. Dios y el hombre, dice, actúan como dos caballos que por un sendero que bordea el canal, tiran de un barco. La acción de Dios y la del hombre se suman como la acción de los dos caballos. Molina adiciona las dos acciones. La doctrina no está condenada puesto que dice, a propósito de la buena acción: Dios y el hombre, la gracia y la libertad; pero vemos que ha transpuesto al interior del círculo el error precedente, si no oponiendo, al menos yuxtaponiendo la acción divina y la acción humana. No ha comprendido suficientemente la diferencia de plano que hay entre la acción divina y la acción humana, subrayando de una manera violenta, extrema, la fuerza de la voluntad humana. Volvemos a encontrar ahí, con un vocabulario cristiano aceptado, el ejemplo de hace poco: Dios tiende la mano y yo la cojo.

La doctrina tradicional, la única que tiene sus raíces en la Revelación, no está aún definida porque quedan ciertas cuestiones por dilucidar. Pero eso llegará y ya desde ahora la línea que ha de seguirse es clara. Es que la acción humana está subordinada a la acción divina. No es solamente Dios y el hombre, la gracia y la libertad, sino Dios por el hombre, la gracia por la libertad, lo que hace la buena acción. La rosa ¿está hecha por el rosal o por Dios? ¿O quizás a medias entre los dos? Lo que debe decirse es que la rosa está hecha por entero por el rosal como causa segunda y por entero por Dios como causa primera, causa envolvente. Dios da al rosal el producir su rosa. Dios al dar al rosal el producir su rosa no le disminuye sino que, al contrario, le enriquece. Cuanto más interviene, tanto más será hermoso el rosal, su acción más fuerte, su rosa más dilatada. Dios no solamente me tiende la mano sino que me da, también, el que coja la mano que El me tiende. Hay muchas cosas que Dios hace sin mí; hay otras que hace sólo por mí. «Dios - dice San Agustín- que te ha creado sin ti, no te justificará sin ti».

He ahí el esquema que hay que conservar en el interior del círculo: subordinación del hombre a Dios, toda la riqueza del hombre viene de Dios como causa primera, siendo la acción libre por entero del hombre como causa segunda, por entero de Dios como causa primera.

5. Moción divina y libertad humana

Pero entonces, se dirá, si Dios interviene en mi libertad para hacerme decir sí, ¿yo no soy libre? Es ahí donde hay que poner las cosas en punto. Tomaré cuatro ejemplos, en cuatro planos diferentes.

Dios da el ser al átomo de radio y le da, además, el actuar emitiendo rayos. Dios comunica, pues, a ese átomo algo de su dignidad causante, aunque en ínfimo grado, como es natural. Ahora bien, Dios al dar al átomo su actividad no evacua su naturaleza, no la violenta, sino que la hace fructificar. El átomo es como un transformador de la energía divina, para cambiarla en energía física del plano mineral.

Tomad un rosal. En invierno está en reposo; pero cuando Dios en primavera le alcanza, la vida comienza a despertar en él y va a producir sus rosas. El rosal va a ser entonces como un transformador de la energía divina en energía vegetal. La acción divina no evacua su naturaleza sino que le concede el actuar vegetativamente.

Un pájaro va a cantar. Cuando Dios mueve su naturaleza le da, sin violentarla, el ejercer sus actividades de orden sensible, le da el cantar según el modo del pájaro.

Y cuando se llega al hombre, el hombre que es un ser libre, con su inteligencia y su voluntad, con su alma inmortal más grande que el mundo, cuando Dios se llega a su alma le da el actuar según su naturaleza, que es el dominar las cosas inferiores. La libertad no es una independencia con relación a Dios: que Dios no me mueva y yo seré libre. ¡Oh, no! Si Dios no me mueve yo no actúo, no existo, caigo en la nada. La libertad se encuentra en el interior de Dios como en su manantial infinito; cuanto más me aproximo a Dios tanto más participo en ese dominio que El ejerce sobre las cosas inferiores, más libre soy. Mi libertad es una dependencia con relación a Dios, dependencia que me da una indiferencia dominadora con relación a las cosas inferiores. Porque mi corazón está hecho para la totalidad del Bien, de la Belleza y de la Verdad, porque mi alma es más grande que el mundo y el mundo no me ofrece más que bienes parciales (reales o aparentes), puedo yo, en presencia de esos bienes, decir sí porque son bienes, o decir no porque son parciales.

Tomemos el caso de la verdad. Puedo buscarla en el mundo de las ciencias físico-químicas, o matemáticas, o filosóficas, o de todo lo que se quiera... Pero no serán nunca más que verdades particulares, ninguna llenará la capacidad de mi inteligencia, quedará en libertad de orientar mi vida hacia la busca de tal o cuál aspecto de la verdad. Lo mismo sucede con el bien. Me ofrecéis tal bien, la vida en el mundo, por ejemplo, o la vida en religión; en cada caso deberé renunciar a cosas buenas y elegir otras que serán buenas pero particularizadas. Incluso si elijo la vida contemplativa Dios se me mostrará bajo los aspectos de un bien particular: si soy cartujo, no podré yo ir a predicar a los paganos, ni educar una familia... Sólo se me ofrecen bienes particulares y yo estoy hecho para el bien total, mi alma conserva su indiferencia dominadora. Dios al moverme según mi naturaleza, no va a evacuar mi libertad sino, por el contrario, a exaltarla: «Sólo Dios, que ha hecho esta delicada máquina de nuestro libre albedrío, puede accionarla sin romperla». No evacua las naturalezas, las hace florecer.

¿Quién más dependiente de Dios que San Francisco de Asís? ¿Y quién más libre que él? Podría haberle puesto en cualquier condición, arrojado a uno de esos campos de concentración de nuestra época, y hubiera continuado siendo el dominador de todas las cosas inferiores, hubiera seguido siendo San Francisco de Asís.

6. La presciencia divina de la buena acción

He ahí, pues, el esquema de la buena acción. Dios hace, a través de mí, mi libre acción y como sabe todo lo que hace, la conoce. Si mañana hago un acto de amor será porque Dios me habrá dado la impulsión envolvente y sustentadora. ¿Conoce El ese acto mío de antemano? Conocer de antemano es propio del que está inmerso en el tiempo y lo que yo conozco de antemano son sólo cosas no libres, hechos predeterminados, cuyas causas se conocen ya y cuyos desenvolvimientos son fatales. Conozco de antemano en los juegos de naipes, las bazas que necesariamente se han de hacer. Un médico podrá decir de antemano que una enfermedad se desarrollará según tal proceso y que la muerte llegará de tal manera. Yo puedo decir que el sol saldrá mañana a tal hora. Pero yo no puedo conocer de antemano un acto libre, sólo puedo conjeturarlo: puede ser que tal persona ejecute tal buena acción o tal mala acción.

Si Dios estuviera en el tiempo, se vería reducido a no conocer el futuro más que «de antemano». Pero no conocería así más que los hechos predeterminados, las bazas seguras, los dramas de cuyos libretos están ya escritos. Ahora bien, Dios no está en el tiempo, está sobre la montaña de la eternidad. Si yo me encuentro en la llanura y viene un cortejo, veré primeramente el principio, después el medio, después el final; pero si subo a una colina, veré de una sola mirada toda la sucesión del cortejo.

En Dios no hay un tiempo, con un pasado, un presente, un futuro paralelo a nuestro pasado, nuestro presente, nuestro futuro. Está sobre la montaña de la eternidad desde la que ve simultáneamente toda la sucesión de nuestro pasado, de nuestro presente, de nuestro futuro. No existe en Dios recuerdo de cosas pasadas, ni, hablando propiamente, previsión de cosas futuras: no hay en El más que una visión, una sola mirada actual y simultánea de lo que sucesivamente ha sido, es, será. Del seno de la Eternidad conoce Dios todos los actos libres que sus criaturas han hecho, hacen, harán: por un conocimiento que no está detrás de esos actos libres, sino encima de esos actos libres; los conoce no de antemano, sino de toda eternidad. Ved, pues, que cuando se dice «Dios conoce de antemano», se le presta un modo humano de conocer.

Así la ciencia de Dios queda a salvo en la buena acción. Ciertamente es que de toda eternidad se ve a Sí mismo fomentando en mí tal acción buena, haciéndola florecer, y ello sin violentar, antes bien creando, mi libre arbitrio. La presciencia de Dios de toda eternidad -no hay que dar al prefijo «pre» un sentido de conocimiento «de antemano», sino de conocimiento «de una manera superior» y la libertad humana son así conciliadas. «Aquel para quien siempre está todo presente, conoce los futuros no por una presciencia, sino por una ciencia del presente», dice San Anselmo.

Desembocamos no en una contradicción sino en un gran misterio. Dios es misterio, si dejáis de hacer de Dios un misterio; si le imagináis, a El y al conocimiento que El tiene del mundo, a la manera de un hombre, todo queda trastornado.

7. Esquema de la mala acción

Paso al esquema de la mala acción. Es también un misterio, pero tenebroso.

Supongamos que yo debo dar mi testimonio ante los Tribunales. He debido pensar lo que debía decir, he pasado del no actuar al actuar, se da, pues, ser en ello. Si mi testimonio es verdadero, todo ese ser está ordenado a la verdad; si es falso habrá la misma cantidad de ser físico pero toda esa actividad está moralmente desviada, es anárquica, se aleja de aquello para lo que ha sido hecha. El poder y la acción misma de atestiguar me fueron dados para la justicia, yo los utilizo para la injusticia, para destruir y no para edificar. Habrá que decir, según eso: todo lo que hay de ser físico en el acto del pecado se remonta a Dios, manantial de todo ser; todo lo que hay de desviación moral se remonta a mí.

El ejemplo que emplea Santo Tomás es el de un hombre cuyos centros locomotores están en buen estado pero cuya tibia está curvada. Cojea al andar, anda cojeando. Si quisierais impedirle que cojee, le impediríais andar, el acto es indivisible. Sin embargo el desvío viene de la tibia curvada y no del centro locomotor. Toda la acción viene del centro locomotor, de los nervios que ordenan la marcha y que están en buen estado; todo el desvío viene de la tibia que está curvada, queda en el camino, no se remonta hasta el origen de la marcha.

Eso mismo sucede en la mala acción. Todo el ser (físico) de la mala acción viene de Dios, pero todo el desvío (moral) de la mala acción, todo lo que ha hecho desviar la moción que Dios daba para el bien, es decir todo pecado, viene solamente del hombre.

En la buena acción Dios tiene la primera iniciativa, es Causa primera, envolvente, del acto, y el hombre causa segunda. En el acto del pecado, el hombre es causa primera del desvío, es decir del no ser, del desorden, de la destrucción: el hombre causa primera del mal. ¿Pero el hombre puede ser causa primera de alguna cosa? Sí, puede ser causa primera de esa cosa que no es una cosa, puede hacer la nada, puede saquear, aniquilar la acción divina que viene a visitarle. El hombre en esto puede tomar la primera iniciativa: el hombre es causa primera de la anulación de la acción divina. Ya veis que es un misterio tenebroso.

8. “Tu pérdida viene de ti, Israel; solo de Mí, viene tu socorro”

La moción divina viene a mi encuentro, sus atenciones son constantes. Se presenta a mi alrededor como el aire que respiro; si yo no la intercepto fructificará en mí en buenas acciones. Dios, sin embargo, no va a crear las buenas acciones en mí sin mí, las hará a través de mí, no va a adornarme como a un árbol de Navidad colgando en él velitas o chocolates, eso no tiene sentido; pero va a hacerme producir buenas acciones, como el abeto da su cono, vitalmente.

Dios llama siempre a la puerta de mi corazón. Si le dejo actuar me hará decir «sí» cada vez más magníficos. No podré glorificarme, hacer la oración del fariseo: Señor, yo doy el diezmo, yo..., etc., en tanto que ese publicano os ofende. Diré, si hago algo bueno: ¡tan frecuentemente os he dicho no, Dios mío! Vos me habéis concedido el decir este sí; gracias, Dios mío. A vos sea dada la gloria y no a mí, «gusano y tierra».

Puedo decir no. No es que Dios no me haya ayudado suficientemente. Estaba allí, como os he dicho, llamando a la puerta de mi corazón. Yo he rechazado su moción y de tal manera que si sigo rechazándola y viniera la muerte sería el infierno, la separación de Dios... No le reprocharé, no podré jamás reprocharle el no haberme ayudado suficientemente; soy yo el que ha querido rechazar esa moción divina; es mi culpa. Ningún condenado se levantará el último día para decir: Señor, no me habéis ayudado bastante. Todos dirán: Yo he querido esto; y continuarán defendiendo la excelencia de su elección. Si un solo condenado pudiera decir: Yo estoy condenado por culpa de Dios, Dios no sería Dios.

Luego si yo muero en un acto de amor, es Dios el que me habrá concedido el hacer ese acto y diré: Señor, es a causa de vuestra bondad infinita por lo que entro definitivamente en vuestra Luz. Sois Vos quien me habéis trasladado a vuestro paraíso, como el arquero toma una flecha para clavarla en el blanco. A Vos sea dada la gloria. Y la predestinación es eso: el acto por el cual Dios me toma y me hace decir el último sí a su amor.

Si yo rehusara, Dios vendrá de nuevo, buscando el sacarme de esa ruina en la que he caído. Podrá suscitar remordimientos, me perseguirá hasta el fin con sus misericordias. Si persisto en decir no hasta lo último, la culpa es mía; es que quiero que mi voluntad predomine sobre esa llamada de Dios. De suerte que puede aplicarse a cada uno de nosotros las palabras que citará siempre Santo Tomás: «Tu pérdida viene de ti, oh Israel, Sólo de Mí viene tu socorro» (Oseas, en la traducción de la Vulgata). Israel es el alma. A aquel que se ha cerrado a la gracia, la acción divina, de no haberla él anulado, le hubiera movido a hacer un acto bueno que hubiera sido seguido de otro y de otro hasta la justificación. Dios le ofrece el poder producir el botón que hubiera dado la flor y luego el fruto mismo.

9. Atenciones divinas normales y atenciones divinas milagrosas

Si, por el contrario, permito actuar a Dios, me hará El hacer ordinariamente un primer acto, un acto de fe, después de temor saludable, después de esperanza, después vendrá una iniciación de amor; todo no está perdido, tu podrás, con esa gracia, levantarte... Iré a una iglesia, me acercaré a un confesionario, acusaré mis faltas humildemente, recibiré la absolución con el inmenso perdón de Dios, en ese instante quedará justificado. Eso tiene lugar así en la mayor parte de los casos.

Sin embargo pueden producirse casos excepcionales. En vez de preparar al pecador progresivamente a la justificación por una serie de mociones resistibles, Dios puede derribarle inmediatamente por una moción irresistible, como derribó a Pablo en el camino de Damasco. Puede hacerle entrar en el Paraíso como por un raptó; lo hace con frecuencia, creo yo; pero los teólogos dicen que eso es milagroso. Los procesos normales son los de las gracias resistibles que, si no son esterilizadas sino acogidas, atraerán una gracia irresistible, victoriosa, que me hará hacer la buena acción, de suerte que por ello daré las gracias a Dios: gracias por haberme hecho producir esa buena acción.

A las gracias resistibles que yo puedo anular en mí, les damos el nombre de gracias suficientes. A las gracias irresistibles que se ofrecen en las primeras cuando éstas no son anuladas, como el fruto se ofrece en la flor, les damos el nombre de gracias eficaces. La distinción entre las gracias suficientes y las gracias eficaces se encontrará explicada.

10. Gracias suficientes y gracias eficaces. El Jansenismo

Esa distinción entre la gracia suficiente y la gracia eficaz os hace pensar en las *Provinciales* de Pascal. No busquéis en ella la luz que la aclare. Pascal por de pronto rechaza en esa obra la doctrina que presta a los jesuitas, según la cual «hay una gracia dada generalmente a todos los hombres, de tal modo sometida al libre arbitrio, que éste la hace eficaz o ineficaz a su gusto, sin ningún nuevo socorro de Dios» y que «ellos llaman suficiente porque ella basta para actuar». Es la teoría del hombre en el fondo del pozo que no tuviera necesidad de ayuda para coger la mano caritativa que Dios le tiende: rechacemos también nosotros con Pascal esa doctrina. Pascal presta a los dominicos del Convento Saint Jacques, a los que llama los nuevos Tomistas, una doctrina que quizá fuera, en efecto, la de muchos de ellos, según la cual la gracia suficiente sería el simple poder que da Dios a todos los hombres, de actuar bien, pero no la moción para hacerles actuar bien; rechazamos también nosotros una tal «gracia suficiente que no basta». La gracia suficiente es, para nosotros, la moción que Dios da a todos los hombres para hacerles actuar bien, que ellos pueden resistir (y es su falta) o no resistir (y entonces atrae infaliblemente la gracia eficaz y la buena acción). Pero Pascal sostendrá que no hay gracias suficientes, que no hay más que gracias eficaces que no son dadas a todos los hombres: he ahí otro error jansenista.

Después de la condenación de las cinco proposiciones, los mismos jansenistas no tendrán dificultad en confesar que Jesús, como canta la Iglesia en Navidad, es el Redentor de todos. Todos, sin embargo, no serán salvados. ¿Será por culpa suya? ¿Será por culpa de Dios que les mide parsimoniosamente la gracia? He ahí el nudo de la cuestión. Según la verdadera doctrina, Jesús es Redentor de todos, incluso de los que no serán salvados, porque les obtiene y les otorga gracias interiores tan poderosas que ninguno de ellos pensará siquiera en acusar a Dios y no cesarán durante toda la eternidad de decirse y de creerse únicos responsables de su condenación.

11. La presciencia divina y la iniciativa del mal

El hombre sólo es, pues, la causa total del pecado; suya es solamente la primera iniciativa para el mal. Entonces, al pecar ¿voy yo a sorprender a Dios, a desconcertar su ciencia, a cambiar su plan eterno?

¡Eso es insensato! Yo sorprendería a la ciencia divina si me fuera posible, por mí solo, introducir en el mundo la más pequeña partícula de ser. Al pecar, no es partícula de ser, sino de no ser, de aniquilamiento lo que introduzco en el mundo. ¿Cuándo conoce Dios ese aniquilamiento? ¿Será quizás después de haber establecido su plan? ¡No! El pecado que cometí ayer o el que he de cometer mañana, Dios no me vio, ni me verá hacer, sino que me ve hacer; me ve aniquilar las mociones caritativas de su gracia. Lo ve en el hoy eterno en que El establece su plan. Es verdad que el plan divino es inmutable una vez fijado desde la eternidad, pero está fijado desde la eternidad habida cuenta de la libre caída del hombre. Así el pecado del hombre no modifica el plan divino, sino que entra en su fijación eterna.

Nuestras dificultades vienen siempre de que nos figuramos la ciencia de Dios a imagen de la ciencia del hombre. En cuanto restablecemos la trascendencia de la ciencia divina, de la voluntad divina, de la libertad divina, todas las contradicciones se disipan: pero caemos en el misterio. « ¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!» (Rom. XI, 33).

12. El drama de la historia

Puede uno ahora hacerse alguna idea del drama de este mundo: «La primera iniciativa viene siempre de Dios en el caso del bien; entonces la iniciativa de la libertad creada depende ella misma de la iniciativa divina. Pero a causa de la facultad de repulsa que forma parte naturalmente de toda libertad creada, la primera iniciativa viene siempre de la criatura en el caso del mal, pudiendo pero no queriendo Dios impedir a la criatura que oponga su repulsa cuando lo desee... Y la gloria de la libertad divina está en hacer una obra tanto más bella cuanto más deja a la otra libertad destruirla más y más, porque de la abundancia de las destrucciones, sólo ella puede sacar una superabundancia de ser. Pero nosotros, que estamos alojados en la tapicería, no percibimos más que la oscura trabazón de los hilos que se anudan sobre nuestro corazón» (J. Maritain).

13. Desigualdad de las gracias

Esto es lo esencial de lo que cabe decir acerca de la gracia actual. Hemos visto que Dios se obliga por su justicia y su amor a dar a cada uno gracias tales que si no se salvara la culpa sería del pecador y no de Dios. Pero Dios no está obligado a dar las mismas gracias a todos. Hay desigualdades en el orden de la gracia como las hay en el orden de la naturaleza.

No hablamos de las desigualdades que vienen del pecado, de la injusticia y contra las cuales hay que rebelarse. Hablamos de las desigualdades naturales entre los hombres. ¿Por qué existen? Santa Catalina de Siena responde: para que cada uno sea, con relación a los demás, donador y mendigo a la vez. Santo Tomás, considerando la creación entera, explica que Dios era libre de crear o de no crear; pero que si quería crear con una cierta magnificencia, necesitaba multiplicar y diversificar las criaturas para que cada una pudiera representar algún aspecto de su infinita riqueza.

Así sucede con la gracia. Dios dispensa diversamente sus dones para hacer más aparente la belleza y la perfección de su Iglesia. Esta es como un jardín donde se dan las rosas blancas de la virginidad y las rosas rojas del martirio, la santidad de la inocencia y la santidad de la penitencia.

Consideremos los niños que se llevan a bautizar. Reciben todos el mismo bautizo. Y sus disposiciones son las mismas: es una pura disposición de expectación. Pero desde el despertar de su conciencia moral, en el momento en que Dios llama a la puerta de su alma, las desigualdades se manifiestan; Santa Teresa de Lisieux, por ejemplo, comienza con una gracia muy superior a la de otros niños. Deberá haber de todo en el jardín de Dios. No solamente flores y diferentes flores, sino también hierba y en los caminitos guijo. ¡Y es ya gran cosa el ser una piedrecita en los caminos del jardín, del Paraíso!

14. Las gracias carismáticas

Y para terminar, unas palabras acerca de lo que se llama «gracias carismáticas». Aquí la palabra gracia tiene un sentido diferente, no sin relación con el otro, pero ciertamente menos intenso. No se trata ya de la gracia habitual, de la gracia que hace al alma graciosa, le confiere una seducción que es un don de Dios del que El mismo se enamora; ni de la gracia actual (que precede y sigue a la gracia santificante); se trata de gracias no inmediatamente santificantes para quien las recibe. Le permiten solamente ejecutar actos que ayudarán a los demás a acercarse a la gracia santificante. Son de utilidad social.

Santo Tomás distingue dos clases de bien común: el bien común separado de la multitud y el bien común intrínseco, inmanente a la multitud. El segundo está ordenado al primero. En el orden temporal, el bien común «separado» del ejército es la victoria, que es lo que se desea; el bien común «inmanente», interior al ejército es su buena ordenación, es necesario que esté dispuesto de modo que pueda obtener la victoria. En el orden espiritual Dios es el Bien común separado o distinto, de la Iglesia; la ordenación de la Iglesia es el bien común inmanente a la Iglesia. Pues bien, la gracia santificante está ordenada directamente a agradar a Dios, Bien común separado del universo espiritual. Las gracias carismáticas se hallan por el contrario, ordenadas directamente a perfeccionar la Iglesia, bien común inmanente del universo espiritual, y a favorecer en ella el brote de la gracia santificante.

¿De qué modo -dice Santo Tomás- puede un hombre actuar para preparar a los demás a recibir la gracia santificante? No, claro es, entrando en su corazón para volverlo hacia Dios: Dios sólo puede hacerlo; sino desde fuera puede el hombre realizar un cierto número de actos que serán como escaleras que permitan a los demás el acceso a la gracia santificante.

¿Y cómo reconocer esas gracias carismáticas? Por el texto de San Pablo en su primera Epístola a los Corintios (XII, 27): «Pues vosotros sois el cuerpo de Cristo y cada uno en parte, según la disposición de Dios en la Iglesia, primero apóstoles, luego profetas, luego doctores, luego el poder de milagros, las virtudes, después las gracias de curación, de asistencia, de gobierno, los géneros de lenguas. ¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Son todos doctores? ¿Tienen todos el poder de hacer milagros? ¿Tienen todos la gracia de curaciones? ¿Hablan todos en lenguas? ¿Todos interpretan?... No».

Esas gracias que no santifican necesariamente a los que las poseen, son privilegios. Pero el privilegio, reservado a algunos, no es lo de más valor, está al servicio del amor y éste está ofrecido a todos. Consisten, por ejemplo, esas gracias, en una luz profética que permite dar curso al mensaje con una cierta agudeza. A esta luz, a 'ese conocimiento, suele llamarse fe, pero no es la fe teológica a todos ofrecida y que es necesaria para la salvación. Es la «fe de los milagros», concedida a algunos. Por ejemplo, en determinado momento un santo sentirá que si pide a Dios tal milagro, la resurrección de un muerto, Dios se lo concederá; en otro momento no pedirá tal cosa. Son dones que permiten a los que los poseen, confirmar su mensaje. Hay también el don de la expresión, de la interpretación de lenguas. El don de lenguas, del que se habla en la Epístola a los Corintios, exige discernimiento. Una determinada exaltación puede hacer hablar extrañamente, proferir palabras que no se es capaz de explicar. ¿Qué hay dentro de eso? A veces

cosas morbosas. En los orígenes del cristianismo tales manifestaciones fueron comprobadas en ciertos medios y pudieron encubrir dones o luces válidas; pero un serio discernimiento es aquí necesario y San Pablo dice que los que interpretan son más importantes que los que hablan, porque el hablar así no edifica a la comunidad y el interpretar sí.

El don de lenguas que tuvieron los apóstoles el día de Pentecostés era una gracia de muy distinta cualidad que el don de lenguas cuya presencia entre los Corintios atestigua San Pablo y que puede darse aun ahora en ciertas asambleas de sectas, en las que lo divino y lo humano, lo verdadero y lo falso, lo sano y lo morboso, están mezclados. El don de Pentecostés debió ser, por el contrario, algo muy hermoso. La explicación más bella que conozco es la que dio Mickiewicz, esa especie de profeta en el orden natural. Hablaba en francés en el Colegio de Francia, sin previa preparación. Cuando tenía frente a sí a su auditorio, las cosas le venían y llegaba a expresar sus más profundos pensamientos en una lengua que no era su lengua materna. Eso le llevó a explicar cómo concebía él el don de Pentecostés: Los apóstoles -pensaba él- no hablaron más que en su lengua materna, pero a través de sus palabras, su mismo pensamiento era difundido como en su estado puro a sus oyentes, de suerte que «cada uno oía en su lengua», es decir, según las resonancias de la lengua de su niñez. Iluminar, conmover los corazones de los asistentes como directamente, pasando a través del obstáculo de una lengua, era cosa bien distinta que el don de lenguas de las primeras comunidades cristianas.

A esas gracias carismáticas conexionaré otros privilegios: los de la jerarquía, o sea, el poder jurisdiccional o poder de enseñar con autoridad en materia especulativa y práctica, que reside en los Obispos y en el Soberano Pontífice, y el poder de orden o poder de consagrar la Eucaristía y de dar los Sacramentos, poderes todos que permiten a los demás el acceso a la vida eterna. Son poderes al servicio del amor que prima y que se da a todos. Y a ese propósito me gusta recordar que hay un precepto en el Evangelio que Jesús nos pidió que observemos, cosa que El mismo no hizo: «No echéis las perlas a los cerdos». ¡Y El ofreció y dio el amor a todos! En tal forma que Bloy dice -¡es frase muy de Bloy!- que el Espíritu Santo «se prostituye» al ir a buscar a las gentes en el cieno. Los beneficiarios de esos privilegios deberán dar cuenta a Dios de la manera con que los hayan ejercido; si lo hicieron santamente, eso podrá acercarlos a Dios, pero para ellos mismos esos carismas son una carga, un servicio. Y debemos recordar aquí la frase final de «Jeune au bûcher», de Claudel: «El amor es el más fuerte».

TERCERA CHARLA- LA PREDESTINACIÓN

1. Los misterios de la gracia son los misterios de amor aceptado o rechazado.

Con la ayuda de lo que ha sido dicho en las páginas precedentes, convendrá tratar de leer, de interpretar algunos textos de San Pablo referentes particularmente a la predestinación.

Estas cuestiones de la gracia son muy misteriosas, muy profundas. Si olvidáramos, cuando de ellas se trata, que Dios es un Dios de amor, si habláramos de ellas sin situarlas en ese ambiente de la bondad divina que precave los corazones, podríamos decir cosas que parecieran, teológicamente -digamos mejor, verbalmente, literalmente- exactas, pero que serían en realidad desfiguradas, mentirosas, capaces de extraviar. En verdad, sólo los grandes santos, los grandes enamorados de Dios, pueden hablar de estas cosas sin alterarlas.

Recordemos por de pronto que en la palabra predestinación, como en la palabra presciencia, el prefijo «pre» significa una anterioridad de dignidad y de excelencia, no una anterioridad cronológica que haría pensar en un escenario preparado con antelación. La predestinación es una asignación de amor venida de lo alto, es una suprema destinación divina en vías de realización, es una suprema cortesía del Amor, no rehusada sino acogida y después cumplida.

2. Textos de S. Pablo acerca de la predestinación

La doctrina de la predestinación es una doctrina escriturística, revelada. Debemos acatarla sin duda alguna. Pero, ¿cómo entenderla? ¿De una manera católica o de una manera luterana o calvinista que es una aberración y sobre la cual volveremos?

La palabra predestinación es de San Pablo. Escribe él en el capítulo I, 3, de la Epístola a los Efesios: «Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos; por cuanto en El nos eligió antes de la constitución del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados ante El, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad».

Poco después, en el capítulo II, 4, se lee: «Pero Dios que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo -de gracia habéis sido salvados- y nos resucitó y nos sentó en los cielos por Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la excelsa riqueza de su gracia, por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús.» El apóstol ve ahí por anticipado a los elegidos reunidos en los cielos alrededor de Cristo y que dirán: Gracias, ¡OH Dios!, por habernos predestinado, prevenidos por vuestro amor. El «sí» supremo que hemos dicho, sois Vos quien nos habéis movido a decirlo. ¡A Vos sea dada la gloria!

La palabra predestinación se encontraba ya en la Epístola a los Romanos: «Y a los que predestinó, a esos también llamó, y a los que llamó a esos les justificó; y a los que justificó a esos también los glorificó» (Rom. VIII, 30). También aquí ve el apóstol por anticipado a los elegidos reunidos en los cielos y- considera cómo Dios les ha conducido allá: primeramente les ha llamado y les ha prevenido con gracias que ellos no han rechazado aun cuando pudieran haber sido vencibles; si las han acogido es por una moción divina, porque nuestros «sí» nos vienen siempre de Dios: «Tu pérdida viene de ti, OH Israel. Sólo de Mí viene tu socorro». No habiendo rechazado esa primera llamada, pasaron a la justificación por una nueva moción divina; y aquéllos, en fin, a quienes justificó, Dios los introduce en los cielos: ésta es la suprema atención por la que Dios permite que muramos en su amor.

3. La repulsa de los no-predestinados

Cuando volváis a leer estos textos no os sentiréis turbados si los situáis en la perspectiva que os indico. Os acordaréis de que si alguno no está predestinado es porque ha dicho no y no solamente por una única repulsa, como los ángeles caídos, porque la gracia divina visita repetidamente y hasta fuerza nuestros corazones. ¿Cuántas veces? Los Apóstoles preguntaron un día a Jesús: «Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano si peca contra mí? ¿Hasta siete veces? Díceles Jesús: No digo Yo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (Mat. XVIII, 21-22). He aquí lo que Jesús espera de los hombres a pesar de que son miserables y rebeldes a la misericordia. En otra ocasión dirá Jesús: «Pues, ¿quién de vosotros es el que si su hijo le pide pan le da una piedra, o si le pide un pez le da una serpiente? Si pues,

vosotros siendo malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a quien se las pida! (Mat. VII, 9-11 - cons. Luc. XI, 11-13). Entonces, Dios me perdonará El también 70 veces 7. Volverá a llamar a la puerta de mi alma. Sin embargo, si quiero negarme puedo hacerlo; tengo la facultad terrible de decir no a Dios, de decirle un no definitivo que fijará mi destino para la eternidad. Puedo decirle: no quiero saber nada de tu amor; quiero seguir siendo yo mismo; ser yo mismo no en Vos sino contra Vos; ser para siempre como una espina en Vuestro Corazón. He aquí la pavorosa repulsa del infierno.

Lo que pudiera quizás ser aquí causa de confusión es la parábola tan conmovedora de Lázaro y el mal rico (Luc. XVI, 19) en la que se ve al mal rico suplicar: *¡Padre Abraham permite que Lázaro vaya a advertir a mis hermanos para que cambien de vida! Pero Abraham responde: Tienen a Moisés y a los profetas, que los escuchen. Si no les escuchan, aunque alguno resucitara de entre los muertos, tampoco le escucharían.* La intención de la parábola, como veis, es la de enseñar que es necesario escuchar ahora que es tiempo; después será ya tarde. Pero se engañaría uno pensando que en el infierno tienen los condenados los sentimientos de caridad que la parábola presta al mal rico. Si un condenado pudiera decir: «Oh Señor, permíteme que vaya a anunciar a los demás lo que es Tu amor, a fin de que no se condenen como yo», introduciría el amor en el infierno y el infierno sería destruido. (Es preciso siempre discernir la intención con que se dice una parábola -intención que el evangelista señala- sin lo cual quedaría desnaturalizada y correría el riesgo de extraviar. Recuérdese la parábola del administrador infiel de la que tantos cristianos poco inteligentes se escandalizan).

Así, pues, si alguno no se encuentra entre los predestinados, será por alguna repulsa de la que es, y no cesará de ser, responsable. Persistirá en su repulsa, en su odio -y eso mismo constituirá su tormento- pero sin desaprobar su primera elección.

Santo Tomás nos da una comparación: Suponed un hombre que odia a su enemigo. Desearía matarlo: Si lo encuentro, piensa él, le mataré. Pero tiene un impedimento, tal vez está en prisión. ¡Ah, se dirá a sí mismo, cuando salga de la prisión! Vive y se nutre de su odio. Se le dirá: ¿No ves que tu odio te hace desgraciado? Es verdad, contestará él, pero así y todo quiero vengarme. Bien sabemos todos, por lo demás, que nos es posible mantener en nosotros sentimientos que nos torturan. Pues bien, ese ejemplo es sólo una imagen de lo que será la repulsa perpetua de los condenados, repulsa que es causa de que no se encuentren entre los predestinados. He ahí la doctrina católica.

Lo que hemos dicho más arriba de la presciencia divina nos permite precisar más esta doctrina. No decimos nosotros: «Dios no predestina, Dios abandona, Dios reprueba a los que sabe de antemano que rehusarán o rehusarían sus atenciones». Lo que decimos es: «Dios no predestina, Dios abandona, Dios reprueba a los que ve, de toda eternidad, tomar por sí mismos la primera iniciativa de la repulsa definitiva de sus atenciones». Tiene en cuenta, desde siempre, la libre repulsa de ellos, para establecer su plan inmutable y eterno.

4. La doctrina errónea de la doble predestinación para el cielo o para el infierno.

La doctrina errónea expuesta por Lutero y por Calvino en su *Institución cristiana*, dice que así como algunos están predestinados para el cielo, otros lo están para el infierno al que no escaparán jamás. Es la tesis de la doble predestinación: la una para el cielo, que es cierta a condición de que no se la entienda como Lutero y Calvino (para los cuales, como hemos visto, la buena acción viene únicamente de Dios y no de Dios a través del hombre); la otra para el infierno. Como veis hay un doble error: se falsea la predestinación para el cielo y se introduce esa noción de la predestinación para el infierno que es la peor aberración. Los protestantes actuales, por lo demás, no defienden ya en esto a Calvino; Karl Barth declara francamente que no puede encontrar en San Pablo esa predestinación para el infierno. (Con todo, desde el punto de vista doctrinal, algunos críticos han visto en la tesis de la doble predestinación la clave de bóveda de la *Institución cristiana*).

5. La predestinación como cuestión especulativa y como cuestión atormentadora.

Vamos a examinar en seguida unos textos que, mal leídos, pueden ser interpretados a la manera de Calvino. Particularmente en el capítulo IX de la Epístola a los Romanos. Elijo a propósito esos puntos neurálgicos para mostraros el modo de ponerlos en claro. Pero, ¿se debe, verdaderamente, tratar de esas cuestiones? ¿No es imprudente el hacerlo?

Creo que hay que proceder diferentemente según los casos: me encuentro ante una persona a la que atormenta el problema de la predestinación. Se pregunta él: ¿Me salvaré? Si estoy predestinado estoy seguro, haga lo que haga, de mi salvación, y si no lo estoy, todo el bien que pueda yo hacer será inútil. ¿Qué contestaré yo a tales dificultades? Mi papel consistirá por de pronto en adivinar el sentido de la pregunta.

Se trata, quizá, de una cuestión especulativa, de una cuestión de verdad revelada, de Teología. En tal caso mi respuesta será sin duda un misterio pero no una contradicción. Ya sabéis que el misterio es adorable, es la noche de Dios, de la que se nutren el metafísico, el teólogo, el santo; mientras que la contradicción, por el contrario, es odiosa, es la noche de la incoherencia y del mal.

Pero podrá ser una cuestión atormentadora, la pregunta de un alma que pasa por una prueba interior, a la que Dios quiere clavar en la cruz. Entonces no trataré yo de dar explicaciones. Estarían fuera de lugar. Diré: Soporta por de pronto esa prueba, sobrellévala en la noche haciendo grandes actos de fe y algo muy misterioso va a operarse en ti. Después, un día, cuando se haya cumplido lo que Dios buscaba al trabajar tu alma, vendrás a mí y volveremos a hablar del asunto y la respuesta que yo te daré se te manifestará en su verdad. Pero por el momento estás abatido, es que Dios exige de ti un acto de abandono total. No trates de eludirlo. Si yo comenzara a argumentar, contigo, traicionaría mi papel de «ángel» encargado de asistirte, de mostrarte el camino.

Lo que decimos ahora a propósito de la predestinación puede valer en otras circunstancias. Si se plantea un problema especulativo, esforzaos en ponerlo en claro. Podréis no tener siempre contestaciones para todo, pero la Iglesia sí las tiene y podréis informaros. Pero hay también el plan de la conducta de Dios con respecto a las almas. Pienso en determinada persona para la que la piedra de tropiezo era el sufrimiento de los animales. Ninguna de las contestaciones que se trataba de darle le satisfacían. No estaba en condiciones de comprenderlas. No le quedaba más que llevar esa inquietud como una cruz. Y eso era precisamente lo que sin duda Dios esperaba de ella. Para la cuestión de la predestinación los santos han sabido encontrar contestaciones que resuelven el problema, no teóricamente, sino concretamente, en la noche del amor. Por ejemplo: «Señor, si vuestra justicia debe condenarme un día, yo deseo ser condenado porque sé que ella es adorable». O: «Señor, si yo no debiera amaros más tarde en la eternidad, al menos que os ame aquí durante el tiempo presente». O: «Oh Dios mío, Tú sabes que yo no puedo soportar el infierno; y yo sé que no soy digno del Paraíso. ¿Qué astucia emplearé? ¡Tu perdón!» Es así como Dios les tranquiliza.

El demonio decía a Santa Teresa: «Para qué tomarte tanto trabajo, ¡la suerte está echada!» Como mujer de ingenio; ella respondió: «Pues no valla la pena de que te molestaras para decírmelo». Comprendió entonces el demonio: también él tenía ingenio.

6. La doctrina de S. Pablo sobre el misterio del destino de Israel.

Vengamos ahora al tema del repudio de los judíos tal y como está tratado en la Epístola a los Romanos, capítulos IX y XI: «Porque la salud viene de los judíos», había dicho Jesús a la Samaritana. Dios había preparado a ese pueblo -privilegiado entre todos los pueblos del mundo- como una cuna para la Encarnación. Los privilegios, ya lo tengo dicho, no son lo principal. Lo principal es el amor que Dios dispensa a todos a causa de la muerte en cruz de Cristo, y que cada uno es libre de acoger o de rechazar. Pero, en fin, la salud mesiánica, el honor de anunciar y de recibir al Mesías, se ofreció primeramente a los judíos. Y he aquí que cuando el Mesías viene, los judíos en su conjunto le desconocen, pasan de lado. ¿Qué hará Dios? Podría decir: ¿No han aceptado mis atenciones? Yo me las reservaré. Pero Dios no hace eso nunca. Cuando el don de su amor es rehusado por un alma o por un pueblo, lo transfiere a otras almas o a otros pueblos. No cierra las puertas del festín: en lugar de los primeros invitados, manda buscar a los pobres, los mancos, los ciegos (Luc. XIV, 21). En lugar de los judíos se llama a la inmensidad de los gentiles. Así la culpa de los judíos se convierte en la salvación de los gentiles. «Gracias a su trasgresión obtuvieron la salud los gentiles..., su menoscabo es la riqueza de los gentiles» (Rom. XI, 11-12). Y cuando los gentiles que han acogido esa luz comiencen a entibiarse, Dios hará que vuelvan los judíos. La masa de Israel -lo que no quiere decir todos los judíos, sino el conjunto de los judíos- llena de envidia al ver que otros pueblos le han sido preferidos, entrará al fin en la Iglesia. Y las conversiones del judaísmo, que en el transcurso de los tiempos tienen lugar constantemente, muestran el camino por el que, un día, llegará la multitud de los judíos. «Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio para que no presumáis de vosotros mismos: Que el endurecimiento vino a una parte de Israel hasta que entrase la plenitud de las naciones; y entonces todo Israel será salvo» (Rom. XI, 25-26). Es entonces cuando el apóstol exclama: « ¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría, y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!» (Rom. XI, 33).

7. El resto de Israel

San Pablo se aflige, con todo, de que Israel haya en su conjunto rehusado ese Mesías nacido en su seno: «Que siento una gran tristeza y un dolor continuo en mi corazón porque desearía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, mis deudos según la carne, los israelitas, cuya es la adopción y la gloria y las alianzas y la legislación y el culto y las promesas; cuyos son los patriarcas y de quienes según la-carne procede Cristo que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos, amén» (IX, 2-5).

Pero entonces, pregunta el Apóstol, ¿ha faltado Dios a su palabra, ya que había prometido a Abraham toda una descendencia? No, porque la Iglesia, en su origen, estaba enteramente compuesta de judíos, con la Virgen y Simeón y Ana y los apóstoles y nunca será tan bella como lo fue en aquellos momentos. La promesa de Dios no ha fallado, porque ha habido un «resto» -es la palabra técnica- que ha permanecido fiel cuando la masa se ha extraviado.

Y Pablo explica aquí (Rom. IX, 6-8) que los que son de la posteridad de Abraham no son todos hijos de Abraham. Hay el Israel de la carne (son los que descienden por vía de generación de Abraham) y luego el Israel de la Promesa que son los que, entre los descendientes de Abraham, tienen el espíritu de Abraham. Y hay los gentiles, a los que la gracia será ofrecida y que se unirán a esos últimos; forman parte del Israel de la Promesa, del Israel del espíritu; no por vía de generación y de descendencia carnal, sino por vía de la generación espiritual dada en el bautismo.

8. Distinción de vocaciones

Llegamos ahora al pasaje capital. San Pablo empieza por decir: ¿Pueden hacérsele reproches a Dios porque va a elegir otro pueblo en lugar del que El había primeramente elegido y que no aceptó su don? No, declara el Apóstol, porque Dios, sin injusticia, elige a quien le parece y rechaza a quien le parece. Para entender el sentido de su respuesta quisiera yo hacer una distinción; vendrá a ser la clave de ese capítulo IX.

Hay dos suertes de vocaciones, de destinaciones, de llamadas: vocaciones referentes al tiempo presente y que pudiéramos llamar temporales, en las que la elección de Dios es completamente libre; y vocaciones de destinación referentes a la vida eterna, en las que Dios no es libre de dar o dejar de dar la gracia que, si no es rechazada, nos conducirá hasta la Patria: Dios no es libre porque está ligado por su amor.

Entonces, prosiguiendo esa distinción, ¿reprocharé a Dios el que no me haya hecho poeta como a Dante, o el que no me haya dado el genio de Pascal? ¿El haberme hecho nacer en tal pueblo o en tal época de la historia? ¿En tal medio social, con tal complejión, en tal estado de salud? ¿El no haberme dado como a los Apóstoles la gracia de predecir el porvenir o de hacer milagros? Es El completamente libre, no tiene por qué rendir cuentas. Pero si se trata de la vida eterna, entonces no,

Dios no es libre, debe darme gracias tales que si yo perdiera mi salvación sea por mi culpa. Ya veis la diferencia. Si soy víctima de un accidente, si muero cuando creía tener derecho todavía a la vida, no podré decir a Dios: eso no es justo. A ese respecto declarará San Pablo: Si el alfarero hace un jarro vulgar y un jarro espléndido, ¿el jarro vulgar podrá hacer una reclamación al alfarero? Si conviene que haya utensilios vulgares y también obras de arte, ¿qué queréis que diga la arcilla? Lo mismo pasará con las vocaciones temporales de diversos pueblos y también de su «vocación profética»: ¿Por qué fue Israel el depositario del mensaje que anunciaba al Mesías? ¿Por qué él y no los otros pueblos? En esto no hay nada que decir.

A un niño chino que me preguntaba por qué Jesús no había nacido en China, contesté yo que Jesús había nacido en Asia, no en Europa, y que en seguida los misioneros habían salido para China pero que su impulso se había estrellado contra la resistencia del mal. Pero ésa no es una contestación directa: es que no la hay. Y a los que siguen preguntando por qué Dios se hizo carne en Israel y no, por ejemplo, en la India, donde florecen las religiones místicas, o en Grecia tan inclinada a las investigaciones filosóficas, pueden dárseles razones que no creo estén desprovistas de valor.

Se les dirá, por ejemplo, que la revelación divina corría el peligro, por una parte, de ser confundida con las místicas monistas; y por otra, de ser racionalizada por la gnosis filosófica, y que su trascendencia aparecería más destacadamente al sobrevenir en un pueblo simple, de sana humanidad, virgen aún de superestructuras. Pero, digámoslo una vez más, ninguna de esas razones es decisiva.

Es, pues, Israel sólo el que ha recibido la vocación profética referente al Mesías. ¿Quiere esto decir que los otros pueblos fueron abandonados por Dios? No, Dios les enviaba gracias secretas, no para que fueran portadores del mensaje mesiánico, sino para orientarles hacia la salvación eterna con relación a la cual ninguna alma en ningún pueblo era olvidada.

Hay pues, como veis, dos registros, dos planes. En un plan, el de los dones y destinaciones temporales y también el de las gracias carismáticas,

Dios es completamente libre: elige a quien le parece y rechaza a quien le parece, sin que en Él haya injusticia. En el otro plan, el de las gracias de salvación, Dios es indudablemente libre de dar a sus hijos gracias diversas y desiguales: dos al uno, al otro cinco talentos; pero no es libre de privar a ninguna alma de lo que le es necesario: está obligado por su justicia y por su amor a dar a cada una de ellas, esas gracias que, si no son rehusadas, las conducirán hasta el umbral de la Patria.

9. Lectura de Romanos IX según el plan de vocaciones concernientes al tiempo presente

Creo haberos dado la distinción que permite entender el capítulo IX. Leámoslo primero según el plan de las vocaciones concernientes al tiempo presente y a los dones carismáticos. Es el plan a que se refiere primeramente San Pablo.

«Y no es que la palabra de Dios haya quedado sin efecto. Es que no todos los nacidos de Israel son Israel, ni todos los descendientes de Abraham son hijos de Abraham, sino que por Isaac será tu descendencia. Esto es, no los hijos de la carne son hijos de Dios, sino los hijos de la promesa son tenidos por descendencia. Los términos de la promesa son éstos: Por este tiempo volveré y Sara tendrá un hijo» (Rom. IX, 6-9).

Abraham tenía un hijo de Agar, la sirvienta, mientras Sara, su mujer, seguía estéril. Pero el ángel viene y anuncia: Sara tendrá un hijo el año próximo. Tenemos a partir de entonces dos hijos: Ismael, el hijo de la carne, e Isaac, el hijo de la promesa. ¿A quién irá la descendencia? ¿Será a Ismael, del que cree tenerla el Islam? No, sino a Isaac, el hijo de la promesa. Por él se transmitirá el mensaje profético. Eso no significa que Ismael sea rechazado por Dios en cuanto a las cosas de la salvación eterna, pero no es elegido para portar voz del mensaje profético.

Más tarde se da una nueva disyunción: Rebeca concibió dos hijos de Isaac, nuestro padre. Eran dos gemelos: Esaú y Jacob. ¿Cuál de los dos será el portador de la promesa profética? También en esto Dios es enteramente libre: «Pues bien, cuando aún no habían nacido, ni habían hecho aún bien ni mal para que el propósito de Dios conforme a la elección no por las obras sino por el que llama, prevaleciera, le fue a ella dicho: El mayor servirá al menor, según lo que está escrito: Amé a Jacob más que a Esaú» (IX, 10-13).

«Amé a Jacob» como portador de la promesa; «más que a Esaú», lo he dejado a un lado no en cuanto a la vida eterna sino en cuanto a la promesa. «¿Qué diremos, pues? ¿Que hay injusticia en Dios? No, pues a Moisés le dijo: Tendré misericordia de quien tenga misericordia y tendré compasión de quien tenga compasión. Por consiguiente, no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. Porque dice la Escritura al Faraón: Precisamente para esto te he levantado, para mostrar en ti mi poder y para dar a conocer mi nombre en toda la tierra» (IX, 14-18).

¿Cómo comprender este pasaje? Moisés es enviado por Dios a Faraón para decirle: Deja marchar a mi pueblo. Pero Faraón no quiere comprender. Si hubiera sido más inteligente habría contestado: Márchate con tu pueblo. Habría entrado, en ese caso, en los designios de Dios; habría participado, en cierta medida, en la vocación del pueblo portador de la promesa. Pero, contrariando su voluntad, Israel marchará y él enviará sus tropas en su persecución. Faraón se engaña en cuanto al plan de la gran política: su error no exige necesariamente que se condene, pero la gloria de Dios se manifestará a pesar de él; Moisés y su pueblo pasarán el mar en el que los ejércitos de Faraón perecerán.

Prosigo leyendo, siempre en el primer plan: «Así que tiene misericordia de quien quiere y a quien quiere le endurece» (IX, 18). Es decir, abandona a la incomprensión a quien le parece. Faraón se equivoca en el plan de la gran política. Ciro, en cambio, será más clarividente: liberará a Israel del cautiverio y le devolverá a sus hogares para la reconstrucción del Templo: hará la política de Dios. Por eso es alabado en la Escritura.

«Pero me dirás: Entonces, ¿por qué reprende? Porque, ¿quién puede resistir a su voluntad? Oh, hombre, ¿quién eres tú para pedir cuentas a Dios? Acaso dice el vaso al alfarero: ¿por qué me has hecho así? ¿O es que no puede el alfarero hacer del mismo barro un vaso de honor y un vaso indecoroso? Pues si para mostrar Dios su ira y dar a conocer su poder soportó con mucha longanimidad a los vasos de ira, maduros para la perdición, y al contrario quiso hacer ostentación de la riqueza de su gloria sobre los vasos de su misericordia, que Él preparó para la gloria» (IX, 19-23).

«Para mostrar su ira» quiere decir: dejar de lado. El mensaje pasará por otro conducto, como dice en Oseas: Al que no es mi pueblo llamaré mi pueblo, y a la que no es mi amada, mi amada. Y donde les fue dicho: «No sois mi pueblo», allí serán llamados hijos del Dios vivo. E Isaías clama de

Israel: «Aunque fuera el número de los hijos de Israel como la arena del mar, sólo un resto será salvo, porque el Señor ejecutará sobre la tierra un juicio consumado y decisivo» (IX, 25-28).

10. Lectura de Romanos IX de acuerdo a la vocación eterna

Hemos leído esos textos según el plan de vocaciones referentes al tiempo presente. Ensayemos ahora el considerar ciertos pasajes según el plan de la vocación referente a la salvación en la vida eterna. No es éste el plan al que se refiere directamente San Pablo, pero puede estar a veces subyacente en su pensamiento.

Empecemos por el texto: «Amé a Jacob más que Esaú» (IX, 13). Si su significado fuera: amé la persona de Jacob y le di la salvación eterna; odié la persona de Esaú y le di la reprobación eterna, diríamos: desde toda la eternidad sabe Dios que de El procede la iniciativa suprema del último acto de amor de Jacob; Jacob se salva por la bondad divina. Desde toda la eternidad Dios ve que la iniciativa primera del repudio de Esaú procede de Esaú; Esaú es condenado como consecuencia de ese libre repudio, a pesar de las atenciones de la bondad divina y por haber aniquilado esas atenciones. Es preciso distinguir claramente la manera con que es salvado Jacob (es por la bondad divina) y la manera con que Esaú es rechazado (es por su mala voluntad). No hacer esa distinción, decir que Dios tiene la primera iniciativa de la pérdida de Esaú, como tiene la primera iniciativa de la salvación de Jacob, que Dios es la causa de la pérdida de Esaú como es la causa de la salvación de Jacob, es la aberración de Calvino.

Segundo texto: «Tendré misericordia de quien tenga misericordia, y tendré compasión de quien tenga compasión» (IX, 15). Ved aquí, en el plan de la vocación a la salvación, la lección católica:

Supongamos un hombre a quien Dios ha prevenido con su amor y que peca, rehúsa libremente ese amor, saquea en él la gracia. Dios puede decirle: «En adelante te abandono a tu pecado, ¿es justo o no es justo?» Responderá: Es justo. Pero Dios puede decir: «En justicia debería abandonarte, como lo hago con otros; sin embargo, todavía esta vez, por pura misericordia, por pura compasión, vuelvo a buscarte». Veamos ahora la lección calvinista: El pecado original ha destruido nuestro libre albedrío. Dios escoge algunos de nosotros para salvarlos, tiene compasión de quien tiene compasión. Los demás están predestinados para el infierno. Y si protestáis diciendo que es inicuo que hombres privados de libertad sean arrojados al infierno, Calvino se enfrentará a vosotros, os contestará que puesto que Dios lo hace, no es una iniquidad sino un misterio que se debe adorar.

Tercer texto: «Porque dice la Escritura al Faraón: Precisamente para esto te he levantado, para mostrar en ti mi poder y para dar a conocer mi nombre en toda la tierra. Así que tiene misericordia de quien quiere y a quien quiere le endurece» (IX, 17-18). En el plano de la salvación eterna endurecer a alguien quiere decir, según la lección católica: dejar que se desarrollen las consecuencias de los actos que él ha voluntariamente realizado. He cometido tal pecado que va, normalmente, a engendrar tal o cual otro; si Dios no interviene por pura misericordia para, romper ese encadenamiento de mis pecados, si me abandona a mi propia lógica, se dirá que me he endurecido; descenderé libremente la pendiente que va de pecado en pecado. ¿Es en este sentido como fue endurecido Faraón? ¿Fue personalmente condenado? ¿Cómo lo sabremos? En la lección calvinista, endurecer quiere decir precipitar cada vez más en el pecado por una acción punitiva voluntaria de Dios.

Cuarto texto: «Pero me dirás: Entonces, ¿por qué reprende? Porque, ¿quién puede resistir a su voluntad? ¡Oh, hombre!, ¿quién eres tú para pedir cuentas a Dios? ¿Acaso dice el vaso al alfarero: Por qué me has hecho así? ¿O es que no puede el alfarero hacer del mismo barro un vaso de honor y un vaso indecoroso?» (IX, 19-21). Según la lección católica Dios está obligado a dar la gracia a todos, pero no está obligado a la igualdad de las gracias. Da a sus servidores uno, dos o cinco talentos, a cada uno según su capacidad (Mat. XXV, 15); y esta diversidad contribuirá al esplendor del paraíso. Pero está obligado por su amor a dar a cada uno de nosotros gracias tales que si no entramos en la Patria nos reconoceremos como únicos responsables.

Quinto texto: «Pues si para mostrar Dios su ira y dar a conocer su poder soportó con mucha longanimidad a los vasos de ira, maduros para la perdición, y al contrario, quiso hacer ostentación de la riqueza de su gloria sobre los vasos de su misericordia, que El preparó para la gloria» (IX, 22-23). Dios puede abandonar al pecador en su pecado y en la dialéctica de su pecado: en ese caso soporta «con mucha longanimidad a los vasos de ira, maduros para la perdición». ¿Por qué les soporta? Quizás a última hora vendrá una vez más a visitarles en su bondad. Pero Dios puede también sacar inmediatamente al pecador de su pecado; y en tal caso hará «ostentación de la riqueza de su gloria sobre los vasos de su misericordia». Pedro y Judas reniegan de Jesús. Jesús podía abandonar en su pecado al uno y al otro: sería justo. Mira a Pedro, esa mirada conmueve a Pedro: he ahí la misericordia.

Según la lección calvinista, Dios soporta con una paciencia grande a los vasos de ira destinados a la perdición, como lo hace con los vasos destinados a la gloria. Es la perspectiva de la doble predestinación.

11. Conclusión

La idea de la predestinación no debe jamás conducirnos al fatalismo, ni hacernos decir: ¿para qué?, ¡todo es inútil! Os engañaríais, entonces, en orden a la fe y en orden a la Teología. ¿Qué pensar del campesino que dijera: Dios sabe de antemano si yo cosecharé el verano próximo, para qué pues, sembrar en otoño? Le responderíamos: sin duda Dios ve de toda eternidad que tú cosecharás o no, porque ve El desde toda la eternidad que tú sembrarás o no. Dios ve de toda eternidad que María Magdalena entrará en los cielos, porque ve de toda la eternidad que se convertirá. Y cuando se trata de nuestro repudio, lo tiene en cuenta desde toda la eternidad al establecer su plan invariable.

Pero el pensamiento de la predestinación puede llegar a ser una tentación de desesperación que el demonio tratará de introducir en nosotros. Si Dios permite esta tentación no será para que caigamos en ella, sino para que hagamos grandes actos de esperanza en la noche. A todas las almas, en todos los momentos, pueden presentarse tentaciones sobre un punto de fe; o de esperanza, por ejemplo, el que dice: yo creo en la vida bienaventurada para los otros pero no para mí que soy demasiado pecador; o también sobre el punto del amor. Los grandes místicos, San Juan, de la Cruz, María de la Encarnación, son los que mejor han hablado de estas pruebas. Si encontráramos almas así tentadas, convendría responderles simplemente: Dios está dentro de vuestro corazón y cava misteriosamente su surco. Esto os pone en agonía pero algo profundo se prepara y los actos de fe y de esperanza que hacéis así en la noche son quizás los más preciosos de vuestra vida. En el cielo seréis «consolados eternamente, porque aquí abajo habéis sido desolados inconsolablemente».

CHARLA 4.-LA JUSTIFICACIÓN, EL MÉRITO, LA CONCIENCIA DEL ESTADO DE GRACIA

1. ¿Qué es la justificación?

Empecemos por la justificación. En un término teológico que significa el acto por el cual Dios transfiere al estado de gracia al que se encuentra en pecado. Hay un paso del estado de no justicia con relación a Dios, al estado de justicia o de santidad con relación a Dios, de donde la palabra justificación.

2. Dios no te justificará sin ti

¿Cómo se opera la justificación del hombre? Tenemos en esto una gran frase de San Agustín que la teología protestante olvida: «Dios que te ha creado sin ti, no te justificará sin ti». En la charla segunda hemos hablado de la causa de la buena acción. Para Lutero viene de Dios sólo; para Pelagio, del hombre sólo. Ambas posiciones desconocen la doctrina de San Agustín: Dios no te justificará sin ti. Dios te justificará a través del sí de tu libre albedrío; la justificación es un acto de la voluntad libre movida por Dios. ¿Es posible esto? Ciertamente, dice Santo Tomás, porque Dios mueve las naturalezas sin violentarlas: siendo el hombre un ser libre, Dios le mueve accionando su libre albedrío y de un libre «sí» a otro, le conduce, si el hombre no aniquila esas mociones, hasta el sí de la justificación sobre el que fundamenta la gracia decisiva.

Se exceptúa el caso de los niños. El pecado original, con el que nacen, les es transmitido por vía de generación sin que de su parte haya culpabilidad personal alguna; por eso Dios no les pide acto alguno personal para justificarles. Sus padres, sin esperar su voluntad, les engendran a la vida de aquí abajo; el bautizo, sin esperar su voluntad, les engendra a la vida de la gracia.

3. Las etapas de la justificación

La gracia de Dios viene siempre a prevenirme. ¿Cómo llamará a la puerta de mi corazón? Si estoy en pecado, tratando primero de empujarme a un acto de fe: empiezo a darme cuenta de la distancia que hay entre la miseria de mi estado y la santidad de Dios. Por eso se dice que la fe es la raíz de la justificación. Después viene el temor de Dios: si yo muriera ahora, sería separado para siempre de El. No es un temor servil, en él hay ya un comienzo de esperanza. Y en esa esperanza hay, no todavía la caridad, pero sí un comienzo de amor. Y sino quebranto esas sucesivas mociones de Dios -como el granizo aniquila el fruto en la flor- una gracia llamará a otra gracia, después a otra...

Conoceréis tal vez el axioma: «a quien hace lo que está en su mano, no le niega Dios la gracia». Si pensarais: «a quien hace lo que está en su mano con las solas fuerzas de la naturaleza», le daríais un sentido falso; jamás la naturaleza puede ponerse a la altura de la gracia, es imposible. Poned en actividad a la naturaleza; sólo os dará frutos naturales. Dad avena a un caballo, le haréis correr con más ligereza, pero no le haréis capaz de producir una obra de arte o de resolver un problema de matemáticas. Es de otro orden. Pero si pensarais: «a quien hace lo que está en su mano, con la moción obsequiosa de la gracia» - que llama siempre a la puerta de mi corazón, que está a mi disposición como el oxígeno que respiro- «Dios no le niega una gracia ulterior», entonces el axioma es justo: de moción en moción -si no las rechazo- me conduce a la decisiva invasión de la justificación.

Esa es la gran doctrina de San Agustín que fue concretada por el Concilio de Orange: un conjunto de proposiciones formuladas con textos de San Pablo, en contestación a los semi-pelagianos, y resumiendo la doctrina de la Iglesia sobre la gracia. Fueron aprobadas por Bonifacio II en 529.

Los semi-pelagianos decían: el comienzo de las buenas acciones viene únicamente de mí; y Dios al ver que yo comienzo, me mueve a que las remate. No, dice la Iglesia: Si es una acción buena para el cielo, es Dios quien te mueve a comenzarla y te concede también la continuación y el final. Dios es la causa primera, hace fructificar tu libre albedrío, y tú eres la causa segunda. La única cosa que puedes tú hacer por ti mismo, es decir no. Sería conveniente que un día se tradujeran esas proposiciones como se merecen. He aquí una de ellas, por ejemplo: «Si alguno dice que el acrecentamiento de la fe viene de Dios, pero niega que el comienzo mismo del acto de fe y el primer acto por el que se hace confianza a Dios, no es ya un don de la gracia y no es en nosotros el efecto de la inspiración del Espíritu Santo que corrige nuestra voluntad de infidelidad a la fe, de impiedad a la piedad, contradice al Apóstol que dice: Ciertamente de que el que comenzó en vosotros la buena obra la llevará a cabo hasta el día de Cristo Jesús (Fil. I, 6). Porque os ha sido otorgado no sólo creer en Cristo, sino también padecer por El (Fil. I, 29); y todavía: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías, como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7). Cuando se reflexiona acerca de la doctrina de San Pablo, viene frecuentemente a la memoria un texto del Evangelio que dice la misma cosa pero más simplemente; ya había sido advertida pero debemos a San Pablo el que

nos haya hecho comprender todo su sentido: «Sin Mí no podéis hacer nada.» (Juan, XV, 5). O sea: podéis hacer nada, es decir, rehusar; pero nada podéis hacer de positivo.

4. El término de la justificación

Así pues, es la gracia la que nos previene y nos empuja, paso a paso, hacia la justificación. Pero la justificación ¿qué es a punto fijo? Es el momento en el que, no habiendo sido rechazadas las gracias sucesivas, de pronto la flor da su fruto; el amor de Dios al invadir el alma la sitúa en el plano de la gracia y de la caridad, la santifica interiormente y viene la inhabitación de la Trinidad. La justificación se hace, pues, de repente, sin dejar de presentar simultáneamente varios aspectos: Dios mueve al alma a hacer un acto de amor a Dios y de renuncia al pecado; en ese mismo instante le perdona su falta y le purifica.

5. La justificación obra más grande que la creación

La justificación es un acto de una profundidad inimaginable. Santo Tomás -después de San Agustín- pregunta si la justificación es la mayor de las obras de Dios. Y a ese propósito cita una oración del Misal: «Oh Dios, que manifestáis principalmente vuestra omnipotencia perdonando y compadeciéndoos...» (Domingo X después de Pentecostés). La contestación es ésta: la creación es, en cierto modo, obra más grande que la justificación de un alma puesto que consiste en hacer de la nada, una cosa; pero si se mira al nivel al que llega una acción, entonces la justificación de un alma es una obra mayor que la creación del universo, porque el término de la creación es el bien de una naturaleza mudable, mientras que el término de justificación es el bien eterno de la participación divina. Se sitúa en otro plano. El cielo y la tierra pasarán, pero la justificación de los elegidos no pasará.

6. Las justificaciones milagrosas

La justificación de un alma ¿es un milagro? Santo Tomás distingue varios aspectos:

a) La vida, dice, se da de una manera natural y normal al niño en el seno de su madre; un cadáver, por el contrario, no es apto para recibir la vida, y así la resurrección de un muerto es un milagro. Pero por el hecho de que el alma es espiritual, imagen de Dios, hay en ella, no ciertamente una exigencia de la gracia, sino una posibilidad totalmente pasiva de recibirla. Diferentemente de una resurrección que contradice las leyes de la vida, la gracia de la justificación sobreviene no como contraria a la naturaleza del alma, sino como superior a la naturaleza del alma. Bajo este aspecto la justificación no es un milagro en el sentido en que la resurrección de Lázaro es un milagro.

b) Bajo un segundo aspecto, Santo Tomás pregunta: Si se llama milagrosas a las cosas que se hacen contra el orden habitual, ¿la justificación es un milagro? No, responde, no es un milagro ¡porque se hace tan frecuentemente! Es el curso ordinario de la bondad divina el justificar a los hombres; lo hace de una manera progresiva, despertando sucesivamente en ellos sentimientos de fe, después de temor, después de esperanza, después un comienzo de amor, y conduciéndoles a la curación por etapas.

c) En ciertos casos, la justificación podrá ser, sin embargo, un milagro; cuando Dios de repente derriba al alma, como derribó a San Pablo. Y también al buen ladrón: una claridad invade súbitamente a ese criminal de derecho común: «Señor, acordaos de mí cuando entréis en vuestro Reino». Y en seguida la respuesta: «Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso». ¡Qué transformación!

El tema del bandido que muere al pie de la cruz obsesiona la imaginación española. Al final del drama de Calderón, «La devoción a la Cruz», el héroe que ha violado todas las leyes y cometido hasta sacrilegios, percibe, perseguido por la policía, un Calvario y se arrastra hasta él. Se va en sangre, no le quedan más que unos minutos de vida, y exclama: «Oh Jesús, no soy el primer bandido salvado por Tu amor». En otro drama español un bandido viene igualmente a morir al pie de la Cruz; en el momento de la agonía comienza a rezar el Credo. De pronto, temiendo no tener tiempo de acabarlo, se detiene y dice: « ¡Señor, haz que llegue yo hasta la resurrección de la carne!».

Conversiones como la de San Pablo y la del buen ladrón son milagrosas en razón, sobre todo, de su instantaneidad, y porque saltan las etapas que conducen normalmente a la justificación. Otras conversiones, como la de la pecadora de que habla San Lucas (VII, 47), se presentan como milagrosas más bien porque parecen borrar de golpe no solamente los pecados pasados, sino también la pena temporal debida al pecado y hasta el recuerdo y los restos de los pecados pasados, como parece verse en el caso de Carlos de Foucauld.

Pienso yo que las conversiones milagrosas de la primera clase son muy numerosas y que a causa de los méritos y de las oraciones de los santos y de los amigos de Dios, muchos de los grandes pecadores se convierten en los últimos instantes de su vida. Aquellos que en la Iglesia piden intensamente por la salvación del mundo, están destinados a ser salvadores de los demás, en Cristo. Engendran a los miembros de su Cuerpo Místico: «Porque quienquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos -dice Jesús- ése es mi hermano y mi hermana y mi madre» (Mal. XII, 50).

Aquellos otros que hayan vivido alejados de Dios, podrán pasar a Dios en sus últimos momentos sin que se sepa nada de ello. Puede ser que hasta hayan parecido rehusar la gracia. Recuerdo un cuento de Luciano Marsaux: una joven vive con su padre que no es creyente y ruega sin cesar por su conversión. Y he aquí que llega para él el momento de la muerte. Entonces ella se atreve a hacer esta pregunta: ¿Podré ir a buscar un sacerdote? Al oírla el alma del padre es iluminada: era eso lo que deseaba secretamente; quiere decir que sí, pero su gesto le traiciona, dice por señas que no y muere. (Sucede a veces que el gesto traiciona la voluntad del alma. En «El Rehén», de Claudel, Sygne de Coufontaine se interpone entre Turelure y el que había sido su prometido, recibe el balazo y cae. El sacerdote le pregunta: ¿Perdonáis? Pero ella se ha tenido que hacer tal violencia para casarse con Turelure, ha debido aniquilar de tal modo su sensibilidad, que el único gesto que espontáneamente hace, que vuelve a hacer esta vez, es el de denegación. (Por lo menos en la primera versión). Interiormente no rechaza ella el perdón, su alma es demasiado grande para eso, pero puede haber como una dislocación entre el alma y su envoltura).

7.- Sobre el pecado venial

Añadamos aquí algunas observaciones referentes al pecado y a la gracia.

Por de pronto, el que está en estado de gracia podrá evitar fácilmente los pecados mortales pero no todos los pecados veniales (salvo al fin de su vida si la gracia ha llegado a ser muy intensa en él). En efecto, la vida cristiana se sitúa en un nivel en el que se concilian las virtudes aparentemente opuestas. El cristiano debe ser a la vez prudente como la serpiente y sencillo como la paloma. Esa conciliación es difícil: atento a practicar una virtud, correrá el peligro de olvidar momentáneamente la virtud complementaria y de pecar venialmente.

Por eso pide a Dios todos los días el perdón de sus faltas cotidianas (Mat. VI, 12). Y se acuerda de las palabras de San Juan: «Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos» (I Juan, I, 8).

Parecidamente, el que está en pecado mortal no puede permanecer mucho tiempo sin volver a caer en nuevos pecados mortales; es arrastrado, cuando las ocasiones se presentan, por el peso del pecado que lleva en su corazón. Por eso el que haya cometido un pecado mortal, que no permanezca en ese estado, sino que se levante lo antes posible para volver a vivir según la inclinación de la gracia y según el «peso de gracia» que tendrá en él.

Una segunda observación referente a los efectos del pecado venial. Pongamos antes una comparación para hacer resaltar la diferencia entre el pecado mortal y el pecado venial. Si echo un ácido sobre un cuadro al óleo, quedará destruido: he ahí el pecado mortal; si echo sobre él polvo, podré, pasando una esponja, quitarlo y el esplendor del cuadro reaparecerá; he ahí el pecado venial. El pecado venial no destruye la gracia santificante, sólo impide que resplandezca. La gracia santificante me inclina hacia Dios, no querré yo perder, por nada del mundo, esta orientación fundamental, pero por inconsecuencia descuido tal o cual de sus invitaciones a actuar bien en materias de menor importancia; algo así como el enfermo que, sin dejar de desear ardientemente su curación, hace una trampa a su régimen. ¿Se deberá decir, al menos, que el pecado venial disminuye la gracia santificante? ¡No! Arrojar barro sobre el cristal de una linterna no disminuye la luz de la linterna, sino su radiación. Sin embargo el pecado venial deliberado y sostenido -a diferencia del pecado venial no premeditado- es causa del estado de tibieza, crea en cierto modo una fosa alrededor del alma y cuando llegue la tempestad de las tentaciones, correrá peligro de verse arrastrada al pecado mortal que arruinará de golpe toda su belleza.

¿Qué pensar, finalmente, del alma que habiendo perdido la gracia, la recobra por un acto de amor y de arrepentimiento? ¿Vuelve a su nivel de gracia precedente? Quizá sí, quizá no: eso depende de la intensidad de su arrepentimiento. Supongamos que hubiera conocido un nivel de gracia de diez talentos: podrá volver a Dios con un amor de cinco talentos, o de diez, o tal vez de veinte. Esa es la doctrina de Santo Tomás.

8. La doctrina del mérito

El segundo tema del que quiero hablaros es el del mérito.

Es una palabra neurálgica. Cuando uno la pronuncia delante de protestantes, se crispan y no oyen más. Es mejor, sin pronunciar la palabra, explicarles la cosa: es posible que les parezca que expresa lo que ellos han creído siempre.

¿En qué consiste la doctrina del mérito? Me enseña que Dios es tan bueno que pone en mí su gracia, con la cual puedo inclinarme hacia la vida eterna, tender a ella, elevarme hacia ella. En la parábola de la viña se dice: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en Mí y Yo en él, ese dará mucho fruto» (Juan XV, 1). Ya veis: Dios pone en nosotros la savia de la gracia y de la caridad, con la que podemos realizar actos sucesivos de gracia y de caridad cada vez más intensos, que serán como frutos y el último, el postrero de esos frutos, será la entrada en la Patria. El mérito es la orden de retribuir según justicia. Pero Dios, ¿puede estar obligado en justicia con respecto a nosotros? ¿Puede haber proporción entre lo que nosotros le damos, nosotros que todo lo recibimos de El, y los dones supremos de su gracia y de su amor? No, ciertamente, si nos deja a nosotros mismos y a nuestros propios esfuerzos. Pero sí, por el contrario, si pone en nosotros la savia de su gracia y de su amor, pidiéndonos que hagamos fructificar esa gracia y ese amor. Desde el momento en que podemos producir actos vivificados por la savia de la gracia, hay, de hecho, una proporción entre esos actos y su fruto, entre el tallo y la flor, luego entre la flor y el fruto. De suerte que nuestros méritos son dones de Dios. De ahí la frase de San Agustín: «Cuando Dios corona nuestros méritos, corona sus dones».

9. Nuestros méritos son dones de Dios

Pero ¿es que son nuestros méritos o los méritos de Cristo? La táctica protestante es en esto como siempre, la de oponer en vez de subordinar.

A los méritos de Cristo solo, opone los méritos del hombre solo. Se decide por la salvación por los méritos de Cristo sólo; y nos achaca la teoría de la salvación por los méritos del hombre sólo, es decir la tesis pelagiana condenada por la Iglesia como herética. ¿Cuál es, en suma, la verdadera doctrina católica? Puede resumirse así: Nuestros méritos son de Dios y de Cristo como causa primera, son nuestros como causa segunda: Dios nos da en Cristo el decirle «sí».

Si le digo Sí, este sí pronunciado aquí abajo, en el tiempo y que es atravesado por la luz de la gracia divina, me encamina hacia mi término final, o sea la entrada en la Patria, me hace proporcionado a esa entrada en la Patria, «fructifica» normalmente esa entrada en la Patria, «merece» esa entrada en la Patria. Es mi sí, mi mérito: me habrá desgarrado a veces el corazón, me habrá exigido que triunfe de mis pasiones, es bien mío. Pero es más aún de Dios que mío, y el primer pensamiento que vendrá a mi espíritu será el decir: Gracias, Dios mío, por haberme movido a decir sí: A Vos sea la gloria.

Para ilustrar esta doctrina católica de Dios que da al hombre el merecer, hace falta volver a la comparación de Jesús: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en Mí y Yo en él, ése dará mucho fruto». Ni Calvino, ni Barth consiguieron explicar este texto. Calvino dirá: Ved bien, el sarmiento cortado de la cepa es echado al fuego, no puede, pues, producir nada. ¡Perdón! El sarmiento cortado, sí. Se secará; pero, ¿si continúa unido a la cepa, a Jesús? Entonces da fruto. El fruto, ¿viene de la cepa o del sarmiento? Viene de la cepa a través del sarmiento. Cuando se pregunta a Barth: ¿Es Dios o el hombre el que produce la buena acción? ¿Es Dios o el rosal el que produce la rosa? El contesta: Razonáis sobre una imagen. Pero esa imagen es del Evangelio.

Una precisión más referente al mérito. Ya lo hemos visto: no puedo yo merecer la primera gracia, porque es siempre una atención gratuita. Pero si permanezco en el amor puedo con el amor merecer siempre un amor mayor y, en el instante de la muerte, la vida eterna.

10. El mérito y la recompensa

La gracia de aquí abajo, proporciona la gloria del cielo, fructifica la gloria del cielo, merece la gloria del cielo: todas estas voces son sinónimas. La gloria es dada a la gracia como un fruto, como un término, como una recompensa.

Esta noción de recompensa se encuentra frecuentemente en la Escritura. San Pablo escribe: «He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe. Ya me está preparada la corona de la justicia, que me otorgará aquel día el Señor, justo Juez y no sólo a mí, sino a todos los que aman su venida» (2 Tim. IV, 7-8). Dios, que ha colmado de gracias a San Pablo, coronará a San Pablo. Como un Juez, dará al Apóstol lo que le corresponde en justicia. Lo mismo ocurrirá a todos los cristianos.

Tenéis en el Evangelio: Cuando sufráis todas esas cosas «alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa» (Mal. V, 12).

Es Jesús quien nos dice eso. En el último día, cuando el Hijo del hombre venga en su gloria con todos los ángeles, dirá a los que estén a su derecha: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber...» (Mal. XXV, 34-35). En el mismo capítulo, se habla del servidor que habiendo recibido cinco talentos ganó con ellos otros cinco; del que habiendo recibido dos, ganó también dos. Son bendecidos uno y otro; pero el que había enterrado su talento fue maldecido (Mal. XXV, 14-30).

¿Cómo puede el protestantismo negar esas nociones de mérito y de recompensa, de un Dios que coronando nuestros méritos corona sus dones, cuando aparecen constantemente en el Evangelio? Nos achaca, para combatirnos, la doctrina pelagiana del sarmiento que, cortado de la cepa, producirá por sí solo el fruto. Pero nosotros reprobamos a la vez dos errores. Se nos dice -¡y no es una amabilidad! -: Vosotros, católicos, os movéis por una recompensa. A lo que yo contestaría: Sí, porque sabemos que la recompensa del Amor es el encuentro con el Amado. «Ninguna otra recompensa más que Vos, Señor», decía Santo Tomás. Y San Pablo escribe: «Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman» (I Cor. II, 9). ¿En qué consiste ello? ¡Es demasiado grande! ¡Es indecible el encuentro con el amado! ¿Cómo puede decírsenos que es ruin apetecer tal recompensa? Los protestantes se ven obligados a desfigurar esta espléndida doctrina para poder atacarla: «Entonces veremos cara a cara», dice San Pablo (I Cor. XIII, 12); y San Juan: «Porque le veremos tal cual es» (I Juan III, 2). No desear esta recompensa, este Encuentro, es no amar. No desear ver un día la Patria cuando se ha nacido en el exilio, es no amar.

11. ¿Se puede merecer para otro?

¿Se puede merecer la gracia para otro? Vivo en compañía de una persona a la que amo y que está en pecado; ¿podré merecer su conversión?

No, si se trata del mérito de condigno, que pone a la persona que actúa en proporción con la recompensa. Pero sí, dice Santo Tomás, si se trata del mérito de conveniencia: conviene que el Señor atienda los deseos de los que aman. Si yo procedo según Su corazón, El procederá según mi corazón. Una especie de proporción se establece. El obstáculo puede venir de la persona por la que se sufre o se suplica. Santa Catalina de Sena ruega por un religioso atormentado; y ese religioso se ahorcó. En otro momento reclamó a Dios la conversión de un joven condenado a muerte y éste se convirtió. Los que viven profundamente en el amor pueden pedir grandes cosas a Dios; sus deseos podrán encontrar grandes resistencias exteriores, pero Dios podrá, con frecuencia, acogerlos.

Una cosa es el mérito de conveniencia y otra la simple oración. Si estoy en pecado mortal no puedo merecer, ni para mí ni para los demás, pero sí podré rezar por mí y por los demás. La oración no se basa en la autenticidad de la vida, es un llamamiento a la pura misericordia de Dios. Del fondo mismo de mi pecado puedo clamar hacia Dios; la oración es una gracia por la cual Dios me invita a acercarme a El para finalmente perdonarme. Y aunque pecador puedo pedir por los demás que son mejores que yo y por los santos y por la Iglesia y la salvación del mundo.

12. ¿Se pueden merecer bienes temporales?

¿Puede uno merecer los bienes temporales? Santo Tomás responde afirmativamente, en la medida en que nos sean necesarios para encaminarnos hacia la vida eterna. Y de esto es Dios quien juzga. Si El ve que tal bien temporal me es conveniente, podrá concedérmelo. Y podrá también, por la misma razón, enviarme males. A este respecto los dones de Dios son bien diversos. La última frase del Tratado de la Gracia, de Santo Tomás, dice que todo pasa parecidamente a los buenos y a los malos en cuanto a la naturaleza misma de los bienes y de los males temporales, pero que todo difiere en cuanto al uso que hacen los unos y los otros de esos bienes y de esos males. Si sobreviene una epidemia no puede pensarse que, atacará a los impíos y evitará a los que son piadosos. Atacará indiferentemente, ciegamente, a los buenos y a los malos. Pero si aceptáis la enfermedad en el amor, os acercará al cielo y si la soportáis en rebeldía os alejará de él. Es un plano distinto.

María de la Encarnación dice que los hurones convertidos morían todos de la peste y que los otros escapaban de ella. No era muy agradable el predicar el Evangelio en esas condiciones. Los que lo aceptaban parecían castigados por Dios. Ella respondía: Eso se verá desde el otro lado... Un misionero refería hace poco que en la India, en un lugar vecino al suyo, el jefe, que era cristiano con una parte de sus gentes, vio que su búfalo caía enfermo. Un búfalo tiene mucha importancia. Comenzó una novena. Todo el mundo apostó sobre la curación: los paganos en contra, los cristianos a favor. Al cabo de nueve días el búfalo murió. El jefe fue a quejarse al misionero que le respondió que los caminos del Señor no son los nuestros.

Según San Agustín y Santo Tomás, es el uso que se hace de los bienes y de los males, lo que importa. Si permanecéis en el amor, los males, las persecuciones, los fracasos, os serán más beneficiosos aún que los éxitos. En el comentario a la Epístola a los Hebreos, Santo Tomás tiene una frase terrible, a saber, que una infalibilidad segura en los éxitos puede parecer una señal de reprobación.

Parece entonces como si Dios quisiera recompensar aquí abajo las acciones que no tienen valor para el cielo. Pensando en las virtudes de un Ciro o de un Alejandro, estima San Agustín que Dios les suscitó «para adornar el siglo presente. Tantos grandes artistas, tantos genios, han trabajado para el mundo de la cultura y descuidado los avisos del Amor. Recibieron su recompensa aquí abajo, piensa San Agustín, y como ellos eran vanos, la recompensa fue vana. Si el tiempo puede, en efecto, rescatar la obra del poeta, como lo dice Shelley, y disminuir su veneno, no rescata el alma del poeta.

Todo eso hace reflexionar. Es el uso que hacemos de las cosas en el amor lo que cuenta solamente para Dios, pero su amor nos precede siempre. No dudamos de esto jamás.

13. ¿Se puede merecer la gracia de la perseverancia final?

¿Se puede merecer la perseverancia final? La perseverancia final es la conjunción del estado de gracia y del momento de la muerte. ¿La podremos merecer de antemano? ¡No! ¿Y por qué? Precisamente porque es la conjunción del momento de la muerte con el estado de gracia, es decir con la raíz que permite merecer y fructificar. Pero lo que la raíz fructifica no es nunca la raíz misma; lo que el estado de gracia fructifica no es nunca el estado de gracia mismo. Estando en estado de gracia puedo yo merecer un acrecentamiento de la gracia y también la vida eterna. Pero no la perseverancia en el estado de gracia, la perseverancia final. Puedo, debo, no obstante, esperar que la gracia me será conservada por Dios para el momento de la muerte; y sé que no me será retirada si yo mismo no la he rechazado. Todos los días pedimos la gracia de la perseverancia final, cuando recitamos el Ave María: «Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte». Una petición parecida se encierra en todas las oraciones cristianas. Incluso en la última petición del Padrenuestro, donde suplicamos a Dios que nos libre del mal.

14. ¿Se puede saber si estamos en estado de Gracia?

Nos queda por evocar un tercero y último tema. ¿Se puede saber si se está en gracia?

En esto, como por otra parte en toda la línea, hay una gran diferencia entre la doctrina católica y la doctrina protestante que todo lo ha asolado con su concepción de la naturaleza corrompida y de la justicia imputativa. Según la doctrina luterana, si yo tengo la fe, es decir la absoluta persuasión de que, a pesar de mi corrupción indeleble, Dios me considera como justo a causa de Cristo, yo soy justo, yo estoy justificado. Para Calvino, si yo tengo esa fe, es decir la misma autopersuasión, yo estoy cierto, además, de estar predestinado. Así, según ellos, el cristiano tiene la certidumbre absoluta, está seguro por fe divina, de estar justificado y hasta predestinado. Tal es la doctrina protestante auténtica.

15. La respuesta católica: no hay en general certeza absoluta

¿Y cuál es la doctrina católica? Por de pronto la justificación es cosa diferente. Dios no puede amarme, mirarme como hijo suyo, sin intrínsecamente justificarme, sin verter en mí la gracia, sin hacer caer un resplandor de su santidad en este vaso frágil que yo soy. Pero, ¿estoy seguro de poseer esa gracia? La contestación dada por Santo Tomás y adoptada por el Concilio de Trento, expresa la doctrina tradicional de la Iglesia: a menos de una revelación particular no puedo yo tener la certeza absoluta, infalible, de que esté en estado de gracia y de que esté predestinado. A algunos de sus servidores, Dios hace conocer que permanecen en su amor, que no lo perderán y que los recibirá en su paraíso. Es una certidumbre que les pone en un indecible estado de gozo interior. Cuando San Francisco de Asís conoció este privilegio, cogió dos ramitas de árbol, la una como violín, la otra como arco, y se puso a tocar una melodía inefable que él sólo, seguramente, podía percibir.

16. La razón de esta respuesta

¿Por qué, fuera de ese privilegio excepcionalísimo llamado la «confirmación en gracia», no podemos nosotros saber de manera infalible, ni, sobre todo, de fe divina, que estamos en gracia? Porque siendo la gracia una participación de la naturaleza divina, el que la viera directamente, vería el Manantial mismo, esto es, el misterio insondable de Dios. Y Dios, aquí abajo, no puede ser visto cara a cara; no puedo asirle más que en la noche. La gracia es un esplendor, pero un esplendor nocturno; no es que sea sombra

en sí misma sino que nuestros ojos no son capaces de captarla. Ante ella y ante Dios, que ella nos da, estamos como el pájaro nocturno ante el sol.

Santo Tomás cita el texto del libro de Job: «El (Dios) obra cosas grandes e incomprensibles». Y Job continúa: «Pasa ante mí y yo no le veo; se aleja de mí y no lo advierto». ¡Dios es tan misterioso! Puede un alma tenerlo como Huésped y no darse cuenta, sentirse triste y llorosa. Puede El, así mismo, dejarla sin que por eso la abandonen las certidumbres, el gozo interno, que corren el riesgo, unas y otro, de ser engañosos. Como veis, Dios escapa a nuestra ciencia. Por eso San Pablo dirá, en la Primera a los Corintios (IV, 3): «En cuanto a mí, muy poco se me da de ser juzgado por vosotros o de cualquier tribunal humano, que ni aun a mí mismo me juzgo. Cierto que de nada me arguye la conciencia, mas no por eso me creo justificado; quien me juzga es el Señor». Así que yo me pregunto: ¿en qué estado me encuentro? Y me pongo en las manos de Dios. Todo lo que puedo hacer es decirle: Señor, si yo debiera ser castigado, castigadme. Prefiero estar en vuestras manos que abandonado en las mías.

17. La certeza moral del estado de gracia

Nada, pues, de certidumbres infalibles sobre el estado interior con relación al mundo de la gracia; pero una certeza práctica o moral nos es indispensable y ésta no nos es negada. ¿Cómo se manifiesta? Según Santo Tomás, yo sé, con certeza moral, que estoy en gracia, si las cosas de Dios llenan mi corazón, apagan mi sed; si las cosas de este mundo no son una pantalla para mí; si mi esperanza, para hablar como Claudel al final de su gran Oda sobre Santa Teresa, es «hundir mi navío entero conmigo y seguir adelante con la pasión y con el deseo». No es que haya que despreciar a las criaturas; pero su belleza emana de un Manantial infinito, capaz él solo de colmar nuestras almas. Santo Tomás da también una señal negativa; no tener conciencia de un pecado mortal. Se encuentran fácilmente otras indicaciones: San Francisco de Sales, por ejemplo, cita la profunda devoción a la Virgen. Hay que añadir, además, que Dios, que está escondido en el alma, la hace sentir secretamente su presencia por mociones, inspiraciones, luces. Se lee en el Apocalipsis, II, 17: «Al que venciere le daré el maná escondido y le daré una piedrecita blanca y en ella escrito un nombre nuevo, que nadie conoce sino el que lo recibe». Ya aquí abajo, el que recibe ese «maná escondido» comprueba que está en el amor de Dios; hay en el seno mismo de su fragilidad, un conocimiento experimental de las obras y de la dulzura de Dios en él. Este conocimiento es oscuro, intuitivo, a veces deslumbrador, pero sujeto a oscilaciones.

18. Las oscilaciones de la conciencia

Fijaos en que algo análogo sucede en el orden de la naturaleza. ¿Qué soy yo? En ciertos momentos me parece que soy alguien, que tengo en mí una certidumbre, una riqueza que comunicar; poco después una luz de Dios me alcanza y me hace ver mi nada: tengo la impresión de no ser más que una corteza, un pecador lleno de falsedad, de oscuridad. No sé a qué atenerme, vacilo, no queda nada en mí. Pasa lo mismo con un artista. En un determinado momento ha concebido una obra: ¡Ah! ¡Esto será grande! Ese convencimiento le exalta y le mueve a realizar su visión. Y una vez la obra terminada desearía destruirla (Gogol que quema sus escritos y Rouault sus cuadros), ya no le dice nada. ¡No era lo que quería! La obra, sin embargo, ¿no tenía un verdadero valor? Ya no lo sabe. Incluso los más grandes ignoran en qué están, si van a alcanzar la gloria o sufrir el fracaso. Después de sus célebres tragedias, Corneille estaba persuadido de que seguía escribiendo obras maestras, y eran piezas que no se leían. Picasso se preocupará de la crítica, no ciertamente del pueblo, sino de Matisse o de Braque y recíprocamente. Esas oscilaciones en el orden de la creación vienen a ser una tragedia interior. El hombre que triunfa fácilmente, el pintor que vende sus cuadros de antemano, pobre de él, no hará ya nada de grande.

En el orden sobrenatural, las oscilaciones son mucho más grandes todavía. Los santos dicen en ciertos momentos: aunque el diablo me diga lo que quiera, yo estoy seguro de estar en gracia. San Ignacio de Loyola aseguraba que aunque no tuviera fe, las experiencias de su retiro en Manresa bastarían para darle certeza absoluta. Todos hablan así. Pero en otros momentos se preguntan si no se hicieron ilusiones. Tales oscilaciones sólo se vencen por las revelaciones especiales que Dios da a algunos hacia el fin de sus vidas, en el momento de su «confirmación en gracia».

La conclusión nos la da San Juan de la Cruz: Teme con confianza. Teme: puede ser que no estés en gracia; pero no con temor que te impida obrar, que te haga decir: ¿para qué?; que te haga abandonar todos los impulsos. Es el demonio el que utilizaría entonces esa incertidumbre para empujarte a la autodestrucción. Pero no tengas tampoco una confianza presuntuosa, una autoseguridad confortable. No, no; nos es necesaria la Cruz. Temo, sé muy bien que si Dios deseara hacer cuentas rigurosas yo estaría perdido; pero sé también que me ama con un amor del que no puedo darme cuenta en este mundo. En consecuencia, oscilo entre mi miseria y su amor, pero mi fe dice siempre: es el amor de Dios el que triunfará, es mayor que tu miseria.

Tal es la condición del cristiano. Hasta el más pobre cristiano tiene momentos de exaltación, de gozo, es como un paraíso que baja a su corazón.

Tiene necesidad de ello. Después viene la prueba, e ignora totalmente en qué está. Hasta en los mismos apóstoles se dan estas alternativas. En el momento de la Transfiguración, la nube avanza hacia ellos, la gloria de Jesús les envuelve. Pedro, Santiago y Juan se sienten como en la puerta del Paraíso: «Señor, hagamos aquí tres tiendas...» Desearían permanecer siempre allí. Pero, ¿por qué la Transfiguración? Porque después vendrá la agonía y los mismos apóstoles verán a Jesús -que quería salvar al mundo- aparentemente vencido por las fuerzas del mal. Si no hubieran estado entonces sostenidos por el recuerdo de la Transfiguración, hubieran perdido la fe. Dios es quien regula el juego de estas alternativas. Nosotros no podemos más que decir con el poeta: «Mi alma no es un vano juguete en Tus manos, y Tu prudencia es infinita».

LOS ESTADOS EXISTENCIALES DE LA GRACIA

QUINTA CHARLA- PRIMER ESTADO EXISTENCIAL: EL PARAÍSO TERRENAL O EL ESTADO ADÓMICO

1. Los estados existenciales de la gracia

Hemos tratado hasta ahora de la gracia considerada en sí misma y en su esencia. Hemos debido referirnos constantemente a la gracia tal como la vemos realizada desde la venida de Cristo, en el estado presente de la humanidad. Esas alusiones no era posible evitarlas. Pero es necesario ahora tratar de los diversos estados, de las diversas realizaciones existenciales de la gracia.

En cada uno de esos estados encontraremos a no dudar las estructuras fundamentales que hemos caracterizado; pero en el transcurso de las diferentes edades de la humanidad, revestirán condiciones concretas diferentes, modalidades diferentes, de suerte que se podrá hablar de los diferentes estados existenciales de la gracia.

No es el Tratado de la Gracia, de Santo Tomás, lo que hay que consultar aquí, sino otras partes de su teología. Creo sin embargo que en la actualidad, un tratado acerca de la gracia debería comprender esas cosas.

2. El primer anuncio de la revelación judeo-cristiana es una respuesta al problema del mal

El primer estado existencial de la gracia es el de la gracia adámica. La revelación judeo-cristiana nos habla desde luego del amor de Dios para los hombres, y secundariamente del amor que, en correspondencia, los hombres deben tributar a Dios. El primero, el mayor de esos dos misterios, es el de las condescendencias divinas con respecto a nosotros. Y desde el principio, da una respuesta a uno de los aspectos más inmediatos y más visibles del problema del mal. ¿Por qué está nuestra vida tan llena de conflictos? Conflictos entre el alma, que es inmortal, y el cuerpo, que la enfermedad y la muerte desgarran; entre la razón y las pasiones, que nos solicitan en opuesto sentido; entre el hombre y el universo, el hombre en lucha diaria para arrancar su vida a la tierra y ésta respondiéndole con el hambre y las catástrofes. ¿Por qué tantos trabajos? ¿Por qué, sobre todo, el sufrimiento y la muerte de los niños?

3. Dios pudo crear al hombre en estado de pura naturaleza

¿Creó Dios al hombre en lucha con todos esos conflictos, en ese estado aflitivo, dramático? Desde el punto de vista filosófico podía hacerlo. La condición dramática del hombre es el rescate de su grandeza. Compuesto, a la vez, de carne y de espíritu, está en la charnela del mundo de las cosas visibles, y del mundo invisible de los ángeles, es, según la frase de Santo Tomás, un horizonte entre dos mundos. Un tal conjunto de cualidades, un equilibrio tan complejo y delicado, no se obtienen y no se conservan más que a costa de victorias sobre los conflictos que sin cesar renacen. Admitir que el hombre es un «animal racional» es admitir que es, por definición, un ser aflitivo y dramático.

4. Pero lo creó de hecho en un estado de armonía

Esa es la contestación del filósofo. Pero, ¿será valedera para una madre que acaba de perder su hijo? Si se le explica que las leyes del universo son fatales y actúan ciegamente: ¡Qué me importan, dirá, esas leyes del universo! ¡Que me devuelvan mi hijo! Y hay en esa protesta interior y espontánea como una apelación (ella puede no saberlo) a la condición primera del hombre.

Porque Dios no ha creado al hombre -carne y espíritu, horizonte entre dos mundos- en un estado dramático, sino en un estado de armonía. No le ha concedido solamente ser un hombre, un «animal racional»; le ha concedido al mismo tiempo ser un «hijo de adopción», le ha revestido de su gracia y ha venido a «habitar en él». «Dios ha creado al hombre a Su imagen y semejanza». A su imagen, dirán los Padres, eso significa:

con un alma inmortal; a su semejanza, eso significa: con la gracia y la inhabitación de la Trinidad. Cuando el hombre ha pecado, dicen ellos, ha perdido la «semejanza» de Dios, pero conserva en él la «imagen» de Dios que lleva en su naturaleza y en la estructura misma de su ser.

El paraíso terrestre no es un mito. Es el primer efecto del amor de Dios al hombre, de la ternura incomprendible de su amor. Hubiera podido, repitámoslo, crear al hombre en lo que los teólogos llaman estado de pura naturaleza, con lo que se requiere para su sola definición de animal racional y eso hubiera sido ya un beneficio inmenso. Pero no creyó que eso era suficiente.

5. Los dones sobrenaturales invisibles y los preternaturales, visibles.

Dios le confirió al mismo tiempo, el don sobrenatural de la gracia santificante que hacía de él un hijo adoptivo en el que podrían habitar las Personas divinas.

Esa gracia era de la misma esencia que la nuestra, pero sus condiciones existenciales eran diferentes. Manifestaba más visiblemente su soberanía sobre todo el ser humano. Fortalecía maravillosamente la triple dominación natural, más frágil y precaria, del alma sobre el cuerpo, de la razón sobre las pasiones, del hombre sobre el universo; de suerte que el alma mandaba en el cuerpo y no le soltaba, así que nada de sufrimiento, nada de muerte ni para el hombre ni para los niños; la razón gobernaba plenamente las pasiones que se desenvolvían espontáneamente en su luminosidad, y por lo tanto nada de conflictos pasionales; y finalmente el hombre reinaba verdaderamente sobre el mundo y la tierra era para él como un jardín, un paraíso, así que nada de trabajo penoso, nada de sufrimiento en el esfuerzo creador, nada de lucha cuerpo a cuerpo con la naturaleza.

No es que el universo fuera diferente de éste de ahora: los leones, dice Santo Tomás, no pacían en el paraíso terrenal, pero la relación del hombre con el mundo había cambiado desde que el hombre, alcanzado por los resplandores de la gracia, era otro. De este dominio del hombre sobre lo que le rodea se encuentran algunos indicios, sin tener que salirse del orden natural, en el ascendiente que tiene el domador sobre las fieras, incomparablemente más fuertes y más ágiles que él. Sucedió algunas veces que, contenidas por una fuerza oscura, las fieras no se atrevieron a tocar a los mártires cristianos. Se ve eso, particularmente, en el relato auténtico y espléndido del martirio de Santa Blandina.

La gracia adámica era en sí misma un don sobrenatural por esencia, invisible, misterioso. La triple confortación que suministraba al alma sobre el cuerpo, a la razón sobre las pasiones, al hombre sobre el mundo, pertenecía, al contrario, a los dones preternaturales, pudiéramos decir milagrosos. Para comprender la diferencia entre lo sobrenatural invisible del misterio y lo sobrenatural visible del milagro, recuérdese el paralítico que Jesús curó, primeramente, de sus pecados (he ahí lo sobrenatural invisible del misterio) y después de su enfermedad (he ahí lo sobrenatural visible del milagro).

6. Las condiciones fisiológicas del primer hombre

Puede uno imaginarse al primer hombre como en un estado fisiológicamente primitivo y hasta muy primitivo (no, sin embargo, en el sentido que hoy se da cuando se habla de los primitivos; éstos son más bien hombres degenerados). Con su alma inmortal, naturalmente, sin la cual no sería filosóficamente un hombre. Una gran capacidad de intuición, pero sin experiencia alguna. Y en esa alma la gracia original con los dones preternaturales, dando a las pasiones y a los instintos el «sueño del amor».

En un pasaje de «Progreso de la conciencia moral en las primeras edades», Raissa Maritain escribe: «Nada impide imaginar el cuerpo del hombre, puro de toda traza de degradación, más próximo a los tipos primitivos -a pesar de las distancias de los tiempos, quizás inmensas, y abstracción hecha de los estigmas de degeneración que pueden afectar a estos últimos- más próximos de los tipos primitivos estudiados por la prehistoria y la antropología, que de los tipos evolucionados que el canon de los artistas egipcios o griegos nos hace considerar como ejemplos para la humanidad».

7. La época de la religión sin intermediario

He ahí, pues, el primer estado existencial de la gracia. Era, notémoslo bien, la época de la «religión sin intermediarios». La gracia no era dada por Cristo, que no había aún venido; no era tampoco dada por anticipación en razón a la Cruz futura, porque si el hombre no hubiera pecado -es la doctrina de San Agustín, de San Buenaventura, de Santo Tomás- el Hijo del hombre no hubiera venido. Así pues, nada de mediación de Cristo. Nada tampoco de Sacramentos, de instrumentos visibles entre Dios y el hombre. La gracia adámica, depositada en el alma del hombre, venía a confortar, por sobre-emanación, el triple dominio del alma sobre el cuerpo, de la razón sobre las pasiones, del hombre sobre el mundo; todo se hacía por un

movimiento espiritual que descendía al encuentro de las cosas visibles. Ahora esas relaciones se han invertido. Todas las gracias nos vienen de la mediación visible de Cristo. Su enseñanza, preparada por los profetas, nos es propuesta por el magisterio de la Iglesia. Su virtud nos es aplicada por los Sacramentos. La religión sin mediación, sin intermediario, fue verdadera una vez, en el primer estado de la humanidad. Pero ha dejado de serlo.

8. La edad de la gracia adámica puede ser llamada la Edad del Padre

La gracia original manifestaba una fuerza que ya no ejerce en el estado presente. Desplegaba virtualidades que ahora dormitan en ella. Por el otorgamiento de dones preternaturales, transfiguraba, en una cierta medida, el estado de camino o de peregrinación. En razón de ese carácter de poderío, podrá decirse que la edad de la gracia adámica es la edad del Padre. En efecto, es a la primera Persona de la Trinidad, al Padre, a la que se atribuye primero la omnipotencia. «Creo en Dios Padre todopoderoso, creador...» (La sabiduría se atribuye primero a la segunda Persona, y el amor, primero, a la tercera, aunque el poderío, la sabiduría y el amor están en la esencia divina y pertenecen de manera común e inseparablemente a las tres Personas). Además de ese carácter de poderío, la gracia original tenía un carácter de virginidad. No tenía pecado alguno anterior que expiar, que reparar; era como una juventud, una frescura, un primer comienzo: nada le había precedido. Ahora bien, el Padre es la primera Persona de la Trinidad, de El es engendrado el Hijo y de El procede el Espíritu Santo. Nada le precede. En razón de este segundo parecido, podrá decirse nuevamente que la edad de la gracia original es la edad del Padre.

Acabamos de hablar de la fuerza transfiguradora de la gracia original que eliminaba el sufrimiento y la muerte, los conflictos pasionales, la angustia del esfuerzo creador. Si ese estado hubiera durado, si Adán no hubiera pecado, habría pasado de la transfiguración del estado de camino a la transfiguración del estado de gloria, sin conocer la muerte.

9. Los mitos de la “edad de oro”

Que no vuelvan a decirnos que el paraíso terrenal es un mito, porque en todas las religiones se encuentra una «edad de oro». ¡No! El paraíso terrenal es ante todo una atención del amor divino; y cuando los hombres han construido los mitos de la edad de oro es tal vez porque les quedaba, si no algún recuerdo de sus orígenes (como algunos aseguran) al menos algún oscuro instinto que les llevaba a creer que Dios, en la ternura de su amor, no debió crearles en el estado en que al presente se encuentran. Sus mitos y las invenciones de sus sueños son miserables al lado de lo que ha hecho para ellos, desde el principio, ese Dios de quien el Evangelio sólo nos ha revelado plenamente el amor. ¡Pero qué curioso es comprobar lo difícil que es al hombre prescindir de la noción de una edad de oro! Los que la niegan en el pasado nos la hacen esperar para el porvenir.

10. Los efectos de la caída

¿Cómo comprender la caída? ¿Y cuáles han sido sus efectos?

Según hemos visto, el hombre no podía, al principio, pecar por sensualidad, intemperancia, impureza; porque mientras siguiera sometido a Dios, sus pasiones estaban sometidas a la razón. No podía empezar a pecar más que por la cima, es decir, rompiendo con Dios. Un proverbio noruego dice que el pescado se pudre por la cabeza. La caída ha sido una rebelión contra el amor de Dios, por querer el hombre ser él mismo, no en Dios sino contra Dios: «Seréis como Dios».

En el acto el hombre perdió la gracia, esto es el don divino sobrenatural por esencia: digamos el oro, si os parece. Al mismo tiempo perdía los dones preternaturales, digamos la plata con respecto al oro: «No vayáis a morir»; «Y viendo que estaban desnudos» «Por ti será maldita la tierra». Además su naturaleza humana era, no destruida -como dirá el protestantismo- sino herida, o debilitada en su tendencia hacia el bien.

11. La vidriera de la catedral de Sens

Se ve en la catedral de Sens, en la colateral izquierda, una gran vidriera que representa todo lo que he dicho y que, además, lo remata e ilustra por la parábola del buen Samaritano. Debería llevarse allí a los niños para enseñarles la historia de nuestra caída y de nuestra redención. Emilio Mále explica esa vidriera en su libro sobre *El arte religioso en el siglo XIII en Francia*.

En lo alto, una ciudad luminosa: es Jerusalén, la ciudad de la paz; el paraíso terrenal. Después, bajando, tres cuadros inclinados como rombos, uno debajo de otro. En el primero, un hombre ha sido derribado por unos ladrones que le dan estacazos: «Bajaba un hombre de Jerusalén (ciudad de paz) a Jericó (pueblo de placeres, de tráfico, de corrupción)». Los ladrones le atacan, le roban el oro que llevaba (la gracia), su plata (los dones preternaturales) y le dejan herido.

En el segundo cuadro, el pobre hombre está extendido, inánime: el sacerdote y el levita que pasan de largo, son la ley mosaica, incapaz de curarle.

En el tercero, el buen Samaritano, Jesús: Ha cargado al hombre sobre su caballo para llevarle a la hospedería, que es la Iglesia. Volverá al fin del mundo para retribuir al hospedero.

Cada cuadro está rodeado de cuatro pequeños medallones redondos, que dan el sentido de la parábola evangélica. Alrededor del hombre que baja de Jerusalén buscando aventuras, ganancias, diversiones, se ve a Adán y Eva en la paz del paraíso. Eva ofrece el fruto a Adán. Dios interviene desde lo alto del cielo: ¡qué has hecho! El ángel expulsa a Adán y Eva y después mete su espada en la vaina, lo que significará que el hombre es perdonado. En el Paraíso perdido, de Milton, mientras Eva duerme (el autor no era muy feminista) el ángel explica a Adán todo lo que va a suceder: *Tú serás expulsado del paraíso, es cierto, pero habrá una redención y eso será hermosísimo*. Y Adán, que hasta duda de si no habrá hecho bien en pecar, preludia el Exultet... con una teología un tanto vacilante.

Alrededor del segundo cuadro en el que pasan el sacerdote y el levita, se ve a Moisés y a Aarón delante del Faraón; Moisés recibiendo la Ley de Dios, Moisés levantando la serpiente, el becerro de oro: la Ley antigua es incapaz de salvar al hombre.

Alrededor del tercer cuadro es el Nuevo Testamento: Pilato juzga al Salvador, Jesús es atado a la columna, clavado después a la cruz. Y finalmente el Ángel anuncia su resurrección.

Es toda la historia de la humanidad explicada por la parábola del buen Samaritano.

12. La gracia adámica del universo de la creación sustituida por la gracia crística del universo de la creación.

¿Por qué fue permitida la caída?; sí, ¿por qué? Fue «permitida», es decir tolerada, sufrida como contraria a la voluntad divina y soportada por Dios como una ofensa. En el momento mismo de la tentación, Dios se ofrece a ayudar al hombre, a socorrerle con una primera gracia rehusable... y que es rehusada. Si el hombre quiere obstinarse, resistir a Dios, puede hacerlo pero el «permiso» no tiene ciertamente el sentido de una autorización.

Ozanam ha dicho: Cuando el hombre no quiere hacer la voluntad de Dios, Dios le abandona a su propia libertad y es la catástrofe.

Dios dejará que la caída se cumpla. Pero, ¿qué podrá hacer después, sino perdonar al hombre? Y le promete un socorro. No para permitirle que vuelva al paraíso. En la teología oriental se encuentra a veces la idea de que el hombre al fin de los tiempos, encontrará una condición parecida a la del primer Jardín (la veréis aparecer en un determinado momento en los bellos *Relatos de un peregrino ruso*): la aventura humana acabará, en cierto modo, en un bucle. ¡Ah, pero no! No es digno del poder y de la bondad divinas el volver simplemente al hombre a su primer estado; sería hasta cruel, dicen los Carmelitas de Salamanca, el permitir tal catástrofe, si debiera ser inútil.

Entonces, ¿por qué Dios ha permitido, tolerado la caída? Para construir con las ruinas del primer universo, del universo de la gracia adámica, del «universo de la creación», un universo más elevado, más misterioso, más divino, el «universo de la gracia crística», el «universo de redención». El primer universo estaba centrado en Adán, que era un puro hombre y no debía conocer la muerte. El segundo universo está centrado en Jesús, que es Dios, que conocerá la muerte y sus amarguras, para entrar en la resurrección. En el primer universo no tenía parte el mal; en el segundo universo la parte del mal, que es inmensa, está vencida por un amor más inmenso todavía.

13. El universo de Cristo mejor que el universo del primer Adán

No es sólo la gran teología de San Agustín y de Santo Tomás la que nos descubre esos misterios. Se les encuentra ya en la liturgia y en los Padres griegos. En una de las espléndidas oraciones de la víspera de Pascua -suprimida en la nueva liturgia- puede leerse:

«Oh Dios que creasteis al hombre maravillosamente y más maravillosamente lo restablecisteis...» Y el tema del Exultet: « ¡Oh inestimable exceso de caridad! ¡Para redimir al esclavo entregasteis a vuestro hijo! ¡Oh pecado de Adán, necesario por cierto, pues ha sido borrado con la muerte de Cristo! ¡Oh dichosa culpa que mereció tener tal y tan grande Redentor!»

A su vez San Cirilo de Alejandría escribe: «Era santa la primera época de la vida humana en nuestro Adán. Pero es mucho más santa todavía la última época, la del segundo Adán, la de Cristo que ha regenerado nuestra raza, caída, con la nueva vida del espíritu».

El texto más bello es el de San Francisco de Sales: «Nuestra perdición nos ha sido provechosa porque, en efecto, la naturaleza humana ha recibido mayor gracia por la Redención de su Salvador que la que jamás hubiera recibido por la inocencia de Adán si hubiera perseverado en ella. Porque, aun cuando la divina Providencia ha dejado en el hombre, entre la gracia misma de su misericordia grandes huellas de su severidad (como por ejemplo la obligación de morir, las enfermedades, los trabajos, la rebelión de la sensualidad), el favor celeste, sobrenadando a todo eso, se place en convertir todas esas miserias para el mayor provecho de los que le aman, despertando la paciencia en los trabajos, el desprecio del mundo ante la obligación de morir y mil victorias sobre la concupiscencia; y así como el arco iris al acariciar al aspálato lo vuelve más oloroso que el lirio, así la redención de Nuestro Señor llegándose a nuestras miserias las vuelve más útiles y amables que lo que hubiera nunca llegado a ser la inocencia original. Los ángeles se alegran más en el cielo, dice el Señor, por un pecador penitente que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia.

Y así mismo, el estado de redención vale cien veces más que el de inocencia. Ciertamente con el riego de la sangre de Nuestro Señor hecho con el hisopo de la cruz, hemos sido devueltos a una blancura incomparablemente más excelente que la de la nieve de la inocencia...» He ahí lo que fue, en comparación con lo que es ahora, el primer estado existencial de la gracia.

SEXTA CHARLA.-SEGUNDO ESTADO EXISTENCIAL: LA GRACIA CRISTICA «POR ANTICIPACIÓN» BAJO LA LEY NATURAL Y BAJO LA LEY MOSAICA

1. La ruina de la gracia adámica

En el primer estado existencial de la gracia, ésta, sin referencia a mediación alguna de Cristo, constituía un pueblo de Dios que no era el cuerpo místico de Cristo y tampoco, por ello, la Iglesia. Después de la catástrofe del estado de inocencia, ¿qué hará Dios? ¿Retirar su amor a los hombres? No, sino perseguirlos con su amor. Les enviará su Hijo con la misión de morir por ellos, de reconciliar al cielo y la tierra, de «recapitular» todas las cosas -es la frase de San Pablo-, es decir, de unir de nuevo, de recomponer, de refundir el universo. Al universo de gracia centrado en el primer Adán va a suceder un universo de gracia centrado en el Verbo hecho carne.

2. La gracia de Cristo por anticipación

Desde la caída misma comienza la mediación de Cristo. Actúa al principio de una manera secretísima, por anticipación. Será la edad de la espera de Cristo. Los hombres podrán ser salvados por Él, sin conocer todavía su venida futura más que muy oscuramente y muy imperfectamente. Podrán ser salvados si creen verdaderamente, profundamente, por un asentimiento de fe teológica, que Dios existe y que es remunerador. En esa fe en que Dios existe está contenida, sin que puedan darse cuenta, la fe en la Santa Trinidad; y en la fe de un Dios misericordioso está precontenida la fe misma en la Encarnación redentora. Tal es la gran doctrina de la Epístola a los Hebreos: «Recibió el testimonio de haber agradado a Dios, cosa que sin la fe es imposible. Que es preciso que quien se acerque a Dios crea que existe y que es remunerador de los que le buscan».

La catástrofe del primer estado fue permitida para dar ocasión a Dios de manifestar un amor a nosotros que es una verdadera locura y de dar su Hijo para la salvación del mundo. Todo, en adelante, va a ser centrado en la Cruz. «Y Yo si fuere levantado de la tierra, atraeré todos a Mí» (Juan XII, 32). Y el evangelista añade: «Esto lo decía indicando de qué muerte había de morir» (XII, 33). Existe también la gran frase de San Pablo (Col. I, 20): «Y plugo al Padre... por El reconciliar consigo, pacificando por la sangre de su cruz todas las cosas, así las de la tierra como las del cielo». Y San Pablo escribe también a los Efesios (I, 9-10): «Nos dio a conocer el misterio de su voluntad, conforme a su beneplácito, que se propuso realizar en Cristo, en la plenitud de los tiempos, reuniendo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra, en El».

Reunir..., la verdadera traducción del griego es recapitular, palabra en la que entra «caput», que quiere decir cabeza: recoger alrededor de un nuevo centro, reconcentrar, si preferís, todas las cosas en Cristo. Dios no ha permitido la caída más que porque El tenía en reserva el remedio de la redención; el mundo nuevo rehecho en torno a Cristo será mejor que el precedente. Según esto la gracia que será dada con anterioridad a Cristo será ya una gracia crística por anticipación.

Dios, desde que la caída tuvo lugar, envía de lo alto del cielo, los rayos de su gracia y de su perdón. Inicia el diálogo con cada persona humana, llama a la puerta de su corazón. Los millones de hombres de la prehistoria estarán, según sus respectivas actitudes secretas respecto a las invitaciones de la gracia, en estado de gracia o en estado de gracia rehusada. Esta gracia anterior a Cristo sólo es dada, con todo, en previsión de la futura venida de Cristo. Es crística por anticipación. Es dada en razón de la gran súplica de Cristo en Cruz de la que habla la Epístola a los Hebreos (V, 7): «Habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y súplicas con poderosos clamores y lágrimas al que era poderoso para salvarle de la muerte, fue escuchado por su reverencia) temor. Y aunque era Hijo, aprendió por sus padecimientos la obediencia y por ser consumado, vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna, declarado por Dios Pontífice según el orden de Melquisedec».

Para las almas que se abren a las atenciones de esa gracia crística por anticipación, hay también con anterioridad -a Cristo-una comenzada pertenencia a Cristo, al Cuerpo Místico de Cristo, a la Iglesia de Cristo. Por lo tanto, la Iglesia de Cristo existe antes que Cristo, en estado inicial y comenzado.

3. La gracia bajo el régimen de la Ley Natural

Esa Iglesia es aún poco visible, escondida en el fondo de los corazones; es difícil a los hombres discernirla; es vista por Dios y por los ángeles.

Para darse cuenta de la secreta manera con que la gracia se insinúa, en tal caso, en los corazones, propongamos una comparación: cuando en una mañanita de verano salís a un prado, veis que cada brizna de hierba tiene su gota de rocío que le impide morir de sed. ¿Cómo ha llegado allí? No se sabe, es misterioso. Así la gracia en cada alma. Según que sea aceptada o rehusada, esa gracia traza, en ese mundo anterior a Cristo, el límite entre la ciudad de Dios y la ciudad del mal.

Santo Tomás llamará a esa edad, la edad de la ley natural. ¿Por qué? Porque la gracia entraba en los corazones utilizando los movimientos de la naturaleza. Cuando el hombre obedecía las impulsiones auténticas de su naturaleza para realizar cosas buenas, cuando prefería la nobleza, la gracia estaba ya allí, escondida, llevándole al encuentro de realidades más altas y más misteriosas. El impulso que le movía a reconocer el dominio de Dios, a adorarle, a declarar su dependencia, a confesar y lamentar sus faltas, venía de más alto de lo que podía imaginarse, del corazón mismo de la Trinidad. La gracia descendiendo a su alma, se encubría con los movimientos de la naturaleza y le encaminaba a finalidades mucho más altas de las que podía conocer por sus fuerzas naturales.

Acordaos de las palabras del Evangelio (Juan III, 8): «El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo nacido del Espíritu». El Espíritu de Dios viene de más alto y va más lejos de lo que creemos.

4. Las formas exteriores del culto

Las formas exteriores que tomaba el culto estaban sacadas del universo. Pero las almas interiormente iluminadas, el testimonio que Dios se daba en la naturaleza por los fenómenos cósmicos tomaba las dimensiones de símbolo de las cosas divinas. Los diversos acontecimientos eran manifestaciones de la divinidad, « hierofanías» (hieros = santo; fanía = manifestación), dicen los historiadores de las religiones. Por ejemplo, en las religiones de los nómadas de Siberia, o en China también, la palabra cielo significa la transcendencia de Dios. Como cuando se dice hoy: *Haga el cielo que...* La tormenta manifestaba la cólera de Dios y la dependencia del hombre que puede ser derribado. La estabilidad de la roca evocaba la de la eternidad con relación a las cosas del tiempo.

Esos símbolos serán, por lo demás, recogidos en la Biblia, por ejemplo «Dios es mi roca», es mi apoyo. En la germinación de la primavera, en el transcurso de las estaciones, esos hombres podían leer las manifestaciones de un Dios bueno y caritativo, hacia el cual le gracia interior podía inclinarles.

Se lee en los Hechos de los Apóstoles (XVI, 7 y siguientes) que Pablo y Bernabé habían llegado a Listra, en Asia Menor, y hecho un milagro entre gentes paganas, tuvieron que oponerse seriamente a que les adoraran como a dioses que hubieran tomado forma humana: «Hombres, ¿qué es lo que hacéis? Nosotros somos hombres iguales a vosotros y os predicamos para convertirlos de estas vanidades al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto hay en ellos, que en las pasadas generaciones permitió que todas las naciones siguieran su camino, aunque no las dejó sin testimonio de Sí, haciendo el bien y dispensando desde el cielo las lluvias y las estaciones fructíferas (la lluvia en las regiones tórridas es el signo de la fecundidad enviada por la bondad divina) llenando de alimento y de alegría vuestros corazones». Así pues, los fenómenos de la naturaleza, dicen Pablo y Bernabé a los Gentiles, son testimonios de Dios a través de los cuales se podía reconocerle y rendirle homenaje. Y añadían: «Llenando de alimento y de alegría vuestros corazones», frase que amo mucho porque significa que, además de los dones exteriores, Dios daba a los Gentiles una luz interior que les permitía comprender su sentido.

Cotéjense estas palabras con las que dirige San Pablo a los Atenieses (Hechos XVII, 26): «El hizo de uno todo el linaje humano, para poblar toda la haz de la tierra. El fijó las estaciones y los confines de los pueblos, para que busquen a Dios y siquiera a tientas le hallen, que no está lejos de nosotros, porque en El vivimos y nos movemos y existimos, como algunos de vuestros poetas han dicho: porque somos linaje suyo».

5. La santidad, posible en todas partes bajo la Ley Natural

He ahí lo que era el estado de la ley natural, en la que la gracia, ya crística, se ofrecía secretamente a cada alma. Y se encuentran en la Escritura nombres de personajes que a pesar de no pertenecer a la genealogía de los profetas, vivían entonces en la santidad: por ejemplo Melquisedec, superior a Abraham, ya que Abraham le paga el diezmo; es por lo que, por otra parte se dirá que Cristo es sacerdote, no según el orden de Abraham o de Aarón, sino según el orden de Melquisedec. ¿Quién era ese personaje? Históricamente nada se sabe de él, pero en la Biblia aparece misteriosamente, revestido de gran dignidad. Y sin embargo no pertenecía al pueblo elegido. Se nos habla también de Job, que tampoco era del pueblo judío, sino idumeo; y de la reina de Saba, que «se levantará contra esta generación y la condenará, porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón y aquí hay -añade Jesús- algo más que Salomón» (Mat. XII, 42).

6. La mediación esporádica de las profecías y la mediación de los Sacramentos

Cuando Cristo venga, vendrá como Mediador, enseñará y dará su gracia por los Sacramentos. Anteriormente podía haber como un comienzo de mediación. Podía practicarse una cierta enseñanza: hombres dispersos, escondidos entre el mundo de los gentiles y favorecidos por dones proféticos, podían proclamar la verdad y poner las cosas en orden cuando iban demasiado mal. Y había Sacramentos; eran signos sensibles que los hombres podían elegir bajo la inspiración interior de la gracia. Cuando los padres, por ejemplo, presentaban su niño a Dios, Dios, dicen los teólogos, borraba en él el pecado original. Sin embargo esos Sacramentos no eran los de la Ley nueva, la gracia no pasaba a través de ellos, no eran causas, sino signos solamente de la gracia, su papel se limitaba a designar el sujeto al que Dios la confería.

La mediación de las voces proféticas y la mediación de los signos sensibles preparaban a los hombres de la ley natural a la doble mediación visible de la enseñanza y de los Sacramentos que había de instaurar un día el Salvador. El tiempo de la religión sin intermediarios había pasado. Pero lo que se proponía a los hombres era una revelación muy sencilla: el misterio insondable de un Dios que por una parte es; y que, por otra parte es remunerador, es decir, caritativo para los que le buscan.

7. Las fuerzas del mal

Hay que añadir que las fuerzas del mal no permanecían inactivas. Tendían a pervertir los ritos, los sacrificios, el descubrimiento de Dios en las hierofanías.

¿Y cuál era la forma de perversión propia del mundo de la ley natural? Para muchos era la idolatría; y para los intelectuales el panteísmo. No se negaba a Dios pero se le asociaba a las cosas de aquí abajo, se perdía de vista su trascendencia. El monoteísmo era primitivo y anterior al politeísmo; pero al inmergir a

Dios en el mundo se ha acabado por dividirlo al dividir el mundo, de suerte que hubo tantos dioses como patrias.

Hubo también otras alteraciones: los ritos de iniciación, por ejemplo, llegaron a ser muy crueles, inmorales, perversos.

La dignidad humana que podía ser elevada por la presencia de la gracia, podía también ser alterada, roída por la perversión del demonio. Tal era el mundo de la ley natural, con sus grandezas, y sus escándalos.

8. La gracia bajo el régimen de la Ley Mosaica

Pero Dios instaura un segundo régimen y ello constituirá una revelación de una intensidad tal que va a separar a todo un pueblo, el pequeño pueblo judío, de esa masa del mundo de la ley natural. Dios exila a Abraham del medio politeísta en el que se encuentra. Por un choque de una fuerza excepcional, se manifiesta de nuevo a él. Le revela a la vez el misterio de su trascendencia infinita y de sus maravillosas condescendencias. El es el Dios único y es caritativo. Anuncia a Abraham, prosternado ante El, una posteridad más numerosa que la arena del desierto y que las estrellas del cielo. Con Abraham y los patriarcas un nuevo mundo comienza.

Se precisa en el momento en que se da la Ley a Moisés. Dios quiere prepararse un pueblo que será como una cuna para recibir a su Hijo en los días de la Encarnación: es el pueblo judío. El régimen de la Ley mosaica sucede al régimen de la Ley natural. La gracia continúa llamando a la puerta de cada corazón con más intensidad todavía que en el pasado.

9. La continuidad de la profecía y la institución divina de los Sacramentos

Lo que es nuevo, por de pronto, es la continuidad de una luz profética de revelación. Dios completa sin cesar la primera revelación hecha a Abraham, hasta el momento en que, después de haberse manifestado a su pueblo durante cerca de dos mil años como un Dios uno, a fin de que esa noción de su unidad fuera indestructible, podrá por fin hacerle conocer que la superabundancia infinita de su unidad de ser se expande, desde siempre, en Trinidad de personas. Así, de una parte, la noción de la Unidad se abrirá sobre la de Trinidad que se encontraba pre-contenida en ella como la rosa en el botón; y de otra parte, la noción de providencia de Dios para la humanidad se abrirá sobre la de Encarnación redentora: Dios es tan caritativo para los hombres que enviará a su Hijo Jesús a morir por ellos sobre la cruz y ese será el tiempo del Nuevo Testamento.

Lo que es nuevo también, además de la continuidad de la profecía, es la institución de los Sacramentos de la ley antigua, como la circuncisión, el cordero pascual. La circuncisión, por ejemplo, ¿qué era originalmente? El Padre Lagrange explica estas cosas en su libro sobre las religiones semíticas. Todos los pueblos primitivos tienen un profundo sentido del valor de la vida, de su generación, de su conservación. Señalan el paso de la infancia a la adolescencia por una ceremonia de iniciación que difería según los pueblos y cuyo verdadero sentido es religioso. Los pueblos semitas tenían la circuncisión. ¿Qué hace Dios? Consagra ese rito, hace de él el signo de la reunión de un pueblo, el sello de su alianza con él. El cordero pascual tenía también el valor de un Sacramento. En el momento en que los israelitas van a salir de Egipto, comen el cordero pascual cuya sangre, señalando sus puertas, significará la protección de Dios sobre sus casas; lo que se-renovará a cada celebración conmemorativa de la Pascua.

Son, pues, verdaderos Sacramentos, indicados y exigidos por Dios mismo. Pero, ¡atención! No son todavía, como los de la Ley nueva, causas de la gracia; son, como los Sacramentos de la Ley natural, simples signos que designan las iniciativas de la bondad divina a aquellos a quienes son aplicados. Los gentiles tenían que inventar sus ritos sacramentales o elegir entre los ya instituidos en la tribu; en todo caso se trataba de una elección espontánea. Mientras que en el pueblo de Israel era Dios quien designaba los ritos por una revelación: «Este es el signo que adoptarás»: la voluntad de Dios se manifiesta más. Y en el Nuevo Testamento esa voluntad se afirma de manera más precisa: es Cristo quien elegirá sus Sacramentos, no nosotros; y hará de ellos causas instrumentales, canales de su gracia.

10. Una misma gracia orienta hacia Cristo a judíos y a gentiles

La gracia es, pues, crística por anticipación tanto en el mundo de la Ley natural y de los gentiles, como en el mundo de la Ley mosaica y de los judíos. Es más concreta, más visible en este pueblo al que Dios da más y al que exige más también. Ha asemejado el régimen de la ley natural al rocío que no se sabe de dónde viene; y asemejo el régimen de la ley mosaica a un arroyo del que se ve el manantial y el curso. Si

los israelitas son fieles serán más recompensados; si son pecadores serán más castigados. Esto es lo que encontramos en la Epístola a los Romanos (11, 9-12): «Tribulación y angustia sobre todo el que hace el mal, primero sobre el judío (como más advertido), luego sobre el gentil; pero gloria, honor y paz para todo el que hace el bien, primero para el judío (si es fiel a la ley, como ella le exige mucho, su vida será más elevada), luego para el gentil, pues en Dios no hay acepción de personas. Cuantos hubiesen pecado sin Ley, sin Ley también perecerán; y los que pecaron en la Ley por la Ley serán juzgados».

Esta doctrina de la gracia divina presente en esos dos mundos, está representada en la Capilla Sixtina (eran los teólogos los que daban a los artistas las ideas, por ejemplo la del Cordero Místico a Van Eyck). El tema aquí es el mundo de los judíos y el de los gentiles encaminándose hacia el juicio de Cristo, según la frase de San Pablo: «Así se verá el día en que Dios por Jesucristo, según mi Evangelio, juzgará las acciones secretas de los hombres» (Rom. 11, 16). Las Sibilas simbolizaban la presencia de la gracia en el mundo de los gentiles. En realidad no eran otra cosa que nuestras echadoras de cartas. Pero a juicio de San Agustín y de otros Padres de la Iglesia, las Sibilas eran para los gentiles una especie de eco de los Profetas judíos. Se afirmaba la presencia de la gracia a la vez entre los judíos y entre los gentiles, de los que Cristo, según San Pablo, va a hacer en su Iglesia, un solo pueblo, sellado con su sangre.

11. El cristianismo existe inicialmente antes de Cristo

Así el cristianismo existía en bosquejo antes de Jesucristo. Tomad como imagen al sol. Si salís muy de madrugada, aún está oscuro; poco después las cosas comienzan a clarearse. ¿De dónde viene esa luz que aumenta? Pero de pronto aparece el sol: ¡Ah, es él el que antes de levantarse iluminaba el mundo!

Así el cristianismo existía antes de Cristo, no sólo virtualmente, sino también en acción iniciada y progresiva. Podríamos tomar otra semejanza: la flor antes de abrirse existía ya en el tallo y en el botón. No es difícil contestar a la objeción de Rousseau en su «Profesión de fe de un Vicario de Savoya». El la creía insoluble: O el cristianismo es necesario para la salvación y estamos obligados a condenar a todos los millones de hombres que vinieron a este mundo antes de Cristo; o bien diremos que podían salvarse y entonces el cristianismo no es necesario para la salvación y las religiones paganas valen tanto como él. La réplica es bien sencilla: el cristianismo es necesario para la salvación; los que fueron salvados antes de Cristo fueron salvados por El; constituían por anticipación su Cuerpo Místico, su Iglesia. Porque ya la gracia era crística.

Tal es el segundo estado existencial de la gracia, pero primero de la gracia crística. Cuando venga Cristo fundirá en El a judíos y gentiles. Por eso le llaman «piedra angular», la piedra del ángulo reúne en ella las dos fachadas. Y San Pablo escribirá a los efesios venidos de la gentilidad (11, 13-18): «Los que en un tiempo estabais lejos, habéis sido acercados por la sangre de Cristo; pues El es nuestra paz, que hizo de los dos pueblos uno, derribando el muro de separación, la enemistad..., para hacer en Sí mismo de los dos un solo hombre nuevo y estableciendo la paz y reconciliándolos a ambos en un solo cuerpo con Dios por la cruz, dando muerte en Sí mismo a la enemistad. Y viniendo nos anunció la paz a los de lejos (gentiles) y la paz a los de cerca (judíos) pues por El tenemos los unos y los otros el poder de acercarnos al Padre en un mismo Espíritu. Por tanto ya no sois extranjeros y huéspedes, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios...» Así será la Iglesia en su acto acabado.

12. La sombra de la cruz de Cristo cubre al mundo posterior a la caída

Observemos que la Ley natural y la Ley mosaica tendrán, la una para los gentiles y la otra para los judíos, una existencia paralela. Ese doble régimen de la gracia es un régimen normal para aquel tiempo. Pero a través de los judíos y de los gentiles la secreta moción de Dios está orientada hacia la cruz del Salvador. De suerte, dicen los Padres de la Iglesia, que bajo la Ley natural y después bajo la Ley judía, los sacrificios que se ofrecían a Dios sin que fueran corrompidos por la perversidad humana o por obra del demonio, sólo le eran agradables y eran aceptados por El porque veía en ellos como una primera imagen del sacrificio futuro de su Hijo. Si la sangre de Abel clama a Dios, según la Epístola a los Hebreos (XII, 24) es porque un día, más elocuentemente, la sangre de Cristo clamará a Dios. Todo lo que es auténtico antes de Cristo, todas las cosas que son agradables a Dios, lo son porque ve sobre ellas la sombra de la Cruz, como un primer bosquejo de lo que le dará un día el supremo sacrificio de su Hijo. Las gracias crísticas formaban un pueblo único, no unido aún visiblemente, pero centrado ya en Jesús.

La Iglesia se iba formando y marchaba, a través de los siglos, hacia el Salvador. La dignidad humana estaba solicitada, a un tiempo, por la gracia divina y por las fuerzas de perversión; el sí y el no eran, como hoy, el fruto de una libre decisión interior; la gracia no se cansaba de insistir y los que no la rehusaban finalmente, pertenecían ya a Cristo, sin que tan vez, nada conocieran de El.

13. La gracia de Cristo preserva a los niños en la aurora de su conciencia moral

Santo Tomás da como ejemplo la justificación de un niño que nace y vive en una tribu pagana, en plena selva, donde nunca se vio misionero alguno. ¿Qué ocurrirá? Es el problema del despertar de la conciencia moral. Llega un momento en que ese niño va a realizar su primera acción libre. Nada de ensayos, por que siempre hay bosquejos, sino una primera acción verdaderamente libre, consciente, moral, en la que elige entre el bien y el mal, y en la que, si opta por el bien es, no por obedecer a sus padres, o por costumbre, o por temor, sino porque es el bien.

Debe elegir en tal caso, dice Santo Tomás, el bien «honesto», debería traducirse: el bien «humano», digamos: la nobleza. A propósito, quizás, de un hecho cualquiera. Si elige el bien, dice Santo Tomás que queda investido secretamente por la gracia: en efecto, la naturaleza humana, a causa del pecado original, no puede decidirse por la nobleza en las cosas importantes y graves, sin el socorro de la gracia de Cristo. En tal momento, dice Santo Tomás, ese niño queda justificado y purificado del pecado original.

Imaginémonos a un muchacho que ha sido ofendido por otro a quien ve, de pronto, atacado por un animal peligroso. En vez de pensar: ¡allá se las arregle!, dice: ¡no!, irá en su socorro. Elige la nobleza, sin pensar en más. En realidad su impulso viene del seno de la Trinidad, a la que no conoce especulativamente, de seguro. Quizás no haya hecho aún conceptualmente la distinción entre lo creado y lo Increado. Su corazón ha decidido antes de que el trabajo discursivo de su inteligencia haya podido terminarse. Diferentemente del niño cristiano, prevenido por las enseñanzas de la revelación, él deberá descubrir la verdad poco a poco. Trato aquí de un niño nacido «en los bosques», con anterioridad al tiempo de Cristo. Podrá decirse que tiene de antemano el «bautizo de deseo», está justificado el pecado original. Al decir sí a la nobleza simplemente humana, que es la única que percibe, dice sí a algo que es mayor de lo que cree, a su último fin y a las profundidades del misterio de Dios.

Añadamos que eso puede producirse a propósito de una acción que el niño crea buena y que en realidad no sea lícita. Si cree que el ir a coger una oveja a la tribu vecina es una acción valerosa y si la ejecuta porque la cree verdaderamente buena, esa acción le será contada como buena.

Así la gracia redentora de Cristo actúa con anterioridad a la venida de Cristo, dejando subsistir el sufrimiento, los conflictos pasionales, las luchas del hombre con la naturaleza, pero siendo capaz de iluminarlo todo desde dentro. Bajo la Ley natural y bajo la Ley mosaica, la sombra de la Cruz viene ya a salvar al mundo.

SEPTIMA CHARLA-TERCER ESTADO EXISTENCIAL: LA GRACIA CRÍSTICA POR DERIVACIÓN

Después de haber hablado de la edad de la espera de Cristo, vamos a ocuparnos de la edad de la venida de Cristo.

1. La edad de la presencia de Cristo

Y empezaremos por el tiempo de su presencia. ¿Qué era de la Iglesia en ese momento? No había poderes jerárquicos porque están todavía replegados todos en Cristo. Promete Jesús transmitirlos a los apóstoles pero mientras El está allí ningún otro manda. Frente a Cristo, que es el Esposo, está la Iglesia que es la Esposa, y la Iglesia estaba entonces condensada en la Virgen María. La Iglesia no será jamás tan santa como lo fue en aquel momento, y esa concentración de la gracia en la Virgen, dará a la Iglesia naciente una cierta coloración por la que será marial.

Pero no me propongo yo hablar aquí de la Virgen; de lo que quiero hablaros es del estado de la Ley nueva, de la edad de Cristo llegado ya. Se le puede llamar la edad del Espíritu Santo, veremos por qué.

2. La Edad del Espíritu Santo

La Encarnación nos da a Cristo en quien está la plenitud de la gracia: «Lleno de gracia y de verdad» (Juan I, 14), y el día de Pentecostés, el Espíritu Santo hace superabundar sobre el mundo esa gracia de Cristo, de suerte que «de su plenitud recibimos todos» (Juan I, 16). Así la Iglesia que desde la Encarnación está definitivamente constituida en su Cabeza, que es Cristo, se perfecciona el día de Pentecostés en su Cuerpo por una especie de presión del Espíritu Santo sobre la gracia de Cristo, para hacerla refluir sobre la

humanidad. Y hasta el fin, de los tiempos continuará el Espíritu Santo derramando la gracia de Cristo sobre la Iglesia.

Desde el instante de la Anunciación, desde que la Virgen dice «sí» y la Encarnación se realiza, Cristo fue constituido Mediador de todas las gracias. Hasta entonces la gracia venía directamente de Dios y Dios la daba en consideración a los méritos futuros de la Pasión, de Cristo; era crística por anticipación. En adelante todas esas gracias pasarán a través de la santa humanidad de Cristo, serán crísticas por derivación; de suerte que San Juan Damasceno podrá decir que la humanidad de Cristo es el «órgano de la divinidad» y Santo Tomás, «el instrumento conjunto a su Persona divina»; del mismo modo que mi mano es un instrumento conjunto a mi persona, y una pluma o un pincel son instrumentos separados; así la humanidad de Cristo es un instrumento conjunto a la Persona del Verbo, y los Sacramentos son instrumentos separados.

3. Derivación por contacto y derivación a distancia

Porque todas las gracias pasan por su santa humanidad es por lo que Jesús dice a la mujer enferma: «¿Quién me ha tocado?... porque Yo he conocido que una virtud ha salido de Mí». Lo mismo será cuando diga: «Tus pecados te son perdonados». Pero Jesús vivió únicamente en Palestina. Fue allí donde se puso en contacto con los hombres. Por una palabra... por una mirada (¡es una manera de conmover, una mirada!)... recostando a San Juan sobre su pecho en el momento de la Cena... Es alrededor de Jesús, por las gracias de contacto, como comienza la Iglesia en su acto pleno y acabado.

En aquel momento existían hombres en otras partes, sobre toda la tierra, y las gracias de Dios, pasando por el corazón de Jesús, les alcanzan a distancia y no por contacto.

Se dice entonces, en los dos casos, que la gracia es dada por derivación de Cristo, por superabundancia, super-emanación, extravasación. Tenemos, pues, un nuevo estado existencial de la gracia, el estado de la gracia crística, no por anticipación, sino por derivación. Y ésta puede hacerse por contacto o a distancia.

4. El misterio de la derivación por contacto

Esta diferencia entre contacto y distancia se produjo ya en torno a Jesús. Con frecuencia curó los cuerpos por contacto: tocando los ojos del ciego de nacimiento con lodo, metiendo sus dedos en las orejas del sordomudo y tocándole la lengua. Pero a veces curó a distancia: por ejemplo a los diez leprosos que se ven sanados cuando se alejaban de Jesús, o bien al criado del centurión al que Jesús cura sin ir hasta él.

No hay más que hacer la transposición y se tendrán curaciones de almas, ya por contacto ya a distancia. Es bien misteriosa esa derivación por contacto. Recordemos la historia de la resurrección de Lázaro. Cuando Jesús se entera de que está enfermo, se queda todavía dos días más donde estaba, a pesar de la llamada de Marta y María. ¿Por qué no quiere ir? Espera a que Lázaro haya muerto y cuando llega, las primeras palabras que le dirige Marta son: «Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano». Y María le dice lo mismo (Juan XI, 21-32). Seguramente de haberse encontrado allí no hubiera podido resistirse al ruego de las dos hermanas.

El contacto de Jesús es la razón del misterio de la Encarnación. ¿No podía Dios enviarnos simplemente gracias desde lo alto de los cielos, como en el paraíso terrenal? Seguramente, pero ha querido atendernos por un contacto humano, visible, sensible. Desde la caída, el equilibrio del hombre quedó trastornado y como sometido a las cosas visibles. Estas son tentadoras para él y sin embargo el hombre necesita de ellas para llegar a elevarse. Entonces Dios ha querido hacer de esas cosas peligrosas, medios de salvación para nosotros, liberarnos con las piedras de nuestra prisión, y ése será todo el misterio de la sacramentalidad. En el cielo no será ya necesario ese contacto inmediato, porque el hombre no estará ya en condición de caído; pero sobre la tierra, a causa de esa condición, tiene necesidad de ser atendido por el Médico.

5. La gracia plenamente crística condiciona un modo más íntimo de inhabitación de las personas divinas

La gracia es plenamente crística por derivación, plenamente cristoconforme, plenamente cristoconformante. Y como la gracia es correlativa de la inhabitación de las tres Personas divinas, su estrecha conformidad con el Salvador hace que la inhabitación se profundice, llegue a ser más íntima y más intensa. La gracia cristoconformante, explica San Pablo a los Efesios (II, 18), «nos da el poder de acercarnos al Padre en un mismo Espíritu». Encontramos en San Juan este pasaje misterioso (VII, 38): «El que cree en Mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su seno.

Esto dijo (Jesús) del Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en Él, pues aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado». Esto no quiere decir que el Espíritu Santo no habitara en los justos del Antiguo Testamento y hasta en el mismo Adán y en los mismos ángeles: significa que no habitaba aún con esa intimidad. Será necesario que Jesús cumplimente su obra redentora, que resucite y suba al cielo; y una vez de que todo el itinerario del Salvador, que es la Cabeza, haya sido acabado, el Espíritu Santo descenderá el día de Pentecostés y el itinerario de su Cuerpo, que es la Iglesia, comenzará. Será necesario que Jesús sea glorificado para que el Espíritu Santo descienda con esa intimidad y esa fuerza. El Salvador dispensará una gracia nueva, un amor nuevo que condicionará un estado nuevo de la inhabitación de las tres Personas divinas. «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él haremos morada» (Juan XIV, 23).

6. Con la plenitud de la mediación aparece la plenitud de la gracia

Hemos hablado de la religión sin intermediario que existía en el estado de justicia original y que suscita a veces una especie de nostalgia. ¡Todos los errores llegan a ser verdades cuando se les coloca en el buen lugar! Desde la aparición del pecado, tenemos necesidad de mediación. La Encarnación es la mediación en su plena forma; y porque Dios, que podía muy bien darnos la gracia desde lo alto del cielo, se encarna y deposita el principio de la gracia en el corazón de Jesús, las palabras de perdón van a salir de una voz que está aquí sobre la tierra: Tus pecados te son perdonados, tu fe te ha salvado (Mat. IX, 22). El Manantial del perdón se vierte en el tiempo y el espacio. Jamás la gracia había sido tan intensa como en el momento de la Mediación visible y jamás nos había agitado tanto. La mediación no es pues una pantalla, sino un canal. Abraham disfrutaba de una gracia poderosa y profunda, pero era una gracia por anticipación, mientras que el más humilde de los cristianos disfruta de una gracia que le llega por derivación. Nuestro régimen es mejor que el de Abraham. Recojamos la frase de San Agustín, dicha en otras circunstancias: «Abraham es mejor que yo, pero mi estado es mejor que el suyo». Es la explicación de las palabras del Señor (Mat. XI, 11): «En verdad os digo que entre los nacidos de mujer no ha aparecido uno más grande que Juan el Bautista. Pero el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él». ¡No en cuanto al nivel de la gracia! ¡Juan Bautista tiene una gracia talmente mayor que la nuestra!, pero él pertenece aún a la edad de la espera de Cristo, es el dedo que muestra a Cristo, como lo representa el Himno de la Liturgia y el retablo de Grünewald, en Colmar; es la última estrella de la noche que brilla todavía cuando aparece el sol; pertenece al mundo de los profetas y anuncia el Nuevo Testamento.

Jesús dice parecidamente (Luc. X, 23): «Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis, porque Yo os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron». Y se lee poco antes (X, 21): «En aquella hora se sintió inundado de gozo en el Espíritu Santo y dijo: Yo te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños». Es la última edad del mundo, no tendrá otra.

7. Las gracias de contacto nos llegan por la jerarquía

En el momento en que Jesús va a dejar la tierra, ¿nos arrancará esas gracias de contacto para hacernos volver al estado anterior? No; va a convertir en definitivo ese contacto instituyendo aquí abajo los poderes jerárquicos, ya jurisdiccionales, ya sacramentales: «Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». «Enseñad», son los poderes jurisdiccionales que serán asistidos, en diversos grados, por gracias proféticas; y «Bautizad», son los poderes sacramentales. Es la voz de Cristo que continúa enseñándonos en el tiempo; y son las manos de Cristo, extendidas a través del espacio y el tiempo, que siguen tocándonos por los Sacramentos.

Cuando yo bautizo a un niño, o más bien cuando Jesús, por mí, bautiza a un niño, es como cuando Jesús tocaba y bendecía a los niños de Palestina. Y como los poderes jurisdiccionales y el poder sacramental del Orden -que hace al sacerdote ministro ordinario o exclusivo de los demás Sacramentos, salvo el del matrimonio- pertenecen a la jerarquía, podrá decirse que la Iglesia en su acto acabado, con la gracia plenamente crística y cristoconformante, viene de la jerarquía. Esa gracia es plenamente crística por dos razones. La primera, porque es orientada, puesto que el poder jurisdiccional da las directivas, esa gracia no dejará de saber por qué camino avanzar; la segunda, porque es sacramental.

8. La gracia crística es orientada

La gracia pide ser orientada. Cuando habita verdaderamente en mi corazón, desea actuar. Busca sus caminos: «Señor, a Vos quiero dar mi inteligencia, a ningún otro, pero ¿qué es lo que debo creer? ¡Y me gustaría tanto saber cómo actuar para agradaros!» Equivocarse en esas materias sería una catástrofe: en ese caso se espera una contestación de fuera.

Bien sé yo que la virtud de la fe no engaña nunca; pero el creyente puede engañarse a menudo. Yo puedo bloquear con mi fe una porción de cosas que, sin que me dé cuenta, le sean contrarias o extrañas, y es siempre peligroso. En tales casos Dios responde a mi llamada: «Sí, yo te diré lo que debes creer y hacer: por mi Espíritu Santo, Jesús seguirá enseñándote a través del mensaje jurisdiccional».

Sobre muchos puntos podremos todavía estar en la incertidumbre; eso podrá ser a veces, hasta motivo de tortura. A la virtud de prudencia corresponderá decidir. Pero en una parte esencial la contestación nos será dada.

Por los poderes jurisdiccionales, la gracia será «orientada» de dos maneras diferentes:

En un primer plan, la Iglesia, por su poder declarativo, habla como eco de la voz del Esposo; esto es lo que Jesús enseña y yo os lo propongo, no en mi nombre sino en el nombre mismo de Dios. Es verdaderamente la voz de Dios la que ella hace oír aquí y está asistida para orientar la gracia que está en nosotros, de una manera absoluta, infalible, irreformable. Esto ocurre cuando define un dogma, es decir que tal cosa es revelada. No encontraréis tal vez ese dogma explícitamente formulado en la Escritura, pero encontraréis el principio que, desplegándose a través del tiempo por desarrollo homogéneo, ha dado tal verdad, por ejemplo la Inmaculada Concepción. O la Asunción: cuando la Iglesia nos dice que la Virgen está en el cielo con su alma y su cuerpo, es una verdad revelada de una manera implícita, como la solución de un problema está contenida en su enunciado. Lo mismo es cuando la Iglesia nos precisa que hay en Cristo dos naturalezas, dos voluntades, dos inteligencias, la una divina, la otra humana. Esas cosas contenidas en la revelación se hacen explícitas en el transcurso de los tiempos y la Iglesia nos las transmite como custodia del mensaje del Esposo mismo. ¿Cuál será nuestra actitud en correspondencia a ese mensaje? Será una obediencia de fe, una obediencia teologal; yo creo por la autoridad de Dios, no por la autoridad de la Iglesia. Pero la Iglesia está requerida para que me sea hecha la exacta presentación del mensaje. Yo creo por vuestra palabra, Dios mío, todo lo que Vos habéis revelado.

Obediencia teologal que corresponde a lo que San Pablo pide cuando dice que ha recibido «la gracia y el apostolado para promover la obediencia a la fe» (Rom. I, 5).

En un segundo plan de enseñanza, por su poder canónico, la Iglesia habla en su propio nombre de Esposa. Y tomará decisiones porque Jesús le ha conferido ese poder: «El que a vosotros oye, a Mí me oye y el que a vosotros desecha a Mí me desecha» (Luc. X, 16). Los apóstoles hacen oír, por una parte, la voz del Esposo y, por otra parte, deben resolver cantidad de problemas.

La Iglesia, a su vez, tomará posición incluso doctrinalmente en toda una zona de enseñanzas que no son de fe o que no lo son todavía. Podrá ponernos en guardia: ¡Atención!, si decís tal cosa corréis el peligro, en un cierto momento, de negar una verdad ya definida como de fe o que podrá serlo un día. Así el Papa habla del poligenismo para condenarlo. ¿Por qué? Según San Pablo toda la humanidad procede de un solo hombre, Adán; pero algunos han tratado de explicar a Adán como si fuera una colectividad. No, dice el Papa, no es ése el pensamiento del Apóstol. Lo hizo en una encíclica: no es todavía cosa definida como verdad de fe. He ahí la voz de la Esposa. Cuando la Iglesia habla en ese plan, está asistida para orientar la gracia que está en nosotros, de una manera no absoluta, sino prudencial.

Suponed que yo os traigo un mensaje de parte de alguien que tiene toda vuestra confianza; leéis vosotros ese mensaje y poco os importa por quién lo habéis recibido. Si se trata de una orden, obedeceréis a causa de la autoridad que os lo dirige. Pero yo podré añadir: Conozco el contenido del mensaje, sé que lo aceptáis, pero puedo deciros, por otra parte, que el que os lo envía tiene razón por tal o cual motivo. Soy yo, en ese caso, el que expongo mi punto de vista: no estamos ya en el primer plan. Así la Iglesia va a hacer oír su voz de Esposa. Y ¿cuál debe ser nuestra actitud al escuchar la voz de la Esposa? Cuando la Iglesia nos da directivas prudenciales, ya sea en las encíclicas del Soberano Pontífice, ya en las recomendaciones de los Obispos, lo que se requiere de nosotros es una actitud de obediencia «intelectual» si se trata de una proposición doctrinal, y de obediencia «práctica» si se trata de una proposición de orden disciplinario. No se trata de una obediencia de orden teologal, sino de orden moral.

¿Puede uno pecar mortalmente desobedeciendo? Sí, pero no por pecado de herejía; sería un pecado mortal contra la obediencia, contra la prudencia. (Mientras que si se desobedece a la Iglesia cuando recuerda la voz misma del Esposo, será un pecado contra la fe. ¡Si se hace conscientemente, como es natural! Ni qué decir tiene que si un protestante niega la Inmaculada Concepción, puede hacerlo de buena fe y permanecer sin pecado; pero si, por el contrario, yo, católico, digo: está definido por el Papa pero yo no

lo acepto, mi desobediencia es teologal, soy un hereje, naufrago en la fe, como lo anunciaba Pío IX de los fieles que rechazaran la definición de la Inmaculada Concepción).

La asistencia prudencial dada al poder canónico para orientar la gracia supone diferentes grados: puede ser infalible y falible.

Hay, en primer lugar, las leyes generales que deben ser observadas por todos los cristianos. Conciernen, por ejemplo, las condiciones en que serán administrados los Sacramentos; la obligación de asistir a Misa los domingos; la de la abstinencia los viernes; todo lo que se llama los mandamientos de la Iglesia y que son, en realidad, precisiones de los mandamientos divinos. Cuando Jesús dice: «Si no hicieris penitencia, todos igualmente pereceréis» (Luc. XIII, S), la Iglesia precisa: Haced por lo menos esta penitencia de no comer carne los viernes, de ayunar en determinados días, etc.

Digamos que para todas las leyes generales del Derecho Canónico, la asistencia prudencial dada a la Iglesia es infalible, es decir, que jamás será imprudente el conformarse a esas leyes. Podrán quizás existir leyes mejores que las que están en uso actualmente. La Iglesia podrá, pues, eventualmente modificarlas, pero eso no quiere decir que las leyes anteriores, menos adaptadas, fueran malas y propias a extraviar. Por ejemplo: Pío X pide que se haga comulgar a los niños muy pronto. Supongamos que esta ley hubiera sido formulada diez años antes; posiblemente hubiera sido excelente pero eso no significa que la ley anterior fuera imprudente.

La Iglesia podrá pronunciarse sobre casos particulares. También ahí está asistida por el Espíritu Santo, pero de manera falible. Por ejemplo, tal matrimonio ha sido contraído válidamente o quizás declarado nulo. Hay todo un procedimiento que seguir: averiguaciones, testimonios... durante el cual pueden producirse errores y hasta mentiras. Está previsto, por ejemplo, si ha lugar, un examen médico, eligiendo el médico la persona interesada; el tribunal eclesiástico designa entonces un segundo médico que estima idóneo. No puede evitarse que se deslicen errores y falsos testimonios y que la Iglesia, engañada, declare equivocadamente: Vuestro matrimonio no es válido, podéis volver a casaros; o lo contrario. ¿Habrá por eso que suprimir el tribunal que juzga las causas? ¡No, eso sería un mal muchísimo mayor! Ese tribunal está asistido en el conjunto de los casos, pero no en cada caso particular: es lo que se llama una asistencia (prudencial) falible.

Se ve fácilmente con esto lo que es la gracia orientada y: cuáles son las diversas exigencias de adhesión que requieren las normas del Magisterio. La gracia del Nuevo Testamento es una gracia orientada por la voz de Cristo que nos habla con inflexiones diversas por los poderes jurisdiccionales: es resplandeciente y manifiesta en las iniciativas del poder declarativo; es velada, pero reconocible, en las iniciativas del poder canónico.

9. La gracia plenamente crística es además sacramental.

Cristo es causa instrumental de la gracia, causa instrumental conjunta de la divinidad, como mi mano es conjunta a mi persona. Santo Tomás vuelve sobre lo que dicen los Padres: Dios que del costado del primer Adán, dormido en el paraíso terrenal, sacó a Eva, ha suscitado del costado del segundo Adán dormido sobre la Cruz, la segunda Eva, es decir la Iglesia. Del costado de Cristo han fluído los Sacramentos, por lo que de su corazón brotaron sangre y agua, el bautismo representado por el agua y la eucaristía por la sangre. El bautizo es la entrada en la vida de la gracia; la eucaristía es su consumación, el sacramento supremo. Los Sacramentos son, pues, como la prolongación de la humanidad de Cristo, como ese vaho que se levanta de la tierra después de la lluvia y que difunde la acción bienhechora y fecundante. Actuarán como causas instrumentales separadas de la persona de Cristo, como una herramienta está separada de la persona que la utiliza.

Aquellos que no pertenecen a la Iglesia, que hasta ignoran a Cristo, si verdaderamente están así de buena fe y tienen verdaderamente el deseo de Dios, del Dios al que aman más que a sí mismos, están justificados; eso quiere decir que han recibido secretamente la gracia, la misma gracia que nosotros. Una cosa les falta sin embargo, una cosa admirable: la coloración particular que dan a la gracia los Sacramentos y que hace que en vez de ser simplemente la gracia santificante, sea la gracia plenamente crística, la gracia sacramental. En los que se encuentran fuera de la Iglesia, la gracia se encuentra como en tierra extranjera, en exilio. Mientras que los Sacramentos nos comunican no solamente la gracia de Cristo sino también las modalidades que ella da a su corazón. Y ¿cuáles son esas modalidades?

Por de pronto en el corazón de Jesús la gracia se encuentra en su tierra de elección, como en un lugar connatural, especialmente preparado. Por el hecho de que el alma de Cristo está en la íntima proximidad de la persona del Verbo, la gracia encuentra en ella su morada; se dilata sin obstáculo. La consecuencia es que a aquellos que tienen el privilegio de recibirla por los Sacramentos, la gracia proporcionará una expansión del ánimo, la libertad de los hijos de Dios. Porque ha sido previamente humanizada en el corazón de Cristo, la gracia les es transmitida, entra en ellos sin violencia, se hace en ellos como connatural, pide echar raíces en ellos, está en ellos, guardadas las debidas proporciones, del mismo modo que en Cristo.

Además, siendo Jesús hijo de Dios por naturaleza, la gracia que llena su corazón es maravillosamente filial. Cuando El nos la comunica por la virtud de los Sacramentos, es para hacer de nosotros plenamente los hijos por adopción de su Padre celestial. Dios, dice San Pablo, «nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo» (Efes. I, 5); «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, y si hijos también herederos, herederos de Dios, coherederos de Cristo, supuesto que padecemos con El para ser con El glorificados» (Rom. VIII, 16-17). «Porque a los que antes conoció, a éstos les predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que Este sea el primogénito entre muchos hermanos» (Rom. VIII, 29).

La gracia sacramental será, pues, una gracia de fraternidad con respecto a Jesús, al mismo tiempo que una gracia filial con respecto al Padre. Si otra de las Personas se hubiera encarnado, por ejemplo el Espíritu Santo, la gracia hubiera tenido otra coloración, pero no hubiera sido filial como nos lo revela el gran texto de la Epístola a los Gálatas (IV, 4): «Mas al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiésemos la adopción. Y por ser hijos envió Dios a nuestro corazón el Espíritu de su Hijo que grita: ¡Abba, Padre!» La gracia se hace desde ese momento más intensamente filial que nunca. Aquellos que vivieron antes de Cristo eran también hijos de Dios, pero no con la intimidad de filiación propia de la Ley nueva.

Cuando recibo yo los Sacramentos, digo «Padre» con una cualidad, una intensidad que permaneció mucho tiempo desconocida al mundo.

Finalmente, la gracia recibida por los Sacramentos es plenaria, extendida, en su floración. Puede desarrollar desde luego su séptuplo efecto. Abramos aquí un paréntesis, quizás demasiado largo, para recordar algunos puntos del catecismo referentes a la doctrina general de los Sacramentos.

Primeramente, para comprender mejor las relaciones mutuas entre los siete Sacramentos, comparemos las fases de la vida natural y las de la vida sobrenatural.

Se distingue en la vida natural: el nacimiento, el crecimiento y la alimentación. Es preciso que la vida aparezca, que se desarrolle por la nutrición. Eso bastaría si no sobrevinieran accidentes, pero la enfermedad exige nuevos cuidados. Se necesitará entonces un remedio contra ella y, si dejara una cierta languidez, un reconstituyente que venga a afianzar la convalecencia, remedio de segundo plano que consumará lo que ha hecho el primero. Todo estaría completo si el hombre fuera un individuo aislado, pero vive en sociedad, lo que reclama una organización y también la necesidad de atender a su continuidad.

En el orden sobrenatural, es parecido. El nacimiento es el bautismo; el crecimiento en fuerza sobrenatural, la confirmación; el alimento, la eucaristía. Esto bastaría para la vida cristiana del individuo si no sobrevinieran los pecados, contra los cuales dos remedios están previstos: la penitencia, que puede devolver la vida al alma, y la extremaunción, si en el momento en que va a aparecer ante Dios quedara todavía en ella una cierta languidez, una opacidad. En fin, también sobre el orden sobrenatural vive el hombre en sociedad: a la organización de la Sociedad provee el sacramento del orden; y a su continuidad, el matrimonio elevado a la dignidad de Sacramento con una doble finalidad, la una terrena y la otra celeste, que es la de aumentar el número de los elegidos.

Por otra parte, tres de esos Sacramentos imprimen en el alma un carácter indeleble, es decir, un poder de realizar válidamente los actos del culto cristiano.

El poder de orden: suponed un laico que cogiendo pan y vino, quisiera hacer lo que hizo Jesús y pronunciara las palabras «éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre»; nada se produciría. Si se trata de un sacerdote, aun estando en pecado mortal, hasta siendo herético, podría, si quisiera, consagrar. El culto cristiano se realizaría de una manera pecadora, blasfematoria, pero válida.

Paso ahora al poder del bautismo: un pecador no bautizado va a confesarse. La absolución que le den no tendrá valor, porque es el bautismo el que permite recibir válidamente los demás Sacramentos.

¿Qué poder da la confirmación? El poder cultural de confesar abiertamente a Cristo continuando el testimonio que El vino a dar en el mundo a la verdad.

He ahí tres caracteres sacramentales indelebles. Si un sacerdote apostatara y después volviera a su Obispo, podrán prohibirle que celebre y que ejerza el ministerio, pero no habrá cesado de ser sacerdote. Del mismo modo no se vuelve a bautizar a quien apostató, porque fue bautizado para siempre.

Los Sacramentos de matrimonio y de extremaunción presentan cierta analogía con eso: mientras los dos esposos vivan, un segundo matrimonio de uno de ellos es inválido; y en el transcurso de una misma enfermedad, no se vuelve a dar la extremaunción.

Así pues, tres Sacramentos (orden, bautismo, confirmación), imprimen un carácter -es la palabra técnica- y dos (matrimonio y extremaunción) una señal no indeleble pero sí temporal.

Supongamos ahora que yo recibo uno de los cinco Sacramentos estando en pecado mortal. ¿Qué ocurrirá? Cometeré un sacrilegio, pero el Sacramento es válido. Si me arrepiento y me confieso, la gracia que me hubiera dado el Sacramento revive. Es lo que se llama la reviviscencia del Sacramento. El que se hubiera casado en pecado mortal no tiene por qué hacer bendecir de nuevo el matrimonio. El sacerdote le dirá: Confíesese, haga un acto de contrición verdadera; habéis recibido el Sacramento no santamente pero válidamente, la gracia del matrimonio revivirá entonces en vos.

Abstracción hecha de esas cuestiones de «carácter» y de «señal» que cinco de entre ellos imprimen los siete Sacramentos dan o acrecientan la gracia. Dos están establecidos para dársela a los que no la tienen:

el bautismo y la penitencia, y se les llama por eso, Sacramentos de muertos. Los cinco restantes acrecientan la gracia a los que ya la tienen, y se llaman Sacramentos de vivos. Puede, sin embargo, haber permutaciones: si recibo yo el Sacramento de penitencia estando en estado de gracia, no me la dará pero la acrecentará. Recíprocamente, un Sacramento dispuesto para aumentar la gracia podrá darla en ciertas circunstancias: si soy víctima de un accidente de auto que me produce una amnesia. No acordándome de que estaba en pecado mortal voy a comulgar para dar gracias a Dios por haberme salvado. Suponed que no tengo la contrición perfecta, sino una contrición imperfecta; la comunión que hago de buena fe, lava mi pecado, me devuelve la gracia. Tales son los cruces que pueden producirse.

Podemos ahora cerrar nuestro largo paréntesis y volver a hablar de la plenitud cristoconformante de la gracia cuando es recibida por los Sacramentos.

Indiquemos para empezar, que esa gracia no será, como la gracia adámica, eliminadora, sino, en tanto que gracia crística, iluminadora del sufrimiento y de la muerte. Jesús no eliminó para El el sufrimiento y la muerte, pero los iluminó y la gracia redentora nos arrastra en su estela.

A este respecto el bautismo comunica una gracia de iniciación y por eso dice San Pablo (Rom. VI, 4): «Con El hemos sido sepultados por el bautismo para participar en su muerte, para que como El resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva». Eso significa que en el momento en que fui bautizado, la gracia que estaba en Cristo Jesús se desbordó en mí y va a ejercer en mí un impulso parecido al que ejerce en El. Ahora bien, ¿para qué vino Cristo? Para salvar al mundo por la Cruz. En la gracia de Cristo hay como dos pesos: un peso de gloria que le empuja hacia la Trinidad, y un peso de cruz que le empuja hacia la redención del mundo: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer» (Luc. XXII, 15). Cuando la gracia de Cristo viene a mí me moverá, si le soy fiel, a seguir, en mi plano, su itinerario para la salvación del mundo. El germen de la gracia del bautismo podrá ser sofocado por mi comportamiento, pero, por sí misma, esa gracia, si yo no la contradigo, tenderá a perfeccionarse por los demás Sacramentos y a desplegar en mi vida afectos semejantes a los que ha desplegado en el alma de Cristo. Redentora en Cristo, será corredentora en mí, invitación a las grandes pruebas y a las grandes entregas de las que hablará San Juan de la Cruz.

En cuanto a la confirmación, ella me animará a confesar la fe en unión íntima, en profunda continuidad con el testimonio, que Jesús rindió a la verdad: «Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad» (Juan XVIII, 37). Yo daré testimonio de la fe no solamente como un guerrillero aislado, sino con una cualidad de amor emanada de la del Salvador al confesar la verdad en el mundo. La característica de la gracia de la confirmación, cuando es bien acogida, es la proclamación de la verdad en el amor.

La eucaristía es el Sacramento de la consumación de la vida espiritual; lo que el bautismo ha depositado en el alma en estado de germen, la eucaristía desea desarrollar. Se oye decir que es necesario recibir la eucaristía para no caer en pecado; eso no es incierto, pero es secundario porque su verdadero objeto es consumir la vida espiritual y las verdaderas comuniones son las de los santos.

El Sacramento de la penitencia confiere una gracia particular de purificación. Da también, en consecuencia, el hambre de eucaristía. Tal es la gracia especial de la penitencia.

La extremaunción es el último Sacramento que la Iglesia da al alma que se dirige a la eternidad; le purifica de todos los restos de pecado, es decir, de todas las debilidades que el pecado original y los pecados actuales, incluso los ya perdonados, dejaron en ella, le prepara al gran encuentro con Dios.

El matrimonio da a los que lo han recibido, no sólo el amarse con un mutuo amor humano -lo que ya es una gran cosa- sino también el amarse como miembros de Cristo. Una particular delicadeza hará que cada uno respete en el otro, la gracia de Cristo o, cuando menos, la vocación del otro a la gracia de Cristo que lleva consigo, ya lo hemos dicho, la inhabitación de la Santa Trinidad. Si un cónyuge respeta eso en el otro, su amor tendrá una coloración bien cristoconformante. « Gran misterio éste pero entendido de Cristo y de la Iglesia» (Efes. V, 31-32).

Y en cuanto al Sacramento del orden, todo el que ejerza en él poderes como instrumento de Jesús obtendrá, en la medida de la intensidad de la gracia en él, rendir esos servicios con el corazón de Jesús.

La gracia al pasar por los Sacramentos se encuentra así enriquecida de diversas modalidades y coloraciones, como la luz que pasa a través de cristales de siete colores diferentes. Esas diversas modalidades sacramentales de la gracia son el esplendor del Cuerpo Místico de Cristo. Se encuentran en los más pobres de los cristianos justificados, pero no manifiestan aquí abajo su fuerza más que en los grandes santos; y el testimonio de estos respecto a los efectos en ellos de las gracias sacramentales es lo que la teología de la Iglesia desearía poder provocar y solicitaría inscribir para lograr hacer más explícita e ilustrar una de sus más misteriosas y más profundas doctrinas, poco conocida aún: la de la gracia sacramental, la sola plenamente crística, la sola plenamente cristoconformante. Todo esto está todavía para nosotros en la noche de la fe, pero en el último día, cuando perezca el mundo, se revelará la belleza de la Iglesia que nunca acabará.

Tal es el tercer estado existencial de la gracia, el de la «gracia crística por derivación». La gracia, orientada, por una parte, por los poderes jurisdiccionales asistidos por Cristo, y enriquecida, por otra parte, por su paso a través de los Sacramentos de la Ley nueva, puede ser plenamente crística y plenamente cristoconformante. Ella es la que da a la Iglesia su carácter de libertad, de novedad, de eterna juventud: «Pero la Jerusalén de arriba es libre, esa es nuestra madre» (Gal. IV, 26). «Todos nosotros a cara

descubierta contemplamos la gloria del Señor como en espejo y nos transformamos en la misma imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor» (2 Cor. III, 18). Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo del lado de Dios...» (Apoc. XXI, 2).

OCTAVA CHARLA-CUARTO Y QUINTO ESTADOS EXISTENCIALES: LA GRACIA CRÍSTICA DE SUPLENCIA, LA GRACIA BEATIFICANTE Y TRANSFIGURADORA

Nos queda por hablar de la gracia tal como se encuentra en las almas no movidas por Cristo más que a distancia.

1. Los apóstoles debía constituir la Iglesia llevando por el mundo las gracias de contacto.

En Palestina, por las gracias que emanaban de su contacto, Cristo constituía la Iglesia en acto acabado. En ese mismo tiempo, enviaba a cada alma, en los cinco continentes, radiaciones secretas de su gracia que, en la medida en que eran aceptadas, permitía a la Iglesia existir en aquellas regiones, de una manera inicial, imperfecta, poco visible.

Pero antes de su Ascensión, envía Jesús a los apóstoles por el mundo: «Id, pues, enseñad a todas las gentes...» (Mat. fin). «Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaría y hasta los extremos de la tierra» (Hechos I, 8). «Yo estaré con vosotros -les dice Jesús- siempre, hasta la consumación del mundo» (Mat. fin). Allá donde la jerarquía esté, con sus poderes de orden y de jurisdicción, dispensará las gracias de contacto, de las que hemos hablado, que constituirán a la Iglesia en su acto acabado. Y como los discípulos son enviados por Cristo a todas las naciones, la Iglesia, en derecho y en régimen normal, debería existir en su forma plena, perfecta, acabada, en toda la superficie de la tierra.

2. La resistencia de las fuerzas del mal

Pero, ¿qué sucedió en realidad? La venida de la Verdad y del Amor, de manera plena, en los días de la Encarnación y de Pentecostés, ha exasperado de rechazo a las fuerzas del mal. En oposición a las fuerzas evangélicas de luz y de amor, se coaligan las fuerzas del error, del odio, de la mentira, fogosamente dispuestas a librar la gran batalla de la que habla el Apocalipsis, batalla que ha de durar hasta el fin de los tiempos. ¿Cuáles son esas fuerzas del mal? ¿Dónde y en quién residen?

Por de pronto trabajan entre los mismos cristianos: en los que deberían dar testimonio y no lo dan, en los que duermen cuando deberían velar, en los que llegan hasta la traición. Trabajan en cada uno de nosotros; en la medida en que merecemos escuchar este reproche: «Os decís cristianos y no sois mejores que los demás», el testimonio que deberíamos ofrecer queda oscurecido, la luz que debería irradiar queda interceptada. ¡Cuántas personas nos rodean y nos observan! ¡Y se harían cristianos si pudieran adivinar en nuestros corazones la presencia de un manantial vivo!

Un médico judío que se tiene por incrédulo me decía: Tengo enfermos católicos y protestantes y otros que no creen en nada; entre los unos y los otros los hay admirables e insoportables, ¿qué conclusión quiere Vd. que saque para su Iglesia? ¿Qué cabe contestar sino que los católicos insoportables lo serían mucho más si no fueran católicos? ¿Pensamos bastante en que sería suficiente una sola acción auténticamente cristiana para conmover a un alma?

Una mujer de la campiña francesa tenía escondido durante la guerra a un comunista chino que trataba de hacerla perder la fe. Usted es un sabio, contestaba ella, usted ha estudiado, yo no sé más que una cosa y es que Jesús nos ha dicho que amemos a los hombres como El les amó. Unos días unos fugitivos, comunistas también, perseguidos por el avance hitleriano, pidieron asilo a esa mujer. Ella les dio su propio cuarto y se fue a dormir al pasillo. Había sacado para ellos toda la ropa de cama que tenía; de madrugada se fueron sigilosamente llevándose la toda. El chino estaba indignado y observaba a la campesina. Esta no había tenido un solo movimiento de cólera. « ¡Ah!, dijo el chino, yo me hago católico». Actualmente es sacerdote; ¡a causa de la acción de una pobre mujer! Hechos como ése deberían ser corrientes en la vida de todos los cristianos; a través de nosotros debería verse a la Iglesia como en transparencia.

Gandhi decía: No es un cristiano sino un hindú el que puede hacer mal al hinduismo; no es un hindú sino un cristiano el que puede hacer mal al cristianismo.

3. El bloque de las formaciones religiosas pre-cristianas

Las fuerzas del mal trabajan también, ciertamente, entre los no-cristianos. Cuando los apóstoles se esparcen por el mundo, tropiezan con formaciones religiosas procedentes de las aberraciones del paganismo. Se dice que éste que consiste no en la negación de Dios sino en inmergirlo en el universo; de suerte que al dividir el país, dividen también la divinidad y que hasta cada familia tiene su dios. Así sucedía en la antigüedad grecorromana, se había olvidado la trascendencia divina. Hoy mismo, después de veinte siglos, esas formaciones religiosas no han sido disueltas. ¡Cuántas regiones de África y de Asia que todavía no han sido evangelizadas! Son bloques en los que la orientación magisterial, la savia de los Sacramentos, no puede penetrar, de suerte que si existe la gracia en esas regiones, no será la gracia de contacto, sacramental y orientada, plenamente erística y cristoconformante. Pero, ¿es que existirá verdaderamente la gracia? Eso es lo que vamos a tratar de comprender.

4. El judaísmo

Además de esos bloques no eliminados, de la herencia del paganismo, hay otros que se constituyen en el transcurso de los tiempos y que crearán nuevos obstáculos a la misión de los poderes jerárquicos y a la difusión de las gracias de contacto. Así aparecerá el error del judaísmo. ¿En qué consiste?

En que cuando viene el Mesías, el pueblo judío, depositario de la promesa mesiánica, no le reconoce. Habrá, sí, un «resto» que integrará la Iglesia, constituida al principio únicamente por judíos, con la Virgen y los apóstoles; pero el conjunto del pueblo judío a causa de la falta de sus jefes, no sabrá ver en el Evangelio el cumplimiento de las promesas milenarias hechas a Israel. El error judío es el del tallo que en el momento de dar su flor no se reconoce en ella y que lleno de estupor la rehúsa para volverse a sus raíces. Así se constituye una nueva formación religiosa. Es el judaísmo actual. Tiene dos mil años. Su desvío no es el mismo que el de los gentiles. Los gentiles inmergen a Dios en el mundo siendo politeístas o panteístas. La desviación del judaísmo consiste en negar la trascendencia del Creador, ya que, por el contrario, le invocan contra el Mesías: Ha blasfemado, se dice el Hijo de Dios (Mat. XXVI, 63-65). Pero Dios, cuyos designios sobrepasan toda la inteligencia, había decidido esta vez venir en socorro de su pueblo enviándole más que un salvador temporal y más que un profeta: «Porque tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo para que todo el que crea en El no perezca sino que tenga la vida eterna» (Juan III, 16).

Israel ha tropezado ante esta revelación. El misterio de una vida divina que sobreabunda en tres Personas, el misterio de una Persona divina que se encarna y muere en la Cruz para salvar al mundo, le ha parecido intolerable. Después de haber confesado durante dos mil años la trascendencia del Amor creador, ha desconocido y rechazado la trascendencia del Amor redentor. En semejante formación religiosa le ha sido imposible a la Iglesia hacer penetrar, por su jerarquía, las gracias sacramentales y orientadas.

5. El Islam

Ha habido después la extraordinaria formación religiosa del Islam. ¿Cómo definirla? Pretende derivarse del monoteísmo de Abraham. Pretende ser su descendiente por Ismael, Isaac, Jacob, Moisés. María es Virgen. Su hijo Jesús es el Verbo, el Mesías. Pero los judíos y los cristianos han desfigurado las Escrituras. La Tora y el verdadero Evangelio están recogidos en el Corán. Mahoma es el Sello de la Profecía.

En realidad, el Islam no deriva directamente de Abraham. Mahoma se puso en contacto con el judaísmo de después de Cristo. Es el judaísmo cerrado a la revelación de la Trinidad y de la Encarnación, y esclerótico ya si así puede decirse, él que él predicará a tribus paganas. Así tendrán éstas la revelación de la unidad divina. Irán en peregrinación no a Jerusalén sino a La Meca. Esa formación religiosa es un retoño del judaísmo, «un fiador del judaísmo». Judíos y musulmanes son como hermanos enemigos; por eso son, afectivamente, tan hostiles los unos a los otros. Pero se parecen. Proclaman juntos una trascendencia divina que excluye a la Trinidad y a la Encarnación. Bloquean unos y otros la revelación divina referente a la salvación espiritual del mundo, con los destinos temporales de sus propios pueblos. He ahí de nuevo, una vasta formación religiosa en la que la mezcla de grandes errores con grandes verdades constituirá una traba para la predicación apostólica. Las gracias de contacto que sólo ella puede procurar quedarán descartadas desde el umbral.

6. Las disidencias

Más tarde vendrán las disidencias. ¿Puede suponerse, en el origen de éstas, que alguien, víctima de un error, no sea sin embargo culpable? Lo creo posible en ciertas circunstancias; pero en otros casos puede haber jefes de fila que ante Dios son culpables y que a menudo nos aparecen como tales. Son, propiamente hablando, los heresiarcas que rompen a sabiendas la unidad de la Iglesia y de la fe cristiana. Así se constituyen nuevos bloques que arrastrarán verdades cristianas: veneración de la Santa Escritura, validez de ciertos Sacramentos, etc., mezclados con un principio de escisión. Suele decirse que el agua regia es el único líquido que disuelve el oro: pues bien, las disidencias son como una mezcla de oro y de agua regia. Ellas son las que, de manera más o menos grave, detienen el impulso de la jerarquía: «Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas...» Después de la ruptura protestante muchos dogmas se han esterilizado; los cuáqueros, por ejemplo, no emplean ya el bautismo. Cuántas multitudes que, por lo menos, ponen obstáculos a ciertas riquezas del magisterio y se cierran así, total o parcialmente, a las gracias de contacto.

7. El advenimiento del mundo ateo

Además de los bloques de religiones precristianas, del judaísmo, del Islam, de las disidencias, habrá que señalar, pero aparte, el terrible advenimiento de un mundo ateo. Nietzsche decía: «Hay ahora, entre los diferentes pueblos de Europa, de diez a veinte millones de hombres que no creen ya en Dios. ¿Es exagerado el desear que se pongan de acuerdo? (Aurora, núm. 96). Pues bien, esa reunión se ha hecho. Desde hace casi un siglo, la historia humana ha visto la irrupción en masa de un ateísmo positivo, de un antiteísmo que exige ser vivido a fondo por el hombre y que cambie la faz de la tierra. El origen de este ateísmo hay que buscarlo en una pura opción voluntaria, un acto de fe invertido, una profesión religiosa al revés.

8. Las gracias crísticas de suplencia

¿Cuál será la actitud de Dios respecto a las formaciones religiosas de que acabamos de hablar? No las aniquila. Dios es Amor (I Juan IV, 16). Es «la luz verdadera que alumbra a todo hombre» (Juan I, 9). Si sube a la Cruz es para atraer todos los hombres a El (Juan XII, 32). «Dios nuestro Salvador quiere que todos los hombres sean salvados y vengan al conocimiento de la verdad» (I Tim. II, 4).

Ante los obstáculos a la predicación apostólica que surgen de todos lados, ¿qué hará Dios? Abrirá un diálogo con cada una de las almas que se encuentran cogidas en las redes de esos bloques, en los que se ven indisolublemente mezcladas la verdad y el error, la luz y las tinieblas. Para suplir las gracias de contacto, les enviará las gracias a distancia.

Serán «gracias crísticas por derivación». Tienen por lo tanto una cierta superioridad sobre las «gracias crísticas por anticipación» dadas en los tiempos de la espera de Cristo. Preparan directamente la entrada en el cielo y no en el limbo de los Padres del Antiguo Testamento. Pero, ¿es un régimen normal el que las gracias vengan a los hombres a distancia cuando Cristo, desde hace dos mil años, ha confiado a sus discípulos la misión de ir hasta las extremidades de la tierra, prometiéndoles solemnemente su asistencia? No, es anormal que haya sobre la tierra regiones y almas que no hayan sido beneficiadas con el anuncio del Mensaje evangélico. Que Dios utilice un rodeo, que en los lugares a donde no llegan las gracias normales de contacto, envíe gracias anormales de suplencia, gracias a distancia, todo eso atestigua a un mismo tiempo, el deseo infinito que tiene de salvarnos y el pavoroso poder del mal en nuestro mundo.

En la medida en que esas gracias de suplencia son aceptadas, inauguran ellas un régimen en el que la Iglesia puede existir, no sin duda en acto normal y acabado, sino en acto inicial, digamos más exactamente en acto anormal y dificultado.

Es preciso introducir aquí esa noción de acto dificultado, porque es una suerte mejor la que debiera corresponder a esas almas. Viven bajo un régimen imperfecto, un régimen de suplencia. Ahí tenéis el cuarto estado existencial de la gracia divina.

9. La Iglesia no es ajena a su distribución

Cuando es dada a distancia, la gracia que viene de Cristo pasa, en cierto modo, por encima de la jerarquía, para ir a llamar a los corazones. Esa gracia, ¿es pues, dada independientemente de la Iglesia? Sí, en ese sentido. Sin embargo, la Iglesia entera suplica a Jesús envíe rayos de su gracia a las almas que ella no puede alcanzar. Es eso lo que pedimos cuando en el Padrenuestro decimos fervorosamente: «Venga a nosotros Tu reino». Pensamos primeramente, ello es justo, en los misioneros que llevan a lo lejos la verdadera doctrina y los Sacramentos para establecer en todas partes la Iglesia en su régimen normal. Pero hoy mismo mueren por esos mundos gentes a las que no han llegado los misioneros. ¡Señor, que no sean condenados! La Iglesia en su acto acabado, suplica, por medio de las almas más santas de su redil, por su liturgia y en todas partes donde verdaderamente está establecida, «por nuestra salvación y por la de todo el mundo» (Ofertorio de la Misa).

En tanto que no pueda, dice ella, ir a llevarles la plenitud del mensaje evangélico, adelantaos, ¡OH Dios!, enviando a esas almas y a esas regiones gracias supletorias. No es, pues, extraña la Iglesia a la distribución de esas gracias que, allá donde son acogidas, la establecen en su estado inicial, imperfecto, dificultado.

10. La constitución de la Iglesia en acto inicial y dificultado

Las almas que aceptan esas gracias de suplencia formarán ya parte espiritualmente de la Iglesia, pero de una manera iniciada, dificultada. Todo lo que esos bloques encierran de error y de pecado queda fuera de la Iglesia; y todo lo que contienen de verdad, de santidad, le pertenece. Allá donde un alma dice un «sí» por la plena aceptación de las gracias a distancia, es una luz cristiana que se enciende. Seguirá siendo budista, o judío, o musulmán, o disidente; pertenecerá todavía corporalmente a las formaciones religiosas de los tiempos pre-cristianos, del judaísmo, del Islam, de la disidencia, pero pertenecerá ya espiritualmente a la Iglesia. Y comenzará, inconscientemente quizás, a influir en su medio para modificarlo, insistirá espontáneamente en todo lo que posee de auténtico y se desprenderá poco a poco del resto. La Iglesia encuentra en esas almas una conveniencia, una secreta complicidad; comienza a adquirir, por ellas, en el seno mismo de esas formaciones extranjerías, una cierta visibilidad.

11. Ejemplos del mundo de la India

Pienso en las procesiones de peregrinos que todos los años van, en la India del Sur, al santuario del dios Vishnu a cuya estatua refriegan sus sacerdotes con aceite y perfumes. Hace unos años se pensó en traducir al inglés, y también en parte al francés, los cánticos de los peregrinos. Habían sido compuestos por un hombre del pueblo bajo, a mediados del siglo XVII de nuestra Era. Son cánticos espléndidos: «¿Cómo nuestros espíritus podrán captar a Aquel cuya luz reflejan el sol y la luna? Dios es nuestro, alma de nuestras almas, cerquísima de nosotros, en nosotros y alrededor de nosotros. A ese Dios de amor sólo por el amor puede alcanzarse... Nosotros hemos construido un Vishnu de piedra, pero la piedra no es Vishnu; la adoración se ofrece a Vishnu y la piedra sigue siendo piedra en la estatua de piedra... Vuestra gloria, OH Dios, es el ser llamado el Salvador de los pecadores... Los santos os llaman el Señor de los desesperados. Yo al oírlo me he llenado de esperanza».

Entre esos peregrinos habrá algunos, sin duda, cuyo corazón esté atento al contenido de los cánticos y que sólo por costumbre sigan los sacrificios y los ritos tradicionales; y sin duda también habrá otros que sin darse cuenta del sentido de los cánticos, dejen ir su corazón a las prácticas idólatras. Los primeros, a diferencia de los segundos, son espiritualmente de Cristo y de la Iglesia.

12. Ejemplos del mundo del judaísmo

Otro ejemplo tomado del judaísmo. «Por lo que toca al Evangelio -dice San Pablo a los Romanos- son enemigos por vuestro bien; mas según la elección son amados a causa de los padres, que los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (Rom. XI, 28-29). Un día Dios los hará entrar en la Iglesia. En el camino en que se encuentran ahora, la gracia no cesa de ir al encuentro de sus corazones y se descubren entre ellos grandes ejemplos de santidad; como entre los hassidim -nombre que significa «piadoso» que vivían a principios del siglo XVIII en los ghettos de Polonia, en condiciones, a veces, de extraordinaria pobreza.

El P. de Menasce habla de ello en su hermoso libro: *Cuando Israel ama a Dios*. En esos medios, algunos llegaron a descubrir hasta la noción del amor de corredención, ajeno al judaísmo. Sin que hablen de Cristo, sus expresiones tienen como una sonoridad cristiana. Copiemos algunos pasajes del libro de que acabo de hablarlos.

El cristal y el espejo

Un hombre a quien la riqueza había endurecido el corazón, fue a ver al rabino Eisig. El rabino le dijo: «Mira por la ventana y dime lo que ves en la calle». «Veo unos hombres que van y vienen». En seguida le ofrece un espejo: «Mira a este espejo y dime lo que ves». «Me veo a mí mismo». «¿Y ya no ves a los otros? Piensa en que la ventana y el espejo son los dos de cristal; pero por haber sido el espejo recubierto de plata, ya no ves tú en él más que a ti mismo, mientras que a través del claro vidrio de la ventana ves a los otros. Yo deploro tener que compararte a esas dos especies de cristales. Pobre, veías a los otros y tenías compasión de ellos; cubierto de plata, ya sólo te ves a ti mismo. Vale más, sin duda, raspar el revestimiento de plata para que, de nuevo, puedas ver a los demás».

La mejor manera de predicar es llegar a ser como una oreja que escucha y que sea el mundo del Verbo el que hable en nosotros y no nosotros; porque apenas nos oímos hablar a nosotros mismos, el Verbo se calla.

El puro amor

Su vida (la del rabino Dow Beer, de Mézeritz) comienza por una terrible pobreza; su mujer la soporta mal. Un día, sus lágrimas y las de sus hijos le enternecen y por vez primera se queja de su miseria. Inmediatamente -dice la leyenda- se dejó oír una voz del cielo proclamando que sus quejas le habían hecho perder un puesto en el mundo futuro. Al principio se llenó de dolor, pero reflexionó después y manifestó una gran alegría: «Desde ahora, se dijo, serviré a Dios con un corazón más puro sin esperar recompensa». Entonces la voz del cielo se hizo oír de nuevo: «Tu parte en el mundo futuro te ha sido devuelta. Pero cuida en adelante de no quejarte cuando tus hijos te llenen de compasión, porque tu compasión no es más viva que la de Dios».

Alegría y tristeza

El rabino de Sassow decía: ¿Cómo debe ser un hassid? Debe ser como el niño que, a un mismo tiempo, llora y ríe. El hombre que tiende a una verdadera piedad debe llorar al recuerdo de sus pecados y de su bajeza, por haber ofendido a Dios; y debe alegrarse al pensar que ha sido creado para servir al Señor del cielo y observar los mandamientos que nos ha dado, en su fe. Una cosa y otra separadamente son perjudiciales al hombre, porque una constante tristeza engendra la melancolía y la duda, y por otra parte, el hombre que está constantemente alegre no sabrá consagrarse al servicio de Dios y al cumplimiento de sus mandamientos. Hay, pues, que esforzarse en estar a un mismo tiempo, triste y alegre, a fin de elevarse hasta el atrio del verdadero temor y del verdadero amor.

Esos judíos piadosos descubren la necesidad de sufrir por los demás que sugería ya la revelación del Antiguo Testamento y por ejemplo el ruego de Abraham intercediendo por Sodoma y Gomorra (Génesis XVIII, 22-32). Abraham entra como en lucha con Dios: «Pero, ¿vas a exterminar juntamente al justo con el malvado? Si hubiera cincuenta justos en la ciudad ¿los exterminarías acaso y no perdonarías al lugar por los cincuenta justos?» Y dijo el Señor: «Si hallaré en Sodoma cincuenta justos, perdonaría por ellos a todo el lugar». Abraham insiste: «¿Y si hubiera 45?, ¿40?, ¿30?» «No destruiría la ciudad». Todavía Abraham: «Perdona Señor, sólo una vez más: ¿Y si se hallasen allí diez?» «Por los diez no la destruiría». Pero no se encontraron diez justos... La oración de intercesión da ya una tonalidad cristiana al Antiguo Testamento, es como una sombra de la oración corredentora.

Pensemos también en Moisés cuando desciende del Sinaí y ve al pueblo adorando al becerro de oro. Se irrita, rompe las Tablas de la Ley. Dios dice: «Déjame, pues, que se desfogue contra ellos mi cólera y los consuma». Pero Moisés implora de nuevo: «Apaga tu cólera y perdona la iniquidad de tu pueblo» (Éxodo XXXII, 19-31).

Pensemos sobre todo en el extraordinario capítulo LIII de Isaías, donde se habla del «varón de dolores», sobre quien cargó el Señor la iniquidad de todos nosotros; que dará su vida en expiación y por sus sufrimientos justificará a multitudes.

Con el Antiguo Testamento nos encontrábamos en régimen normal, el de las gracias crísticas por anticipación. Ahora con el pueblo de Israel, estamos en régimen anormal, el de las gracias crísticas de suplencia. Son ellas, sin embargo, las que ayudan a los hassidim a descubrir la revelación del amor, anunciado en el Antiguo Testamento por el Cantar de los Cantares y las grandes confidencias de Oseas acerca de las relaciones entre Dios y su pueblo. Al mismo tiempo encontrarán el sentido del sufrimiento corredentor.

13. Ejemplos del mundo del Islam

Considerando el Islam, veo, con anterioridad a los hassidim, que se sitúan hacia el siglo XVII, almas que por las gracias de Cristo recibidas a distancia, comienzan también a descubrir la religión del amor, en un medio puramente jurídico. Así, por ejemplo, Hallaj (+922) que pensaba que aquel que ha encontrado el amor no debe guardárselo para sí, sino clamarlo en las plazas públicas. Al pobre le ataron a una cruz después de haberle cortado los brazos. Había que proteger lo jurídico del Corán contra el que había predicado el amor.

Ciertos textos contemporáneos de Hallaj parecen denunciar la presencia irrecusable de una auténtica mística del amor en tierras del Islam, y brillan como soles en medio del mundo coránico:

DZOUL(+859)

« ¡Oh, Dios mío! Mi secreto Te es conocido; yo soy el que Te desea».

«A Ti te es reservado un sitio en mi corazón. Todo vituperio me es indiferente, porque Te amo».

«Por amor Tuyo quiero ser Tu víctima. Es Tu ausencia lo que me es imposible soportar»

«Bebe el vino de Su amor a ti; así El te embriagará de tu amor a El»

YAHYA(+872)

« ¡Qué diferencia entre el que va al festín por el festín y el que va para encontrar al Amado!».

«Un átomo del amor de Dios vale más que setenta años de adoración sin amor»

« ¡Oh, Dios mío!, si Tú me preguntaras el día del juicio: Oh servidor mío, ¿qué es lo que te ha seducido de Mí? Yo te diría: Tu bondad, Señor, para mí»

« ¡Oh, Dios mío! Ya sabes Tú que yo no puedo soportar el infierno; y sé bien que no soy digno del paraíso. ¿A qué astucia recurriré si no es a Tu perdón?»

BISTHAMI (+875)

«He andado durante treinta años a la busca de Dios y cuando he abierto los ojos al cabo de ese tiempo he descubierto que era El quien me buscaba».

Al Nouri (+ 907)

Habiendo oído a un muecín llamar a la oración y a un perro ladrar, dijo: «El muecín cita a Dios con indiferencia, por rutina y por ser su oficio, mientras que el perro alaba a Dios realmente.

Estos místicos tendieron espontáneamente a hacer resaltar el puesto que el Corán da a Jesús, hijo de María; dijeron que Mahoma es el mayor de los profetas pero que el santo es Jesús. Descubrieron también ciertos matices del amor. Y ya conocemos la razón: son, en efecto, las gracias crísticas que visitan sus corazones. Pero son gracias crísticas de suplencia; podrán ser muy intensas pero tienen un impedimento a su expansión. Si esos místicos gozaran de la influencia bendita de la jerarquía, a las gracias a distancia sucederían las gracias de contacto, gracias sacramentales y orientadas, plenamente crísticas y cristoconformantes. Se parecerían al rosal que después de permanecer mucho tiempo en clima desfavorable es transplantado de pronto a tierras más propicias en las que podrá mostrar toda su belleza y alcanzar su pleno desarrollo.

14. Los impedimentos de las formaciones religiosas erróneas

Es necesario insistir acerca de un aspecto importante que afecta a las diferentes formaciones religiosas de que acabamos de hablar y en cuyo seno la Iglesia podrá existir en acto inicial y dificultado. A medida de su alejamiento de la Iglesia, constituyen a su alrededor zonas cada vez más desfavorables a la penetración de las gracias cristianas.

Una primera zona, muy cercana a la Iglesia, está representada por la Ortodoxia. Conservan los siete Sacramentos: por consiguiente la gracia se encuentra allí con su riqueza sacramental. ¿Es orientada? Sí, puesto que tienen el Evangelio, el Credo, una gran liturgia. Pero no lo es plenamente porque no reconocen la jurisdicción suprema del soberano pontífice. Aceptarán, por ejemplo, por lo menos algunos de ellos, las doctrinas de la Inmaculada Concepción y de la Asunción; pero solamente a título individual porque, a partir del VII Concilio Ecuménico, la Iglesia, dividida entre Oriente y Occidente, no estará en estado de definir dogmas. La gracia es por eso, entre ellos, sacramental, no plenamente orientada.

Una segunda zona estará representada por la formación protestante que ha conservado la fe en la divinidad de Cristo. Aquí, un inmenso vacío. Sólo dos Sacramentos, el bautismo y el matrimonio en el que, sin embargo, los protestantes, en su mayor parte, han dejado de ver un Sacramento. En cuanto a la cena, que ellos miran como un Sacramento, no la podemos nosotros reconocer como tal desde el momento en que ellos han rechazado el misterio de la presencia eucarística y han roto entre ellos la continuidad de transmisión de poderes de orden. Pueden, pues, tener las gracias sacramentales del bautismo y del matrimonio, que serán orientadas en la medida en que consigan permanecer fieles al sentido profundo de la Escritura.

Después, el judaísmo actual, en cuanto es fiel al gran anuncio profético de la trascendencia divina, y está destinado por Dios a volverse al Mesías que desconoció: «Y entonces todo Israel será salvo, según está escrito: Vendrá de Sión el Libertador para alejar de Jacob las impiedades» (Rom. XI, 26).

Después el Islam que es como su calco y que venera también la trascendencia divina.

Y finalmente la India. Con un grado menor de pureza porque su clima corre el peligro de ser panteísta; no obstante, la fuerza divina de la gracia puede vencer todos los obstáculos.

15. ¿Hasta cuándo estará diversificada la gracia?

¿Habrá hasta el fin de los tiempos, esa división entre gracias de contacto y gracias a distancia? Las religiones de India y China se remontan a más de 3000 años. El judaísmo dura desde hace dos mil años, el Islam desde hace 13 siglos, la ortodoxia desde hace 9 siglos, el protestantismo desde hace 4 siglos. Son bien tenaces esos grupos de resistencia. ¿Puede esperarse que todos los que hubieren dicho sí a la gracia se reunirán un día al amparo de la jerarquía? O, por el contrario, ¿la cizaña estará mezclada siempre al trigo en el campo del Padre de familia? ¿Será necesario que haya hasta el fin, sectas y divisiones para que los hombres no sean orgullosos en la verdad, para tenerlos alerta y para que desgarran sus corazones pidiendo por el mundo? He ahí una pregunta cuya contestación queda en las manos de Dios.

16. La gracia transfigurante

Para terminar, convendría hablar del supremo estado existencial de la gracia, el que tiene ahora en el cielo y al que se unirá al fin del mundo.

Aunque haya sido dada por anticipación antes de Cristo o por derivación después de Cristo, aunque haya sido transmitida por contacto o a distancia, la gracia será, del otro lado de la muerte, dilatada, beatificante, transfiguradora; todas aquellas diferencias, valederas para el tiempo presente, serán abolidas.

La fe cederá el puesto a la visión y la esperanza a la posesión beatificantes. «Carísimos, ahora somos hijos de Dios aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que cuando aparezca seremos semejantes a El porque le veremos tal cual es» (I Juan III, 2). Es a través de la santa humanidad de Cristo, como los elegidos recibirán esta gracia santificante supremamente crística, que les llevará inmediatamente al foco mismo de la Trinidad. Verán entonces el misterio de la Encarnación, no ya remontando de la humanidad de Cristo a su divinidad, sino como Dios mismo la ve, descendiendo de la divinidad de Cristo hacia su humanidad, hacia su Cuerpo Místico y hacia el universo finalmente glorificado.

Parecida, en efecto, a la gracia que, sobre el Tabor, desplegó súbitamente en Cristo sus rayos transfiguradores, la gracia de su Cuerpo Místico, la gracia de la Iglesia, dada al mundo desde la caída y acumulada en el transcurso de los siglos, hará sentir de repente en el postrer momento, la fuerza de sus exigencias transfiguradoras. Transfigurará los cuerpos resucitados y el universo entero: «Porque es preciso que lo corruptible se revista de incorrupción y que este ser mortal se revista de inmortalidad» (I Cor. XV, 53). «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido; y el mar -es decir, la inquietud, las vicisitudes- no existen ya. Y vi la Ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo. Oí una voz grande que del trono decía: He aquí el tabernáculo de Dios y erigirá su tabernáculo entre ellos y ellos serán su pueblo y el mismo Dios será con ellos y enjugará las lágrimas de sus ojos y la muerte no existirá más, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque todo esto es ya pasado. Y dijo el que estaba sentado en el trono: He aquí que hago nuevas todas las cosas» (Apoc. XXI, 1-5).